

EN
SUS
OJOS

AMBAR MANSILLA
(DARK QUEEN)



© 2018 AMBAR MANSILLA

©2018 de la presente edición en castellano para todo el mundo: EDICIONES
CORAL ROMÁNTICA (Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Primera edición: Octubre 2018

Diseño portada e ilustraciones: Ediciones K

Conversion a epub: Group Edition Wolrd

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

EN
SUS
OJOS

AMBAR MANSILLA



SINOPSIS

¿Puede una persona que solo quiere morir salvar a otra que solo quiere vivir?

Nash y Mila tienen misiones iguales. Ellos no vinieron al mundo para ser ganadores de algún premio importante, ni rescatar animales en peligro de extinción, ni mucho menos ser millonarios, su verdadera misión es salvarse el uno al otro a pesar del contexto en el que les ha tocado vivir .

“El amor verdadero nace de los tiempos difíciles”

John Green

Prólogo

En el universo, en un mundo, en una gran ciudad; existe una chica que quiere vivir y un chico que solo quiere morir. Después de varias encrucijadas el destino los unió de manera inesperada, pero lo curioso es; ¿Qué haría una persona que quiere vivir su vida al máximo y por vueltas de la vida no puede, con una que solo piensa en morir?

Se dice que todos tenemos una misión u objetivo en la vida. Una razón por la cual nacemos y estamos destinados a hacer hasta lo imposible para descubrir cuál es la misión que nos ha tocado en esta vida. Algunos están destinados a casarse, otros a tener hijos, escribir un libro que cambie al mundo o simplemente vivir el día como si fuese el último. Muchas veces la vida nos pone a prueba y solo los más fuertes son capaces de seguir adelante buscando su misión. La misión no solo significa cumplir con ella, sino también encontrar a la felicidad en su máxima expresión.

Nash y Mila tienen misiones iguales. Ellos no vinieron al mundo para ser ganador de algún premio importante, ni rescatar animales en peligro de extinción, ni mucho menos ser millonarios, su verdadera misión es salvarse el uno al otro a pesar del contexto en el que les ha tocado vivir.

Jamás imaginaron el “porqué” la vida les ha hecho pasar miles de situaciones traumáticas, pero cuando lo descubran no va a importar el pasado, ni mucho menos lo que un día los hizo sufrir.

Nash

Capítulo 1

Uno piensa que en la vida siempre van a haber cosas malas, pero que a pesar de todo existen motivos para ser feliz y disfrutar de ella. Eso era lo que me decían cuando era pequeño, ¿Y cómo no creerlo? Si tenía una familia que me cuidaba y amigos que me acompañaban en todo momento. A diferencia de muchos, nunca faltó la comida en nuestra mesa y teníamos un lugar donde vivir. Pequeño y simple, pero era nuestro.

Tenía muchos motivos para vivir la vida y ser feliz a pesar de las complicaciones que esta traía.

Pero... ¿Ahora?

¿Estar solo es un motivo para ser feliz? ¿No tener amigos es un motivo para ser feliz? ¿Vivir bajo la tutela de una tía lejana con adicción al juego y el alcohol es un motivo para ser feliz? Hacía bastante no podía encontrar uno de esos motivos

Cuando llevas tanto tiempo solo, sin hablar con otras personas, sin escuchar otra risa que no sea la tuya, expresándole tus sentimientos solo y únicamente a unas insípidas hojas de papel, comienzas a imaginar una amistad entre tú y la soledad. Deja de ser un simple sentimiento para convertirse en una aliada. Un aliada en la que te dejará sin antes dejarla tú. Ella y yo habíamos hecho un trato infinito. Ni la soledad se alejaba de mí, ni yo me alejaba de ella.

Sin embargo, jamás imaginé que un día común como cualquier otro, yo, Nash Winner, rompería aquél trato. Como dije antes, era un día normal en la ciudad de *Somerville*, soleado y tranquilo. Me encontraba en el living de la casa disfrutando de la paz que allí había cuando un ruido estremecedor del motor de un camión de mudanzas cruzó por mi hogar y estacionó en la casa de al lado ahuyentando todo tipo de tranquilidad. Con curiosidad me levanté y asomé mi cabeza por la ventana con la sola finalidad de ver quiénes eran los nuevos vecinos.

Sabía que la anterior vecina; una anciana de aproximadamente ochenta y cuatro años había sido trasladada a un asilo y que la casa ya tenía nuevos dueños. Me imaginé que la casa no estaría deshabitada por mucho tiempo, era

muy bella por fuera y eran cientos los que la quería. Gran suerte para los nuevos propietarios

Del camión bajó un hombre alto y musculoso que parecía tener alrededor de cuarenta años. Una mujer de cabello castaño salió desde dentro de la casa con una sonrisa y tomó la caja que el hombre le alcanzó. Una mudanza siempre era sinónimo de felicidad para los adultos pero no para los más jóvenes. Si la pareja no tenía hijos todo era de color rosa pero la cosa cambiaba cuando había menores de por medio. Usualmente se solía ver al adolescente amargado obligado a abandonar a sus amigos que pasaría sus próximos días quejándose de su “desgraciada” vida.

—Mila ¿Puedes ayudarnos? —dijo la mujer sosteniendo unas cajas que estaban a punto de caer al suelo.

Sentí una de las puertas del camión abrirse pero antes de ver a la persona que estaba por salir, un relámpago hizo brillar el cielo y una llovizna intensa cayó sobre Somerville. Rápidamente me adentré a mi casa. Me recosté sobre el sillón y pasé medio día mirando hacia la ventana, viendo como las gotas caían en ella y el cristal se opacaba.

Las vacaciones no eran algo tan emocionante como les parece a los demás adolescentes de dieciocho años. No hacía más que sentarme en el jardín trasero bajo la sombra de un viejo sauce y leer. No me aburría, al contrario, podía pasar horas y horas leyendo sin cansarme. No había otra cosa que me gustara más. Los libros no eran más que mi portal hacia otros mundos y otras vidas. Mejores que la realidad que me rodeaba.

Sin siquiera notarlo caí en un sueño profundo. Y no entendía cómo, pero cuando desperté estaba empapado de sudor y con mi respiración agitada como si hubiese corrido una maratón. Me levanté rápidamente del sillón provocando un leve mareo y me volví a sentar por miedo de caer al suelo. Pensé que el sudor posiblemente sería obra de una pesadilla que no recordaba completamente. Lo único que tenía en mi mente eran un par de ojos grises que parecían estar perdidos en la nada, porque no me miraban, miraban hacia adelante como si yo no estuviese allí. No entendía lo que significaba pero tampoco era algo que importaba demasiado, no creía que los sueños tenían algún significado con respecto a la realidad. Solía soñar con mi familia, esos sueños eran los momentos en los que más cerca me sentía de ellos. Solían contarme cosas sobre mi vida, sobre el destino, y en un momento llegué a creer que todo estaba conectado. Realmente pensaba que los sueños eran la manera de comunicarme con ellos. Poco a poco, tras conversaciones con

psicólogos comencé a pensar que solo era mi mente quien me estaba haciendo una mala jugada.

Miré hacia la ventana una vez que me encontraba más calmado, y me di cuenta que la lluvia ya había cesado. Lentamente el cielo gris comenzaba a pintarse de celeste y los rayos del sol se asomaban entre las nubes que todavía quedaban.

El chillar de unas hamacas atrajo mi atención y caminé hacia el jardín trasero para ver de dónde provenía. Como el vecindario estaba lleno de adultos y ancianos me sorprendía escuchar aquel sonido. Al salir me di cuenta que éste venía del jardín vecino, y me acerqué a la cerca para poder ver mejor. Había olvidado que aquellas hamacas le pertenecían a los nietos de la anciana que vivía allí antes. Hacía bastante no la veía en el jardín, como los nietos de la anciana ya eran grandes pensé que la habían vendido pero se ve que solo la habían guardado.

No sabía que es lo que había pasado en aquél momento pero cuando vi a la persona sentada en una de las hamacas sentí mi estómago estrujarse y mi corazón comenzó a latir con intensidad, una intensidad que desconocía. Una chica de cabello castaño se encontraba allí. Ella solo se hamacaba hacia atrás y adelante, y disfrutaba de la música que provenía de sus auriculares. Había perdido la noción del tiempo observándola, no sabía si ya habían pasado minutos u horas que estaba allí detrás de la cerca en un estado de embobamiento crónico. Había algo en ella que hacía que me atrajera y que observarla se vuelva una necesidad.

—Hola—dije con timidez.

Ella pareció no escucharme ya que no hubo respuesta de su parte. Lo volví a decir una vez más con un tono más alto, pero nuevamente la respuesta no llegó. Por un momento pensé que sus auriculares le obstruían la audición entonces como pude, logré saltar la cerca y me acerqué a ella. Su cabello no me dejaba ver bien su rostro y me acerqué un poco más. Ella tenía sus ojos cerrados y tarareaba la letra de una canción que desconocía mientras parecía disfrutar del ambiente. Toqué suavemente su hombro y ella abrió sus ojos.

Los míos se expandieron mostrándome sorprendido y mi corazón nuevamente se aceleró. Sus ojos eran de un color gris muy extraño, pero aquello no fue lo que más llamó mi atención. Lo que más me sorprendió era que ya los había visto antes. Tenían un brillo que los hacía especiales y parecían estar perdidos en la nada porque no me miraban a mí. No miraban a nada en especial.

Se quitó sus auriculares y dejó de hamacarse por un momento.

— ¿Quién eres? —preguntó con la voz más dulce que había escuchado jamás.

Ella seguía sin mirarme.

—Soy tu vecino, Nash—le extendí mi mano para que la tomara pero ella ni siquiera se percató. Así que la quité y me puse enfrente de ella. Aun así ella no me miraba a mí, no miraba a nadie.

—Me llamo Mila—respondió fría y firme.

— ¿Tengo algo en el rostro que no quieres verme? —pregunté divertido.

Jamás imaginé que podría quedar como un completo idiota con una simple pregunta. Logré captar la situación cuando la risa que tanto esperaba nunca llegó a mis oídos.

—No sé lo que tengas en el rostro, pero sí sé lo que tienes en tu cabeza; absolutamente nada.

La miré con confusión unos segundos hasta que se levantó y tomó el bastón que estaba tirado en el suelo. Lentamente caminó hacia la puerta que llevaba a su casa y antes de poder entrar, sus padres salieron. En un principio ellos me miraron con sorpresa. No era de extrañar, seguro les impresionaba encontrarse un chico desconocido en su jardín.

Si provenían de algún otro vecindario o ciudad podía asustarles, pero aquí el delito no era frecuente y todos nos conocíamos. Ambos adultos se miraron entre ellos y en el momento que pensé que se molestarían; sonrieron.

— ¿Quién es ese jovencito? —escuché que la mujer le preguntó a Mila.

—Un idiota.

Y sin decir más se adentró a su casa. No antes de que su madre le diera una mirada de regaño.

—Hablaré con ella—dijo su padre y salió tras la chica.

La mujer asintió con la cabeza y acto seguido se acercó a mí con una sonrisa.

—Lo siento, no sabía que ella es...—dije con nerviosismo mientras jugueteaba con mis manos—. Ciega.

—Tranquilo, Mila aún no se acostumbra a la idea de que no todos podemos reconocer a una persona ciega a primera vista. Ya ha pasado otras veces—la mujer esbozó una sonrisa que me hizo tranquilizar un poco—. No me he presentado, soy Katie—me extendió su mano y la tomé mostrándome amable.

—Un gusto, soy Nash. Vivo en la casa de al lado.

—El gusto es mío, ¿Quieres pasar un rato? —la mujer señaló hacia su casa.

—Está bien, pero no creo que a Mila agrade mucho la idea.

La mujer soltó una pequeña risa y sin importarle mi comentario, me llevó hasta su hogar. A comparación de la mía, esta era mucho más lujosa a pesar de que todavía los muebles estaban desordenado y había cajas de mudanza por todo el lugar. Ya habían colgado algunos cuadros en las paredes, la mayoría eran de una pequeña niña a la cual supuse que se trataba de Mila. La mujer me ofreció un zumo de naranja con galletas que acepté con gusto y comenzamos a conversar sobre la mudanza y la "bella" ciudad que era *Somerville*. Katie estaba encantada con el lugar y a pesar de que a mí no me gustaba mucho la ciudad, solo me destinaba a fingir una sonrisa y asentir con cada comentario. Luego el padre de Mila, Thomas, se sumó a la conversación. Ambos eran personas agradables y parecían estar pendientes de su hija en todo momento. La chica tenía suerte de tener padres como ellos.

También me habló de Mila; sus gustos musicales, su carácter y que tenía una rara fascinación por las rosas. Así que pensé que ese sería un buen regalo para pedirle disculpas por mi comentario y era lo primero que iría a comprar al día siguiente. Una vez que terminé mi café, me despedí de Katie y Thomas, y me dirigí a mi hogar.

La casa de Mila no podía compararse con la mía. No existía manera para compararla. No era lo material, era lo que se sentía al entrar allí. La calidez de una familia unida contra la frialdad de una casa solitaria.

En mi hogar, me destiné a preparar mi cena. Solo hice un sándwich y bebí un poco de agua ya que no me apetecía cenar algo más. Como en la casa reinaba el silencio suponía que mi tía no se encontraba en ella y eso era una buena noticia. Mientras comía, mi mirada se hallaba perdida al igual que la de Mila pero por otra razón. No dejaba de pensar que sus ojos eran iguales a los de mi sueño, pero no entendía cómo es que soñé con ellos sin conocer a la chica antes. No recordaba haber conocido a otra persona con sus mismos ojos y eso resultaba más extraño todavía.

Unos minutos después, la tranquilidad que había en la casa se acabó. El sonido de la puerta siendo azotada ferozmente atrajo mi atención.

Esos fuertes ruidos de tacones eran una clara señal de que ella había llegado. A pasos lentos, ingresó a la cocina balanceándose de un lado a otro. Su vestido ceñido de color negro estaba arrugado, su cabello parecía un nido de ratas y su maquillaje corrido hacía que se pareciera a la mismísima mujer de Frankenstein. Ella tenía una maldad que asustaba, pero no todo era su culpa. A ella también la abandonó su familia. Su hijo pequeño murió por una terrible

enfermedad y tras eso, su esposo se alejó de su vida para siempre.

El olor a alcohol mezclado con fragancia de hombre emanaba de su cuerpo, pero aquellos ojos rojos no se trataban ni de vodka, whisky o algún licor.

— ¿Estuviste drogándote?—pregunté serio.

Ella avanzó unos pasos y se sentó en una silla antes de que pudiera perder el equilibrio y caer. Me miró con cierto enojo luego de analizarme. No podía creer que el juez y la asistente social hayan determinado darle mi tutela a esa mujer. Siempre me pregunté si en realidad eran verdaderos profesionales o simples impostores. Cualquiera persona con uso de razón determinaría que ella no es una buena persona para nadie, mucho menos para estar a cargo de un niño de catorce años en aquella época. Ya desde esa edad comencé a auto satisfacerme, comencé a tener en mi cabeza aquella idea que una persona normal comenzaría a tener a la edad de dieciocho: *“Si no lo haces tú mismo, no lo hará nadie por ti”*

— ¿Y a ti qué?—dijo con la voz entrecortada.

Enfoqué la vista en mi sándwich, ignorando su respuesta. Ella tampoco habló más, se veía que no tenía las fuerzas suficientes. Se dirigió hacia su habitación y se encerró allí. Siempre la misma rutina. Se encierra y no sale hasta que los efectos de la porquería que consume desaparecen.

Una vez que terminé de cenar me dirigí a mi habitación. Mentía si decía que logré dormirme rápido, en realidad tardé horas y horas. Mi cabeza tenía tantos pensamientos que se me era imposible dormir tranquila. Finalmente, cuando mi mente pudo despejarse, logré descansar.

Capítulo 2

A la mañana siguiente desperté en un estado en el que ni yo me reconocía. Mi cuerpo temblaba sin control, un frío sudor recorría mi espalda y mi pecho subía y bajaba rápidamente. Me levanté y corrí hacia el baño tras sentir unas ganas de vomitar incontrolables. Respiré hondo intentando calmarme y me metí a la ducha como un método para relajarme. Esta vez no recordaba lo que había soñado, y tampoco quería. Tenía que ser algo muy malo para que mi cuerpo reaccione de tal manera. Al terminar, me sequé y me cambié el pijama por una vestimenta cómoda. Ya me sentía mucho más relajado y caminé hasta la cocina por un vaso de jugo de naranja. Una vez que terminé, salí de mi casa y comencé a caminar por la acera hacia la florería más cercana. El vecindario tenía un pequeño parque en el que los niños jugaban, los adultos salían a correr y los adolescentes solían pasar la tarde de picnic. Crucé por allí una vez que ya tenía el ramo de rosas en mis manos. Olían muy bien, y estaba seguro que a Mila le gustaría.

Automáticamente una sonrisa se formó en mi rostro al verla, estaba sentada en una de las bancas del parque disfrutando de los sonidos del lugar. Quedé unos segundos observándola como el día de ayer. Su belleza era algo extraña. Era una belleza diferente. Tan extraña y a la vez mágica. Tan asombrosa como descubrir los mismísimo secretos del universo.

Lentamente me atreví a acercarme a ella y mi estómago se contrajo como cada vez que la siento cerca. Me senté a su lado y ella sintió mi presencia. Lo noté por como su cuerpo dio un pequeño salto y sus músculos se tensaron.

— ¿Qué quieres? —preguntó molesta.

La miré impresionado.

— ¿Cómo supiste que era yo?

—Pude captar tu fragancia, cuando pierdes uno de los sentidos los otros suelen desarrollarse el doble—explicó—. Espera, ¿Esas son...?

—Rosas, tus favoritas.

Le acerqué el ramo y ellas las tomó esbozando una pequeña sonrisa. Aspiró su aroma disfrutando de ellas y volvió a sonreír mostrando sus pequeños hoyuelos.

—Seguro mi madre te comentó que me gustaban—dedujo—. Y con esto se supone que debo perdonarte por tu comentario ofensivo ¿No?

—No nací con la capacidad de detectar personas ciegas, disculpa.

—Tal vez tengas razón, no debí molestarte tan rápido—murmuró un poco apenada.

—¿Y si hacemos como que nada pasó? —pregunté.

—¿Quién eres? —dijo sin quitar su sonrisa

—Nash Winner, y tú debes ser mi nueva vecina, Mila ¿Cierto? —una pequeña risita se escapó de mis labios.

Era extraño lo que estaba pasando. No comprendía la razón por la cual sentía extremadamente la necesidad de conocer más sobre ella. Desde que mi familia se fue y mis amigos desaparecieron de mi vida como por arte de magia, me prometí que no volvería a dejar entrar personas en mi vida. Todo era parte de un mecanismo de defensa, no me permitía entablar relaciones por temor a ser lastimado otra vez. Cada vez que sentía que alguien se acercaba demasiado a mi corazón, me alejaba. Con Mila fue diferente, no sentía miedo, no pensaba en el futuro, solo quería conocerla. Había algo en mi interior que me pedía a gritos que no me aleje de ella.

Pasamos el día en el parque conversando sobre su anterior ciudad, *Jefferson*, me contó que no era muy diferente a *Somerville* según su madre, pero que las personas aquí eran mucho más agradables. También hablamos de música, comidas favoritas, anécdotas graciosas y momentos vergonzosos. Cuando se hicieron las doce su madre nos llevó una canasta con sándwiches y refrescos para que almorzáramos. El día seguía siendo perfecto, aunque recién nos conocía podía sentirme libre de expresarme a mi manera. Mila era una chica increíble, siempre tenía las palabras justas y sabía cómo hacerte reír sin siquiera pretenderlo. Aunque al principio se mostró un poco tímida, en cuestión de unos minutos comenzó a sentirse tan relajado como yo. Los temas de conversación caían como una lluvia de estrellas fugaces. Podía hablar con ella por horas y horas sin cansarme.

—¿Por qué tendría que tenerte miedo? —preguntó.

—Porque me conoces hace un día, podría ser un violador o un asesino serial.

—No lo sé, pero creo que no eres una mala persona. Hay algo que me hace sentir que te conozco desde hace años y por esa razón, no me costó confiar en ti—comentó la voz más dulce que escuché jamás—. Aunque me gustaría saber cómo eres físicamente ¿Puedo?

Yo la miré extrañado pero aun así asentí torpemente con la cabeza. Segundos después capté la tontería que había hecho.

—Claro—respondí.

Me acerqué un poco más a ella y tomé sus manos poniéndolas sobre mi rostro. Mi corazón se aceleró al sentir el rozar de sus manos en mi piel. Ella comenzó a examinar mi rostro lentamente. Pasó sus manos por mi cuello hasta mi pecho y sonrió.

—Sí, pareces una persona linda por fuera y espero que por dentro también lo seas.

Yo esboqué una media sonrisa.

Continuamos hablando sobre lo primero que se nos pasaba por la cabeza hasta que tocó la hora de volver a casa. Acompañé a Mila a su hogar, y me despedí de ella y de sus padres que la estaban esperando en el pórtico.

El sol poco a poco iba muriendo, podía verlo desde la ventana de mi habitación. Me recosté en mi cama mirando hacia el techo, aún con una sonrisa estampada en mi rostro. Hacía mucho tiempo no tenía un día tan bueno. Por alguna razón sentía deseos de volver a ver a Mila lo antes posible. No la conocía, pero aun así ella tenía algo especial. Y había algo en mi interior que me decía a gritos que debía seguir conociéndola más. Todavía no lograba comprender lo que estaba haciendo. Me estaba arriesgando a ser lastimado y no me importaba ni un poco. Me estaba despojando de la soledad en la que me encerraba. Estaba rompiendo con el trato infinito.

Me sorprendían mis ganas de querer conocer bien a una persona, pero más me sorprendían mis ganas de conocer a una persona ciega.

Capítulo 3

Me acurruqué entre mis sábanas y fui cerrando mis ojos lentamente hasta quedarme dormido. Al despertar me di cuenta que aún no era de día. Miré el reloj que estaba en una de mis mesitas de noche y éste marcaba las tres de la madrugada. El sonido de las hamacas moverse llamó mi atención y me levanté rápidamente. Corrí hacia el jardín trasero y pude ver a Mila hamacándose con su pijama puesto. La noche era fría pero para nada oscura, las estrellas y la hermosa luna llena deslumbraban al lugar. Me acerqué con curiosidad a la cerca y ella no tardó en notar mi presencia.

— ¿Qué haces despierto? —me preguntó.

—Lo mismo me pregunto de ti—le respondí.

Crucé la cerca que nos separaba en un rápido movimiento y me senté en el césped frente a ella.

—No podía dormir. A mis padres no les gusta que esté sola aquí de noche, le tienen miedo a todo pero yo estoy comenzando a amar este lugar—comentó.

—Tienes mucha suerte de tener padres así, deberías ser inmensamente feliz.

—Y lo soy, soy feliz—sonrió— ¿Tú no?

—No tengo padres, ni hermanos, ni amigos, ¿Crees que así puedo ser feliz?

El rostro de Mila cambió de repente. Se veía asombrada por mis palabras. Ya estaba acostumbrado a esa expresión en las personas cada vez que me preguntaban sobre mis padres. El ambiente se volvía insoportablemente tenso.

— ¿Qué le ocurrió a tus padres?

—Murieron, hace muchos años—dije cabizbajo—. Pero no es una historia de la que hablaría con una chica a los primeros días de conocerla.

—Siempre hay motivos para ser feliz, aunque no sepas cual es. Si no los tendrías ya estarías colgado de un árbol ¿No crees?

Hice una sonrisa amarga y la volví a mirar. Era increíble como nunca perdía aquél brillo tan especial en sus ojos. Tal vez Mila tenía razón, pero todavía no podía descubrir ese motivo que me mantenía en esta vida.

Me despedí de ella con un beso en la mejilla una vez que el sol comenzó a asomarse, habíamos pasado lo que quedaba de la noche hablando ocurrencias que pasaban por nuestras cabezas. No había interrupciones de parte del silencio, nuestra conversación era completamente fluida. Podíamos hablar de

todo con normalidad y ninguno de reía del otro. Nos reíamos entre nosotros.

Mila tenía razón, parecía que ya nos conocíamos desde hace tiempo, éramos tan liberales para desnudarnos interiormente que parecíamos mejores amigos de toda la vida.

Los días seguían pasando y yo no podía dejar de pensar en los ojos de Mila. La veía durante toda la semana, compartíamos almuerzos y meriendas. Pasábamos muchas horas conversando y riendo como un par de locos. Al fin y al cabo, solo nos teníamos a nosotros. Ninguno de los dos tenía otros amigos y éramos los únicos dos adolescentes del vecindario.

Jamás había pasado tanto tiempo sin pensar en cuanto extrañaba a mi familia y los problemas que traía mi tía a la casa. Mila lograba hacerme olvidar de todo. No podía entenderlo, pero cada segundo que pasaba con ella era lo mejor que me había ocurrido jamás. Todavía mi corazón no dejaba de acelerarse cada vez que la veía. Ella lograba descontrolar todos mis sentidos. Había cometido una traición. Una traición a mi soledad. No me importaba, había pasado tanto tiempo con ella que ya no quería tenerla cerca. Una pequeña luz de esperanza había aparecido dentro de mí. Después de pasar años viendo como todos avanzaban, excepto yo que solo me sentaba a ver las horas, sentía que finalmente encontraba mi camino entre las sombras.

Todo marchaba perfectamente bien, nos habíamos convertido en buenos amigos y ya no me sentía tan solitario como antes. Mila en pocas semanas había logrado llenar un poco aquél vacío que tanto me abrumaba.

Sin embargo, la vida siempre fue injusta conmigo y me enseñó que lo bueno no dura para siempre.

Era viernes, soleado y brillante. Como era de esperar, me levanté con una radiante sonrisa, al igual que los demás días de la semana. Los lunes ya no eran tan molestos como antes, ni los martes tan cansadores, todos los días de la semana eran buenos si tenía a Mila a mi lado. Aquél día me dirigí a buscar a la chica para dar un paseo por el parque. Sin embargo, los gritos provenientes de su casa me detuvieron.

— ¡Irás y se acabó! —escuché el grito de Katie sonar desde dentro de la casa.

—No puedes obligarme, mamá—gritó Mila.

—Claro que puedo, soy tu madre. Además ir no te hará daño, tienes que superar lo que pasó de una vez, Mila—respondió Katie mostrándose molesta.

— ¿Superar, mamá? ¡Estoy ciega! — Escuché a la mujer romper en llanto

tras las palabras de su hija—. Superaré todo cuando vuelva a ver. Mientras tanto déjame aquí donde puedo controlarme.

— ¡Fue un error, Mila! Todos cometemos errores—dijo Katie entre sonoros sollozos.

—Por ese error quedé ciega.

No resistí y toqué el timbre. Sentí unos pasos acercarse y la puerta se abrió dejándome ver a Katie con sus ojos notablemente rojos y cristalizados. Intentó esbozar una sonrisa pero sólo le salió una mueca. Le pregunté sobre Mila y ella me invitó a pasar hacia el living donde se encontraba la chica.

Ella se encontraba sentada en el sillón con la mirada fija hacia la pared, de sus ojos se escapaban algunas lágrimas que al momento limpió con la manga de su suéter. Me senté junto a ella y enseguida sintió mi presencia.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó en un murmullo.

—Quedamos en ir a pasear al parque, ¿Recuerdas? —comenté con una sonrisa.

Ella tomó su bastón sin decir nada y juntos salimos de la casa. Se encontraba demasiado callada, ella nunca solía ser así pero sabía que la razón de su silencio era la pelea que había tenido con su madre. El día estaba bastante cálido, bastante agradable, bastante alegre. Pero había algo que le faltaba al lugar; la sonrisa de Mila.

— ¿Qué ocurre?

—Mi madre quiere que asista a la fiesta del hijo de su amiga, esta noche.

—No se me dan mucho las fiestas pero puede llegar a ser divertida, ¿Quieres que vaya contigo?

Ella se detuvo por un momento.

— ¿Harías eso por mí? —preguntó incrédula.

—Claro, ¿Para qué están los amigos?

Mila esbozó una sonrisa mostrando sus hoyuelos. Colocó sus manos en mis brazos y las fue subiendo hasta llegar a mis hombros. Me atrajo hacia ella y me abrazó. Aspiré su esencia a rosas produciendo que mis sentidos se alborotaran. Mi corazón volvió acelerarse y mi estómago a contraerse. Era de esperarse, ella producía una alteración en mi cuerpo que no lo hacía otra persona.

Al llegar al parque nos sentamos debajo de la sombra de un gran árbol que había en el lugar. Las personas del vecindario aprovecharon el día pasar salir a tomar aire libre. Todo era tranquilidad pura donde estábamos nosotros. Yo admiraba el mundo con una sonrisa, pero no sabía si era porque el lugar en sí

ya era tranquilo o estar junto a Mila me daba la paz que necesitaba.

La chica abrazaba sus rodillas y mantenía su cabeza hacia el frente. Podía notar como la curva en su rostro se veía decaída. Por un momento, Mila no soltó siquiera una palabra. Parecía estar perdida en un mundo en su cabeza. Un mundo que no era el nuestro.

Lentamente fue movimiento mi mano hasta alcanzar una de las suyas. Al sentir nuestras pieles rozar, la chica se sobresaltó.

—Mila, ¿Ocurre algo más? —pregunté curioso—. Si es por lo de la fiesta ya dije que iré contigo.

La chica tardó unos segundos en contestar, antes mojó sus labios, soltó un suspiro y tras eso, respondió.

— ¿Alguna vez has sentido miedo a no ser aceptado?

Capítulo 4

Tener miedo a no ser aceptado desde tiempos inmemoriales fue un problema de todos. Pasamos la vida temiendo que a la otra persona no le guste como somos y preferimos fingir disfrazarnos antes de mostrar cómo somos en realidad. Todo por miedo. Aquél maldito miedo que nos oculta y nos oscurece el alma. Romper con él, cuesta. Pero cuando lo logramos somos un poco más felices, un poco más humanos ¿Qué sentido tiene andar por el mundo disfrazados de otras personas? Ser uno mismo es ganar.

—Cuando comencé el instituto un poco, cambié hasta que me aburrí ser como los demás. Las verdaderas personas, te aceptarán como eres no como ellos quieren que seas—respondí.

— ¿Existen esas personas?

— ¡Oye! ¿Y yo? —comenté fingiendo decepción.

Mila soltó una pequeña risa.

—Lo siento, pero me preocupa.

— ¿Qué te preocupa? —pregunté curioso.

—Que todos me vean rara por ser ciega—explicó—. Tú has cambiado para ser aceptado, yo no puedo cambiar.

Sujeté la mano de Mila y la acaricié suavemente.

—Tú no tienes que cambiar, así eres perfecta.

Ella resopló. Sabía perfectamente que no la convencería tan fácilmente.

—Quiero hacer nuevos amigos—confesó de repente.

— ¿No te alcanza conmigo?—dije entre risas—. Soy genial, tengo todo lo que puede tener un amigo. Escucho y doy consejos, soy perfecto—bromeé.

Ella hizo una media sonrisa que me hizo dar cuenta que no estaba conforme. Sentí una presión en mi pecho. Me había dolido un poco notar que Mila necesitaba a más personas pero no se lo evitaría si eso era lo que a ella le haría feliz.

—Es para tener un círculo de amigos un poco más grande—respondió.

—Está bien, Mila. Sé que podrás hacer nuevos amigos.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

— ¿Tú no tienes otros amigos? —preguntó.

—No soy bueno para las relaciones.

— ¿Jamás has tenido amigos?

— ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? —contesté y ella soltó una pequeña risa.

—Disculpa, es que me interesa. Conocer a una persona es como leer un nuevo libro ¿No crees?

—Tal vez—respondí—. Está bien, sí tuve amigos, hace mucho.

Ella se acercó un poco más a mí para escuchar mejor. El hecho de tenerla tan cerca me hizo sentir que estaba tocando el cielo. La tranquilidad que transmitía no la encontraba en otra persona. Mila pareció haberse introducido en el tema y solo esperaba expectante a que siguiera hablando.

— ¿Y qué ocurrió? —preguntó.

Sentí mi estómago contraerse. Mi corazón parece romperse un poco más cada vez que nombran ese tema. Intenté sacar fuerzas sobrenaturales para evitar que las lágrimas cayeran. Ya habían pasado muchos años, no podía seguir doliendo.

—Lo que ocurre con todo que amas algún día; se fueron, se alejaron de mí.

— ¿Se fueron? ¿De la nada? —preguntó Mila sorprendida.

—Si hubo un motivo jamás me lo dijeron, simplemente me dejaron solo cuando más los necesitaba.

Y tal vez eso es lo que más rompe a una persona.

Cuando tu vida es un desastre lo único que necesitas son a esas personas que te hacen un poco más feliz o por lo menos te mantienen con vida ¿Pero qué ocurre cuando esas personas se alejan? Estás solo, no hay nadie quien te ayude a levantarte. Es cuando comienzas a debatir, ¿Me quedo tirado o me levanto por mí mismo?

No hay peor sentimiento que ese, sentir que lo único que más querías ya no está contigo y tienes que seguir. Yo he sacado fuerzas de cada parte de mí ser por lo menos para pararme por mí mismo. Solo y sin depender de nadie. Lamentablemente no las he conseguido para continuar el camino, solo para ver el tiempo pasar.

— ¿Y has estado solo todo este tiempo?

—No completamente solo, los humanos no son la única compañía.

—No sé de qué me sorprende, también he tenido amigos que me dejaron, pero ellos sí me dieron una razón.

— ¿Existe una razón suficientemente buena para abandonar a una persona cuando te necesita? —pregunté incrédulo.

—Sí—confesó cabizbaja y yo la miré sorprendido—. Pero esa es otra

historia.

—Vamos, eso no vale, tienes que contarme.

—En otra ocasión, no es una historia de la que hablaría con un chico a los primeros días de conocerlo—repitió mis palabras de la noche anterior mientras se burlaba de mí.

Yo solté unas carcajadas y tras eso, me dispuse a observar al cielo. El atardecer ya estaba sobre nosotros. El paisaje era tan hermoso que parecía pintado por el mismísimo Dios. Los distintos colores del cielo eran arte. Un arte en vivo y en directo.

Por un momento me entristecí por Mila, era una pena que ella no podía admirar tal perfección. Y también era una pena que algunas personas tampoco valoraran estas cosas, que por más pequeñas que sean eran sin dudas sensacionales.

Conversando habíamos perdido la noción del tiempo y ya debíamos irnos. Ayudé a Mila a levantarse y juntos caminamos hacia nuestros hogares. Cuando llegamos a su casa le dije que pasaría por ella a las diez de la noche y me dirigí a mi hogar. Entré a pasos muy lentos y me quedé un momento esperando algún tipo de sonido. La tranquilidad de la casa me avisó que mi tía no estaba en ella.

Me metí directo a la ducha y una vez terminado, me sequé y me cambié con la mejor ropa que tenía. Yo la consideraba “Mejor” ya que era la última que me compré hace dos años. Se trataba de una playera gris y unos jeans un poco desgastados.

Jamás me importó mi aspecto, siempre pensé que la apariencia era un simple decorado. La verdadera belleza provenía desde el interior. Si el alma no brilla, el exterior es simplemente inútil.

Mientras esperaba que el reloj marque las diez, no dejaba de pensar en la chica. Aún tenía la duda de porqué a Mila le molestaba tanto el tema de la fiesta pero no me atrevía a preguntarle. Cualquiera sea el motivo parecía que la ponía bastante mal y verla bien era todo lo que quería.

Una vez listo, bajé por las escaleras hasta chocar con una persona. La persona con la que menos quería encontrarme. Mi rostro, al igual que mi ánimo, cambió repentinamente.

Toda la alegría de la casa se desvanecía cada vez que ella llegaba...

Capítulo 5

— ¿A dónde crees que vas? —escuché decir a mi tía con la voz entrecortada. El aroma a vodka llegó a mis fosas nasales produciendo una mueca de asco en mi rostro. El olor a alcohol era tan fuerte que hasta podía hacerte doler la cabeza.

—No te interesa—contesté fríamente.

Ella me miró molesta. Sabía que aquella mirada era una alerta de que algo malo planeaba. Así fue, ella impulsó su mano hacia mi mejilla haciendo que mis ojos se cristalicen. El sonido del golpe se escuchó en toda la casa. Luego de eso, el lugar quedó en silencio. Acaricié suavemente mi mejilla mientras rogaba que no haya quedado ninguna marca.

— ¿A caso tus padres no te enseñaron la educación? —Preguntó entre risas—. Cierto, no tienes.

Las lágrimas comenzaron a emanar de mis ojos. No entendía como todavía no me acostumbraba. Nada cambiaba; llegaba, a veces me insultaba, a veces me golpeaba y luego de eso, se encerraba en su habitación hasta que los efectos del alcohol se esfumaran. Tenía el alma fría como el invierno, sin embargo, ardía como el infierno. Su corazón era oscuro, no tenía sentimientos por nadie. La maldad la hacía inteligente, conocía mis puntos débiles y se aprovechaba de eso.

No respondí a su comentario respecto a mis padres, pero no significó que no me dolió. Tenía que ir a buscar a Mila y no quería que ella se preocupara por mí.

—Siempre hay motivos para ser feliz, Nash, solo tienes que encontrarlos—murmuré para mis adentros y salí de la casa.

Caminé hasta el pórtico de la casa de Mila y toqué el timbre. Escuché unos pasos y la puerta se abrió dejándome ver a una chica increíblemente hermosa de vestido negro frente a mí. Hice un cumplido respecto a su apariencia y ella sonrió a la vez que sus mejillas se ruborizaban.

Sus padres nos llevaron a la fiesta en casa de los West. La mansión de un chico de un instituto privado que había en Somerville. Había visto a ese chico en reencuentros de institutos pero nunca intercambiamos siquiera una palabra. Jamás fui una persona sociable, mi lugar en el mundo era bajo las gradas de mi

instituto, solo y leyendo algún que otro libro de misterio.

La mansión West se trataba de un lugar lujoso de color blanco con rejas negras. No era diferente a todas las mansiones de Somerville. En todas podía verse el dinero que emanaba en cada rincón.

La música electrónica que retumbaba en cada rincón de la casa podía escucharse a kilómetros y de las ventanas salían luces de colores que se movían al compás de ella. Era una típica fiesta de Somerville. No era que yo lo sabía como cualquier persona sabe la tabla del uno. Solo había entrado a una, pero crucé por varias mientras caminaba por la acera en diferentes ocasiones.

Pude notar la sonrisa amarga que Mila había hecho antes de bajarse del coche. Ella soltó su bastón dentro del coche intentando que nadie la notara. Yo al verla, lo agarré y lo bajé conmigo.

— ¿No llevas tu bastón? —pregunté una vez que el coche de Katie y Thomas se alejó.

— ¿Lo has traído? —preguntó sorprendida.

—Sí, lo necesitas—se lo alcancé y ella lo arrojó al césped— ¿Qué haces?

—No lo necesito—respondió y comenzó a caminar sola.

Yo me apresuré y la tomé del brazo guiándola.

Antes de cruzar por la puerta ella se detuvo. Se quedó un momento en silencio y suspiró. Parecía que algo en su interior le impedía entrar allí. Tomé su mano para darle más seguridad y al cabo de una pequeña sonrisa, caminamos juntos hacia el interior de la casa. No había sido cosa fácil, el lugar estaba lleno y apenas había un pequeño camino para moverse de una punta a la otra. Nos quedamos en un rincón del lugar observando a las personas. Todos bailaban y conversaban animadamente.

Mila se quedó inmóvil intentando conservar la calma. Difícilmente se podía notar que Mila era ciega a primera vista, pero cuando las personas se acercaban todo cambiaba. Una chica rubia se acercó a ella con entusiasmo y la saludó amablemente, pero cuando Mila le habló y no la miró, notó que había algo extraño en ella. La chica tras hablarle nuevamente se dio cuenta que Mila no podía ver y en vez de seguir conversando con ella, tan solo la miró con desagrado y se alejó a hablarle a otro grupo de amigas. No lo entendía, Mila no tenía nada de malo. Era diferente, pero ¿Qué tenía de malo ser diferente?

No todo el mundo lo entendía, no todo el mundo era bueno y eso ya lo sabía muy bien.

Pude notar como la chica rubia les hablaba a sus amigas y observaba a Mila

con desprecio, todas comenzaron a mirarla de igual manera.

Sostuve la mano de Mila mucho más fuerte, sabía que aunque no podía verla, ella lo sentía. En un momento me cansé de aquellas miradas y decidí sacar a la chica de allí. Caminamos hacia el medio en un intento de salir por la puerta principal, pero se nos hizo prácticamente imposible. Percibí la desesperación en el cuerpo de la chica y sentí cómo sus manos comenzaron a temblar cuando llegamos al centro. La miré preocupado y la abracé intentando calmarla pero no ayudó en absolutamente nada. Parecía haberle agarrado un ataque de pánico y yo no sabía la razón.

—Sácame de aquí—murmuró a mi oído con desesperación.

Yo la miré extrañado.

— ¡Nash, sácame de aquí! —gritó con sus ojos totalmente cristalizados.

Mis ojos también se inundaron de desesperación y tomé su mano para llevarla hacia el jardín trasero de la casa. En un intento de escapar, el camino comenzó a complicarse por el amontonamiento de personas que había en el lugar y tuvimos que detenernos. Yo sujetaba a Mila mientras todo a mi alrededor daba vueltas. Mila comenzó a alterarse aún más cuando el olor a vodka llegó hasta nuestras narices. Ella rodeó su cuerpo con sus brazos como abrazándose a sí misma y se quedó inmóvil mientras las lágrimas rodaban por su mejilla.

—Mila, estoy aquí. Soy Nash, no te voy a dejar—grité lo suficientemente alto para que me escuchara y la abracé nuevamente.

Ella no reaccionaba así que otra vez intenté salir. Empujando a personas alcoholizadas y escuchando millonadas de insultos, cumplimos con nuestro objetivo.

Cuando salimos, el aire fresco de la noche rozó nuestros rostros. Senté a Mila sobre el césped y ella sin poder soportarlo rompió en llanto. Su cuerpo aún temblaba con intensidad y no lograba tranquilizarse. Parecía que los nervios recorrían cada parte de su cuerpo. Yo no sabía el motivo, por esa razón me encontraba sorprendido. A una persona a la cual no le gusta el ambiente simplemente sale afuera con normalidad, la reacción de Mila fue muy extraña.

—Mila, tranquila. No sé qué es lo que pasó pero todo estará bien, lo prometo—dije intentando calmarla—. Llamaré a tus padres y vendrán por nosotros.

—No, nada estará bien—dijo entre sollozos.

A penas le entendía, su voz entrecortada y el temblor en su cuerpo le

dificultaban el habla.

—Estoy aquí para ti ¿Si?—la abracé tan fuerte me dieran los brazos, quería que supiera que todo lo que estaba diciendo era cierto—. Te quiero Mila.

Y no mentía, la quería. No había pasado mucho tiempo y ella se convirtió en una parte muy importante para mí. Yo no lo veía de manera extraña. Se puede querer a una persona y la intensidad no depende del tiempo. Se puede querer a una persona en un mes como en un año. Cuando se trata de amar no hay nada escrito.

—No puedes, no lo hagas.

—Ya es tarde.

Ella se alejó rápidamente de mí.

— ¡Soy ciega, Nash! No puedes pasar tus días con una persona como yo, no te mereces eso.

— ¿Una persona como tú? Eres una persona increíble, preferiría pasar mil vidas contigo.

—No puedo estar contigo, no quiero ser yo la próxima que te arruine la vida.

—Mila, no sé si al fin encontré mi motivo o esto durará como duran los amores de verano, pero lo que sí sé es que en este momento eres tú quien me hace sentir vivo.

Ella intentó hablar pero la interrumpí.

La besé. Como jamás había besado a otra persona antes. Tan apasionado, tan dulce, mostrando aquél beso todo el cariño que sentía por ella. Sentí en él algo raro de explicar pero increíble de sentir. Mi corazón nuevamente se aceleró al sentir las manos de Mila en mi rostro. No había palabras capaces de explicar cómo me sentía en aquél momento. Solo sabía que después de tanto encontré a la persona que me hacía luchar día a día contra todas las barreras que el mundo me ponía para ser feliz. No sabía si esto se trataba de algo pasajero, pero de mi parte, me aseguraría de no dejarla jamás.

La noche nos envolvió en su frescura, en su silencio, en su misterio. Pensé que el momento no podía ser más perfecto, y fue porque simplemente Mila lo hacía perfecto. No importaba la música estruendosa, ni el olor a vodka que traspasaba las paredes, solo importábamos nosotros y nuestras manos entrelazadas.

— ¿Nash? —se escuchó la voz de la chica.

— ¿Si?

—Creo que nuestro pequeño círculo de amigos está más que perfecto.

Nos quedamos recostados en el césped hasta que los padres de Mila vinieron a recogernos unos quince minutos después y me llevaron a mi hogar. Me despedí de Mila y de sus padres, y me bajé del coche.

La casa estaba a oscuras y en el lugar reinaba un profundo silencio. Caminé silenciosamente y me encerré en mi habitación con la mente en las nubes y una sonrisa estampada en mi rostro. Mi vida era un completo desastre pero en aquél momento podía sentir que estaba tocando el cielo. Como última acción del día suspiré y cerré mis ojos muy lentamente dejando que el sueño me lleve. No antes de desearle al destino que pueda despertar con la sonrisa de Mila en mi mente por mucho años más.

Capítulo 6

Cuando desperté, nuevamente me encontraba empapado de sudor y temblando como un perro chihuahua. Podía recordar parte del sueño pero no entendía como eso podía causar gran efecto en mi cuerpo.

«Tranquilo, es solo un sueño, Nash» pensé.

Pero mi corazón no me obedecía, mis latidos eran tan intensos como el zumbido de una abeja. Jamás me había ocurrido algo igual. Cuando tenía alguna pesadilla solo me levantaba en la madrugada y me volvía a dormir como si nada hubiese pasado.

Recordé los ojos de Mila en mi sueño, ambos mirando fijamente hacia un punto fijo en la pared de mi habitación. Ella estaba inmóvil y yo caminaba a su lado observándola detenidamente. Su cuerpo estaba allí, pero su mente parecía no estar presente. Aquello no fue lo que más me impactó, había algo distinto en sus ojos, aquél brillo que tanto amaba estaba desapareciendo.

Escuché el sonido de la puerta y me cambié rápidamente para ir a abrirla. Observé a mis alrededores y me tranquilicé cuando me di cuenta que no había olor a bebida alcohólica en el lugar. Acomodé un poco mi cabello mientras bajaba las escaleras y una vez que llegué abrí la puerta mostrándome agradable. Me llevé una gran sorpresa aquél momento. Miré a Katie, la madre de Mila, que se encontraba parada frente a mí con una mirada preocupada.

—Nash, ¿Podemos hablar? —preguntó.

Yo asentí y la invité a pasar a la cocina muy amablemente. Ella aceptó un café y una vez que ya estábamos acomodados, esperé con impaciencia lo que tenía para decirme. Su rostro parecía no traer buenas noticias.

— ¿Puedo preguntarte que es lo que ocurrió anoche? Mila no quiere mencionar el tema.

—Ella se descontroló, le agarró una especie de ataque de nervios. Comenzó a llorar y gritar—expliqué.

Katie negó con la cabeza mostrando decepción. Sentía que la mujer ya se había imaginado que algo así había ocurrido.

—Ella todavía no puede superarlo—comentó la mujer con sus ojos llenos de tristeza.

— ¿Superarlo? —pregunté con curiosidad.

— ¿No te ha dicho? —Negué con mi cabeza—. Mila tuvo un accidente de coche tras salir de una fiesta, en la que estaba alcoholizada. Ella venía con una amiga que lamentablemente murió en el accidente.

Había quedado perplejo ante las palabras de la mujer. Enmudecí perdiéndome en mis pensamientos por unos segundos. No podía imaginarme el dolor por el cual tuvo que pasar Mila, todo el remordimiento y la culpa con la que tuvo que cargar. Aun así no entendía cómo es que podía mantener aquella sonrisa tan natural todos los días. Mila hacía un esfuerzo descomunal por seguir adelante y la admiraba por eso. Ella era fuerte, no se escondía de la vida como había hecho yo en un momento, ella intentaba vivirla.

—Pensé que ella había sido ciega desde que nació—comenté una vez que logré salir de mis pensamientos—. Debió haber sido muy duro.

La mujer suspiró con pesadez y llevó su mano a su frente.

—No te das una idea, por esa razón decidimos mudarnos. Mi esposo y yo queríamos empezar de cero, pero al parecer Mila aún no puede desprenderse del pasado—su rostro estaba inundado de tristeza y preocupación. La mujer parecía cansada, sus párpados caídos la delataban.

Luego de unos minutos más de conversación, Katie dijo era hora de preparar el almuerzo y me invitó a acompañarlos, pero como preferí no molestar me negué a ir diciendo que tenía otro compromiso. Acompañé a la mujer hacia la entrada y me despedí de ella.

Finalmente logré conectar algunos sucesos. El temor que tenía Mila era volver a perder el control. La chica cargaba con un peso que no podía superar. Me di cuenta que mi vida no era ni más ni menos trágica que la suya. Ambos fuimos marcados en el camino, pero todavía estamos aquí por alguna razón.

Lo que restaba del día me quedé pensativo recordando cada una de las palabras de la madre de Mila. Era extraño como mis problemas habían pasado a ser secundarios cuando aquella chica de ojos grises apareció en mi vida. Aquél día no había hecho más que pensar, pensar en todo. Ni siquiera fui a visitar a Mila, pero si salí al jardín un par de veces por si se encontraba en sus hamacas. Ella no dio señal de vida durante el día. Las veces que salí al jardín, las hamacas siempre se encontraban vacías. Yo tampoco me destiné a acercarme a su casa durante el día, pensé que se sentiría medio rara por lo ocurrido la noche anterior y preferí dejarla tranquila.

Sin embargo, no solo eso me perturbaba la mente. Le había dicho a Mila lo que significaba para mí, la había dejado entrar a mi vida y no sabía si para

salvarme o para destruirme. No sabía si ella sentía lo mismo por mí y no quería perder la amistad de Mila por un sentimiento. Aunque aquél sentimiento era el más real de todos. La amaba. Amaba cada uno de sus defectos, amaba sus pecas, amaba sus hoyuelos, amaba su fortaleza, amaba su manera de ver al mundo. La amaba de una manera que no se puede amar a nada ni a nadie más.

Como ya había dicho, aquél día no hice más que recostarme en mi cama mirando hacia el techo, pensando solamente en Mila. Sin embargo, cuando la luna salió a iluminar el cielo nocturno me levanté aturdido por unas risas chillonas que provenía del piso de abajo. En silencio salí de la habitación y me asomé por las escaleras para ver de qué se trataba el alboroto. No bastaron más de cinco minutos para que la casa se inundara de olor a cigarro y alcohol. Las risas y los taconeos sobre el suelo de madera eran de parte de mi tía y tres de sus amigas. Muy pocas veces iban a la casa pero lo poco que estaban allí, eran una pesadilla. Las tres eran iguales a mi tía, tenían su misma edad y vivían para estar con hombres y embriagarse. Eran seres sin nada que ofrecerle a la vida. Me entristecía que existan personas que necesiten cubrir su vacío interior con litros de alcohol. No solo rellenaban ese vacío con esas adicciones, sino también con la maldad. Donde cabía la oportunidad de hacer daño, allí estaban ellas.

Me posicioné detrás de la puerta de la cocina que estaba entreabierta y las observé desde allí. Dejaron las cartas sobre la mesa y un par de botellas de vodka y tequila. Todas estaban vestidas con ropa de fiesta y maquilladas terriblemente mal.

— ¿El engendro está aquí? —preguntó una de las mujeres sentadas alrededor de la mesa.

—Seguro está en su cuarto o con la vecina ciega en su casa—respondió mi tía arrojando una carta en el medio de la mesa.

Fue allí cuando me di cuenta que estaban hablando de mí.

—No es justo, me tocaba a mí—chilló otra de las mujeres que se encontraba jugando.

Una sonora risa de parte de mi tía se escuchó en el lugar.

— ¿Y cómo haces con él? —volvió a preguntar la misma.

—Simplemente lo ignoro—respondió.

— ¿No extraña a sus padres?

—No lo sé, lo único que sé es que todo sería mejor si él se hubiese ido con ellos.

Aquellas palabras hicieron una especie de eco de mi mente. Un eco que me

rompía cada vez que sonaba. Finalmente ella había dicho algo razonable, todo hubiese sido mejor si yo también hubiese muerto. Lo sabía, yo no pertenecía a este mundo. Pero mi única fuerza para intentarlo era Mila, ella era mi luz en medio de tanta oscuridad. Por ella todavía seguía en este mundo. Por ella era capaz de intentarlo aunque el destino me coloque mil barrera.

Capítulo 7

No sabía exactamente cuando me había dormido o si en realidad lo había hecho. Solo sabía que habían pasado horas y horas que yo me encontraba en una especie de estado vegetativo. La luz del día ingresaba por los cristales de mi ventana, lo que me hizo dar cuenta que ya había amanecido. Podía escuchar latir mi corazón pero me encontraba completamente inmóvil. Mis pensamientos me tuvieron prisionero hasta que el sonido de las hamacas moverse se escuchó. Rápidamente salté de la cama y me coloqué una chaqueta mientras corría hacia el jardín.

Y entonces la vi. Balanceándose adelante y atrás, con la mirada perdida como la conocí desde un principio.

El hecho de saltar la cerca ya no se me dificultaba y logré cruzar mucho más rápido. Ella no tardó en notar mi presencia una vez que me encontré a tan solo un metro de distancia. No sabía si era mi aroma o si se había percatado del sonido del salto.

Abrió su boca para decir algo pero yo me adelanté.

— ¿Por qué no me has dicho lo del accidente?

Su rostro cambió repentinamente. Se volvió mucho más serio de lo que ya estaba.

—Mi querida madre ya te fue con la historia ¿Cierto? — Dijo con ironía—. Me pregunto si algún día aprenderá a cerrar su boca.

—No hables así de ella, tus padres son geniales, agradece que están contigo y te cuidan—dije mostrándome frío—. No todos tienen tu misma suerte.

— ¿Ser ciega es tener suerte? ¿Haber asesinado a tu propia amiga es tener suerte? —Pregunta entrecortado y respira hondo intentando calmarse—. Creo que tenemos definiciones de la palabra “Suerte” muy diferentes.

—Tú no la mataste, fue un accidente.

Una lágrima se escapó de su ojo izquierdo y rodó por su mejilla. Mi estómago se contrajo.

—Un accidente que pudo haberse evitado ¿Sabes? —Dijo en un murmullo—. Yo me dirigí al estacionamiento luego de haber visto a la persona que más amé besando a otra persona que no era yo, para ese entonces los niveles de alcohol en mí eran altísimos. Recuerdo que Amelie intentó detenerme y

peleamos. Le dije cosas que ni yo sabía que era capaz de decir pero ella en ningún momento pensó en dejarme y se subió al coche conmigo. Todo fue tan rápido, mientras yo pasaba días y días en coma, ella dormía en el cementerio.

Uno finge ser fuerte intentando no llorar, pero la verdadera fortaleza está en mostrar lo que uno siente. Y Mila lo demostró. Cuando ya no pudo aguantar las lágrimas se derrumbó. Mis latidos se aceleraron y un nudo se formó en mi garganta impidiendo que las palabras salgan de mi boca, entonces no me quedó otra que guardar silencio y abrazarla. La envolví en mis brazos como si la estuviese protegiendo de todo mal que quisiera dañarla. Y fue lo que siempre quise hacer desde que la conocí.

— ¿Dónde está la chica que siempre me dijo que aún quedan motivos para ser feliz? —murmuré a su oído. Ella suspiró.

—Siempre hay momentos en los que no puedo evitar derrumbarme. Siempre hay momentos en los que soy egoísta, en los que pienso que únicamente mi vida es un desastre. Luego comprendo que existen personas con vidas peores y vuelvo creer en la existencia de la felicidad.

Ella esbozó una de sus hermosas sonrisas. Amaba con locura verla sonreír, lograba hacer cosas inexplicables en mí.

—Derrumbarse está bien, llorar está bien, si no hubiesen momentos de tristeza jamás sabríamos cuál es nuestro momento de felicidad.

— ¿Dónde está el chico que solo quería morir? —preguntó.

—Muerto en el interior de uno que está intentando vivir—respondí.

Capítulo 8

Ya había perdido la cuenta de las veces que desperté empapado de sudor de pies a cabeza y con mi cuerpo temblando. Pero la mañana del día siguiente fue mucho peor. Mi garganta se encontraba muy seca y por más que intentara caminar por un vaso de agua simplemente parecía no llegar nunca. Mis piernas solo temblaban y me costaba moverlas. Mi vista comenzó a opacarse hasta no poder distinguir las cosas que había en mi habitación. Mis ojos se fueron cerrando lentamente hasta encontrarme en un mundo donde no había absolutamente nada. Era el vacío mismo. Tal vez millones y millones de kilómetros de espacio negro. Recordé escuchar un grito desgarrador y luego otras voces aparecieron; algunas lloraban y otras gritaban de enojo. Sin embargo, se me hacía difícil identificar a los dueños de aquellas voces.

Cuando desperté recién era medio día, mi cuerpo se encontraba pesado y las ganas de levantarme eran escasas. Sin embargo, el ruido del timbre sonó haciéndome sobresaltar. Recordé que había quedado con Mila para almorzar y me apresuré a abrir la puerta mientras intentaba acomodar un poco mi cabello a pesar de que ella no vería mi aspecto horroroso. Mila me sonrió al percatar mi fragancia.

Hicimos una especie de picnic en mi jardín trasero, con sándwiches y refrescos. El día estaba brillante y soleado, y a pesar de que hacía calor la sombra del sauce daba la suficiente frescura que necesitábamos para pasar un día genial.

Siempre esperaba que los minutos con Mila se hagan eternos, amaba estar con ella. Era increíble como podíamos estar hablando de las sinfonías de Beethoven y terminar comentando sobre constelaciones y planetas desconocidos.

— ¿Qué somos nosotros? —preguntó Mila de repente.

Yo la miré enarcando una ceja.

— ¿Humanos?

Ella soltó una pequeña risa.

—No tonto, me refiero a nuestra relación.

—No lo sé, ¿Tú que quieres ser?

— ¿Sabes? Siempre pensé que lo nuestro es especial. No es una simple

relación de “amigovios” o novio-novia, aunque no me lo has pedido aún—suelta una pequeña risa y sus mejillas se sonrojan—, lo nuestro es algo mucho más especial.

De mis labios se deslizó una pequeña sonrisa.

—Yo siempre pensé que tú eres especial, Mila—confesé—. Admiro como crees que hay que ser feliz siempre, a pesar que has pasado de todo.

—Sí, pero a veces fallo como el otro día en la fiesta. Hago un esfuerzo descomunal para olvidar todo pero en ocasiones mi mente me traiciona.

—Lo sé, pero a partir de ahora voy a estar contigo para ayudarte.

—¿Lo prometes? —preguntó y yo me acerqué a abrazarla.

—Lo prometo—murmuré a su oído.

Ella me sonrió y entrelazó nuestras manos. Nuestras manos encajaban perfectamente como si estuviésemos hechos el uno para el otro. No podía decir que me sentía completo, pero sí que me estaba salvando del desastre en el que vivía.

No habían pasado más de diez minutos cuando una tormenta se desató en Somerville. No miento cuando digo que lo que ambos sentimientos fue el miedo en su máxima expresión. El cielo celeste se tornó de un color gris oscuro. Las nubes comenzaron a desprender refuertos y fuertes truenos comenzaron a sonar. Mila y yo nos apresuramos a recoger todo y a meternos a la casa antes que comience a llover.

Para cuando la lluvia se desató sobre la ciudad, Mila y yo ya nos encontrábamos sentados en el sofá, cubiertos por una gran manta. Observé las gotas caer por la ventana y al instante recordé el día en el que Mila se mudó al vecindario. Y a pesar de que ya habían pasado meses, no podía encontrarle alguna explicación lógica al sueño que tuve antes de conocerla ¿Cómo es que había soñado con sus ojos grises sin siquiera haberlos visto antes?

Me volteé y observé a Mila detenidamente. Ella esbozó una media sonrisa y se destinó a hablar

—Es linda la lluvia ¿Verdad?

—Cómo me gustaría que pudieras verla. Creo que no existe algo más lindo.

—No es necesario ver para saber que algo es lindo. Como por ejemplo a ti —dijo con la voz firme y calmada—, jamás te he visto pero aun así siento que eres una persona hermosa por dentro y por fuera. Y no creas que lo sé solo porque mi madre me lo repite un millón de veces las veinticuatro horas del día.

Ambos soltamos una pequeña risa. Ella se recostó en el sillón y lentamente

fue cerrando sus ojos hasta quedar tranquilamente dormida. Fue inevitable sentir deseos de acércame un poco más. Ella transmitía calma al lugar, una calma que jamás había sentido estando solo.

Me senté en el sillón y comencé a acariciar suavemente su cabello mientras la observaba. Mi cuerpo se estremeció de repente y toda mi piel se erizó. La habitación se volvió oscura hasta que una luz se encendió a mi lado. Podía identificar el lugar a la perfección. Me encontraba sobre la acera, en la entrada del cementerio de *Somerville*. Lo único que la débil luz me dejaba ver era la calle vacía y las rejas negras de la puerta del cementerio. Miré extrañado hacia mis alrededores intentando descifrar que estaba haciendo yo allí, cuando la luz de una camioneta atrajo mi atención. El vehículo cruzó por la calle y justo en el momento que pasó frente a mí, un grito desgarrador se escuchó. No sabía de dónde provenía aquél grito pero al momento abrí mis ojos encontrándome de nuevo en la sala de mi casa. Miré a mis alrededores y todo estaba igual. Mila aún estaba durmiendo y la lluvia no había dejado de caer.

Sentí mi estómago contraerse y unas increíbles ganas de vomitar aparecieron. No dudé ni por un segundo en correr rápidamente al baño. Recordé que la última vez que había pasado fue la mañana que desperté tras una pesadilla que no recordaba. Y por un momento pensé que la visión que había tenido hace unos minutos se trataba de dicha pesadilla.

Fui a la cocina y me serví un vaso de agua fría. Di un sorbo y respiré hondo intentando calmarme. Una vez más tranquilo me senté en el sillón junto a Mila.

De la nada, sin saberlo ni pretenderlo, mis ojos se fueron cerrando lentamente hasta que todo el lugar quedó a oscuras.

Capítulo 9

— ¿Sabes lo que es? —pregunté al poner la fruta en la boca de Mila.

Ella la tomó entre sus dientes y comenzó a masticar lentamente disfrutando del sabor.

—Hacía bastante no comía una pero definitivamente es una frutilla.

Sonreí. Los días con Mila se hacían cada vez más perfectos. No teníamos noción del tiempo, las horas pasaban volando cada vez que estábamos juntos. Había descubierto que estar juntos era nuestra fuerza más grande. Ni ella hablaba de su accidente, ni yo de mis padres. Todas las cosas malas de nuestras vidas no existían en el mundo que nosotros mismos habíamos creado. Comenzamos a pensar que lo mejor para ambos era escribir nuestra historia desde el presente. No tenía nada que me pruebe que aquél pensamiento duraría para siempre pero no me importaba.

—Bien—tomé otra fruta del plato y se la pasé.

Ella nuevamente la saboreó.

—Es muy fácil, claramente es una naranja.

El sonido del timbre sonó de repente y éste atrajo nuestra atención.

—Ya seguimos—avisé levantándome de la alfombra en la que estábamos sentados.

Me acerqué a la puerta y giré la perilla para abrirla. Un hombre de uniforme azul con una insignia dorada a un costado de su pecho se encontraba en el pórtico de la casa. Miré extrañado al oficial y éste me dedicó una mirada triste.

— ¿Tú eres Nash Winner?—asentí con impaciencia por escuchar lo que estaba por decir—. Lamento informarle que la señora Susanne Winner falleció en la mañana de hoy.

Sentí un baldazo de agua fría caer por mi espalda. Mi estómago se contrajo de repente y mi corazón se aceleró. No la quería, jamás cuidó de mí, ni siquiera se preocupó, juró odiarme toda la vida y en lo único que pensaba era en deshacerse de mí, pero eso no significaba que no me dolía su muerte. Al fin y al cabo era la única persona de mi misma sangre.

El oficial me entregó un sobre y yo lo tomé.

Recordé que la última vez que recibí una noticia tan trágica se trataba de la

muerte de mis padres. Con la diferencia que aquella noticia no me la había dado un policía, aquella noticia la había vivido en carne propia.

Agradecí al oficial por el comunicado con la voz entrecortada y me adentré a la casa.

— ¿Quién es Susanne Winner? —preguntó la voz de Mila.

Tragué saliva e hice un esfuerzo descomunal por no llorar. Se trataba de otra muerte más con la cual debía afrontar.

—Mi tía.

Mila me hizo una seña para que me acercara y cuando lo hice, ella no esperó ni dos segundos para abrazarme. Fue allí cuando mis ojos no aguantaron más y rompí en llanto. Abracé a Mila muy fuerte intentando buscar la paz que necesitaba pero esta vez ni ella podía dárme.

El entierro fue al día siguiente en el cementerio de *Somerville*. No había muchas personas; algunos vecinos, algunas de sus amigas, Katie y Thomas, Mila y yo. Todos se habían acercado a darme sus condolencias y a abrazarme como si fuese un principiante en temas de la muerte.

Odiaba con toda mi alma los funerales. Se me era inevitable recordar el de mis padres. Solo había llanto, dolor y sufrimiento. Algunas amigas de Susanne debieron salir porque parecían desmayarse. Katie y Thomas estaban constantemente dándome ánimos y diciéndome que ellos estarían para ayudarme en lo que necesitaba.

Yo de mi parte lo único que quería es irme a casa. No aguantaba ni un segundo más en aquel lugar. Por eso, una vez que el cura dejó de hablar y colocamos las flores sobre su cajón, me solté del brazo de Mila y comencé a caminar hacia la salida. Ya había aprendido que la verdadera muerte no la vive el que deja de respirar, sino el que queda en la tierra soportando el dolor y el vacío que la otra persona dejó.

Esta vez estaba definitivamente sin familia.

Sentí una voz detrás de mí y unos pasos que se acercaban.

— ¡Nash espera!

Me detuve sin siquiera mirar a Mila. La verdad, no tenía ánimos de estar con nadie.

—Quiero estar solo, Mila. Ya déjame—dije con la voz entrecortada.

—No, no te voy a dejar nunca.

—No tengo nada para darte Mila.

Ella se acercó a abrazarme y yo me alejé.

—Lo dices por la bronca Nash, no lo dices de verdad.

—Todo lo que dijiste en la fiesta era verdad Mila, ni tú te mereces a alguien como yo, ni yo a alguien como tú—y cuando me di cuenta de lo que estaba diciendo me detuve apenado—. Lo siento, no fue mi intención...

Sus ojos no pudieron contener las lágrimas y rodaron por su mejilla.

—No, yo lo lamento pero nunca quise ser ciega. Yo no deseé esto.

Y sin más, comenzó a caminar hacia la salida. Yo quedé allí parado unos minutos, completamente helado. No podía creer lo que había dicho. Ella no tenía la culpa de mi enojo, ella no tenía la culpa de que no tuviese familia, ella no tenía la culpa de nada.

Katie y Thomas llegaron a mi lado y preguntaron dónde estaba Mila. Yo no respondí y comencé a correr hacia la salida en busca de la chica.

Me sentía la peor persona del mundo. No podía creer que estaba alejando a la única persona que enserio me hacía feliz.

Pude divisar a Mila atravesando las rejas negras y dirigiéndose hacia la calle. La misma calle del sueño. Mi corazón se aceleró de repente y corrí rápidamente para llegar hacia ella. Grité lo más fuerte que pude pero ella pareció no escucharme. Para ese entonces ya era demasiado tarde, la camioneta cruzó dejando a la chica desplomada en el suelo. Mi estómago se contrajo y sentí como mis manos comenzaron a temblar intensamente.

Corrí tan rápido como pude para llegar a ella y una vez allí, rompí en llanto al ver sus ojos cerrados. Su cuerpo estaba ensangrentado pero aún podía sentir sus latidos. Comencé a gritar con desesperación pidiendo ayuda y mientras esperaba que alguien se acercara la abracé y comencé a decirle una y otra vez que no se vaya, que ella debía quedarse conmigo. Se escuchó un grito desgarrador de Katie a mis espaldas, rápidamente se acercó a abrazar a su hija y rompió en llanto. Thomas comenzó a llamar a la ambulancia con su mandíbula temblando, apenas se podía entender lo que decía. Luego se acercó a su hija con las lágrimas rodando por su mejilla y la abrazó lo más fuerte que pudo.

—No te vayas, mi pequeña—le dijo a Mila.

La ambulancia no tardó más de cinco minutos en llegar. Rápidamente trasladaron el cuerpo inconsciente de Mila al hospital más cercano. Katie acompañó a la chica en la ambulancia mientras Thomas y yo veníamos detrás con el coche. Una vez allí los médicos dijeron que debíamos estar en la sala de espera y que nos darían noticias muy pronto. Me senté y con mis manos refregué mi rostro. La sangre hervía en mi interior. Sentía que el único responsable de esto era yo.

Nuevamente estallé en llanto y mi cuerpo comenzó a temblar. Empecé a sentir leves mareos y por un momento parecía que iba a desvanecerme en el suelo. Las ganas de vomitar aparecieron nuevamente y rápidamente corrí al baño.

Una vez que vomité me lavé las manos y el rostro, y me senté en el suelo contra la pared de cerámico. Recordé al instante cada uno de los sueños que había tenido desde que Mila apareció. Sus ojos, los gritos y el llanto, la camioneta cruzar justo frente al cementerio, la desaparición del brillo de sus ojos. No sabía el “porqué” pero la vida me estaba dando señales de que esto pasaría y yo no lo evité. Me sentía tan idiota por eso y la culpa me asechaba.

Salí del baño y me crucé a Katie en la sala de espera. Ella se encontraba sentada con la mirada perdida. Yo me senté junto a ella sin decir nada.

— ¿Sabes? Ella fue una niña buena—la miré y noté como sus ojos se cristalizaron—. Estudiosa, amable, comprensiva, amaba a los animales y sobre todo, amaba ayudar a los que necesitaban. Sin embargo, la vida ha sido muy injusta con ella. Mila no se merece todo esto.

Suspiré.

—Todo es mi culpa—murmuré soltando las pocas lágrimas que me quedaban.

—No te hagas responsable de esto, nadie tiene la culpa de lo que sucedió.

Katie me lanzó una mirada tranquilizadora pero eso no fue suficiente. Necesitaba ver a Mila, necesitaba ver su sonrisa, ver su brillo, necesitaba tenerla conmigo.

La madre de la chica me obligó a irme a casa a descansar prometiendo que me mantendría al tanto de todo. Y por más que en un principio me negué a irme y dejar a Mila, terminé aceptando.

Caminé hasta mi casa a pasos lentos y con la mirada hacia el suelo. Las personas que cruzaban al lado me miraban curiosos pero no se acercaban. Solo podía escuchar mi corazón latir. La única señal que comprobaba que aún estaba vivo. Sin embargo, jamás me sentí tan muerto.

Capítulo 10

El tiempo no dejó de pasar mientras Mila seguía en coma. Ya había pasado más de un año que estaba sumida en un profundo sueño. No había día en la que no la iba a visitar al hospital. Cada tarde luego de la escuela, tomaba el turno de quedarme con ella para que Katie y Thomas descansaran un rato. Su habitación se había llenado de flores, globos y osos de felpa que los vecinos y amigos de sus padres le habían traído. Amaba estar con ella, podía hablarle y sabía que ella me estaba escuchando, pero a su vez me causaba tanto dolor verla tirada en aquella camilla de hospital. Cada vez que iba le traía una rosa blanca y la dejaba en un florero que estaba sobre una pequeña mesita. Esperaba con impaciencia poder volver a ver aquél brillo en sus ojos grises. Todas las mañanas al despertarme sentía cierta esperanza de que se levantaría. Toda esa esperanza se esfumaba al verla recostada en su camilla. Cada vez más pálida, cada vez más delgada, cada vez más muerta.

Me senté en una silla al lado de su camilla y comencé a acariciar sus manos suavemente. Le conté sobre mi aburrido día en el instituto y por un momento pensé que me respondería, pero nada. Sentí la puerta abrirse y volteé de repente. Se trataba de Katie.

—Nash, ¿Podemos hablar?

Asentí y me alejé un poco de la camilla de Mila.

—Mira, sé que esto es difícil pero es tiempo de que dejes a Mila. Aún eres joven, tienes que vivir tu vida y no lo harás dentro de un hospital—murmuró, tal vez con miedo a que Mila la escuchara.

Mis ojos se llenaron de desesperación. No podía romper la promesa que había hecho. Yo siempre estaría para ella.

—No puedo, Mila es mi vida. Hicimos una promesa y no la romperé.

Los ojos cansados de la mujer se cristalizaron.

—Hablamos con el doctor, nos dijo que el coma podría ser indefinido.

Mi corazón se aceleró al escuchar esa palabra. Un coma indefinido era una manera de morir lentamente. No solo acaba con la vida, sino también con las esperanzas de las personas que la esperan. Como podía despertar mañana, como podía despertar en un mes o un año, o como podría no despertar jamás.

— No, no puede ser—murmuré.

—Sí, no saben cuándo despertará, ni si lo hará.

—Yo sé que lo hará, lo siento dentro de mí.

Katie suspiró.

—Me temo que si no lo hace en unos meses, le desconectaremos el respirador. Ella no se merece vivir así.

—Tampoco se merece morir.

Las palabras de la mujer sonaron en mi mente una y otra vez haciendo que mis ojos se llenaran de pánico. Sabía que había pasado mucho tiempo del incidente pero no podíamos perder la fe de que algún día despertaría. Simplemente no podíamos. Me negaba rotundamente a pensar que Mila moriría. Ella no se lo merecía. Volteé a ver a la chica una vez más y me acerqué a ella, le di un beso en frente despidiéndome y salí de la habitación.

Una vez fuera del hospital respiré el aire fresco y caminé hacia un café que se encontraba a una cuadra del lugar. El aroma a pastel de chocolate recién horneado llegó hasta mis fosas nasales una vez que ingresé allí. Me senté en una de las mesas cerca de un gran ventanal y me destiné a observar el cielo. Los nubarrones grises nos alertaban que se acercaba una fuerte tormenta. El día era triste, al igual que las almas que esperan el regreso de Mila.

Al instante siento a alguien sentarse en la silla de enfrente. Era Lucy, una amiga que había hecho este último año en el instituto. Ella esbozó una sonrisa al verme pero se borró al notar mi expresión.

—¿Mal día? —preguntó dejando sus libros sobre la mesa.

Lucy era una persona agradable y divertida. Siempre buscaba la manera de sacarte una sonrisa. Pero aun así no llegaba a ser tan asombrosa como lo era Mila, y es eso lo que más extrañaba de ella. Las tardes enteras conversando de cosas que a veces no tenían sentido pero a nosotros nos entretenía, porque lo que más importaba era estar juntos.

—Quieren desconectar a Mila—anuncié.

Lucy bajó su mirada apenada.

—Lo lamento mu...

—No lo permitiré—interrumpí—. Sé que ella despertará, hay algo dentro de mí que me pide a gritos que no pierda la esperanza.

—Nash, entiéndelo, tú tienes una vida también ¿Qué harás cuando vayas a la universidad el año entrante? ¿Qué hay de tus sueños y metas? —Preguntó con una mirada preocupante— ¿Echarás todo a la basura?

No respondí porque sabía que ni ella, ni Katie y Thomas podrían entenderlo. Mi único sueño era que Mila despertara. No me importaba un

futuro si no fuese con ella. Me despedí de Lucy sin responder sus preguntas y salí del lugar para dirigirme a casa. Una llovizna cayó sobre Somerville, lo cual no me importó en absoluto y continué caminando. Una vez que llegué a mi hogar me encontraba totalmente empapado y temblando del frío. La casa se encontraba completamente en silencio, como lo había estado desde hacía ya mucho tiempo.

Subí a mi habitación, me cambié de ropa y me lancé a la cama. Cada día que pasaba deseaba tener a alguien me apoyara en todo esto, alguien que me abrazara y que me diga que todo estaría bien. Pero al parecer tenía a todo el mundo en mi contra.

No recuerdo en que momento me dormí exactamente, pero sí en el que me levanté. Aquella había sido una mañana diferente, me levanté con una alegría inmensa que recorría cada parte de mi cuerpo. Había tenido un sueño que sabía que cambiaría todo. Y aunque no era mucho, era justamente lo que necesitaba.

“Voy a despertar, no te rindas.” dijo una voz a lo lejos.

Y sabía bien de quien era aquella voz. No podía ser un sueño solamente, tenía que ser real.

—Hoy es el día—dije esbozando una sonrisa.

Me levanté de un salto y busqué ropa para vestirme. Me arreglé un poco y sin siquiera desayunar salí de mi casa. Caminé de manera apresurada hacia el hospital mientras esquivaba a las personas que venían en sentido contrario. Todos me miraban raro pero a mí eso no me importaba, hoy era el día. Mila me había dado una señal. La señal que hizo que todas mis esperanzas brillen más que nunca.

Una vez dentro del hospital corrí hacia la habitación y sin siquiera tocar me adentré.

— ¡Mila! —exclamé con felicidad en mis ojos.

Toda la felicidad se esfumó al ver que la chica aún seguía sumida en su sueño.

Por alguna razón no había nadie en su habitación. Solo se escuchaba el sonido del aparato que controlaba sus signos vitales.

Me acerqué a ella lentamente y me senté a su lado. Tomé su mano y la acaricié suavemente mientras la miraba con mis ojos inundados de tristeza.

—Vamos Mila, despierta—le dije como si ella me escuchara—. Hoy es el día—mis ojos se cristalizaron de repente y apreté su mano aún más. Ella no

dio ninguna señal—. Por favor, despierta, despierta, despierta—repetí murmurando mientras sollozaba.

Enterré mi cabeza entre las sábanas mientras dejé caer las lágrimas. Aún no sabía cómo es que me quedaban, pensé que ya me había secado por dentro. Recordé de nuevo su voz diciéndome que no me rinda, pero la verdad era que ya se estaba esfumando la esperanza que me quedaba. Cerré mis ojos y cuando pensé que estaba durmiéndome algo me sobresaltó.

Sentí a alguien acariciar mi mano y me levanté rápidamente.

Mila se estaba moviendo.

Abrí mis ojos mostrándome atónito, no podía creer lo que estaba viendo. Ella comenzó a pestañear lentamente y a mover sus dedos, uno por uno. Yo sujeté sus manos con fuerza.

—¿Nash? —se escuchó un murmullo que a duras penas pude descifrar.

—Mila, estoy aquí.

Ella abrió lentamente sus ojos y esbocé una sonrisa al volver a ver aquel brillo en ellos. Sin siquiera pensarlo, la abracé tan fuerte como pude. Tanto tiempo esperando había valido la pena. Al fin la tenía de regreso.

—¿Dónde estamos? —preguntó soñolienta.

—En el hospital.

—¿Y cuántos días hace que estoy aquí?

Solté una pequeña risa.

—Más de un año.

Mila se mostró sorprendida.

—Creo que no dormiré por unos meses—rió— ¿Te has quedado conmigo todo este tiempo?

Sonreí y besé su mejilla.

—Sí, y lo volvería a hacer—le dije—. Hice una promesa y voy a estar contigo siempre.

—¿Siempre? —preguntó esbozando una sonrisa.

—Siempre.

Capítulo 11

“Unos meses después del accidente de Mila, todo se volvió completamente diferente. Finalmente volví a sentir lo que llaman “felicidad”.

Ella y yo compartíamos momentos que jamás pensé que tendría. Sus padres prácticamente me aceptaron como un hijo más y podía sentir que al fin tenía una familia. Sin embargo, sabía exactamente que jamás podría llenar aquel vacío que sentía al haber perdido a mi verdadera familia. Había días en los cuales me encontraba pensativo, un poco deprimido, pero aun así los días felices eran muchos más. Mila se encargaba de eso. Ella hacía de mi vida la mejor aventura. Aprendimos mucho el uno del otro, pero la verdad, era imposible conocer exactamente todo respecto a Mila. Siempre tenía algo nuevo por demostrar. Al mirar sus ojos podía descubrir el misterio y la magia que había en ellos”

— ¿Qué escribes? —se escuchó una voz a mis espaldas interrumpiéndome.

Giré y me encontré a Mila detrás de mí.

— ¿Cómo sabes que estoy escribiendo? —pregunté.

Una sonrisa apareció en su rostro, ¡Y qué sonrisa! No le bastó más segundos para alegrarme el día.

—Soy ciega, no sorda. Pude escuchar el lápiz bailar sobre el papel, metafóricamente hablando.

Hice una sonrisa amarga y quedé en silencio unos segundos. Ella siempre dice que la vida le puso ese desafío y hay que aceptar lo que le tocó, pero aun así sé que por dentro no se encuentra tan bien como aparenta.

—Metafóricamente hablando, no escribo nada—mentí.

Ella ríe.

—Eso no es una metáfora.

Se acerca lentamente a mí con su bastón y al llegar, me abraza por la espalda haciendo que mi estómago se contrajera.

— ¿Qué haces aquí? —pregunté acariciando su brazo muy suavemente.

—Escapé de la Sra. Fanner—contestó aburrida.

La Sra. Fanner era su profesora de historia. Mila había perdido un año gracias al coma y decidió reiniciar parte de sus estudios. Ella debía seguir

cursando el año entrante y yo debía ir a la universidad.

— ¿Qué te está enseñando? —pregunté.

—Edad media—respondió—. Sí, tener clases cuando debería estar de vacaciones apesta.

Hago una mueca de desagrado seguido de una risa traviesa.

—Eso significa que deberé secuestrarte y escapar, a pesar de las consecuencias que podríamos tener si tus padres nos descubren.

—No lo sabrán—suelta una risa—. Está todo arreglado.

— ¿Dónde creen que estás?

—En el baño con diarrea.

Una carcajada se escapó de mi boca. Ella era fabulosa. No se sabe lo que es la locura hasta que te cruzas con ella. Está llena de pasiones, ideas alocadas, pensamientos un poco distorsionados, y aquello era lo que más amaba de Mila.

Cargué a la chica en mis hombros y ella me besó en la mejilla. Sentí el mundo en aquél beso. El mismo mundo que siento cada vez que veo sus ojos. Su brillo. Simplemente extraño y maravilloso.

Como casi todas las tardes, Mila y yo caminamos por el parque. Lo habíamos recorrido mil veces pero tenía todo lo que es bello ante la vista y no me cansaba. Había una pequeña laguna de aguas cristalinas, rodeadas de muchas flores de diversos colores que resaltaban en el lugar como un arcoíris. Y aunque parece mentira, no habían sido plantadas, simplemente nacieron allí, en el lugar correcto para resaltar.

Mila lo amaba, a pesar de que no podía verlo. Pero ella no se deprimía, yo lo hacía. Deseaba con fuerzas que algún día pudiera verlo; ver los árboles, las flores, el agua, los patos y todo el mundo.

— ¿Pensaste alguna vez si hay alguna forma de recuperar tu visión? — pregunté mientras masticaba un sándwich de queso.

— ¿Para ver como hablas y masticas a la vez? —Dijo graciosa—. No, ya es desagradable tener que escucharte.

Soltó una pequeña risa de burla y yo giré mis ojos.

—Es enserio, Mila ¿No te gustaría volver a ver el mundo?

—No.

— ¿No? —pregunté sorprendido.

—No.

— ¿No te gustaría saber cómo soy? ¿Ver de qué color son mis ojos, mi cabello, mi piel?

—Eso es lo mejor de una persona ciega, no necesito de tu físico para enamorarme, sino de tu alma, que es lo más importante—dijo con calma y cierto aire a sabiduría. Tal vez tenía razón, pero ¿Qué sería de su futuro? Me negaba a aceptar que tendría que depender de alguien la mayor parte del tiempo— ¿A qué se debe tu pregunta?

—Sé que aunque no lo admitas, lo extrañas Mila. Extrañas como era tu vida de antes.

— ¿Mi vida de antes? —Sus ojos se humedecieron haciendo que mi estómago se contraiga—. Esa vida terminó cuando maté a mi mejor amiga.

Una tras otra, así caían las lágrimas de sus ojos. Mila se derrumbó. Cubrió su rostro escondiéndose y sollozó. Por un momento me lamenté haber hablado más de lo que debía. De alguna manera herí a Mila, la llené de recuerdos y culpabilidad. Rápidamente me acerqué a ella y la fundí en un abrazo. Sus sollozos no cesaron. Acaricié su cabello suavemente intentando calmarla, pero fue lamentablemente inútil. Cada vez era más intenso el llanto y mi preocupación, temí por un momento que esto se tratara de uno de sus ataques de nervios.

Y no me equivocaba. El cuerpo de Mila comenzó a temblar descontroladamente y sentí sus brazos golpeando mi pecho para alejarme. Tanta era la desesperación que hasta yo comencé a llorar. Lo más sorprendente de todo es que en aquel momento no había nadie en el parque para ayudarme. Sólo éramos Mila y yo.

—No fue tu culpa Mila, entiende—grité mientras aguantaba los golpes de la chica.

Ella se detuvo. Fijé mis ojos en los suyos, aquellos se encontraban perdidos. Perdidos en vaya a saber dónde. Tal vez en otro recuerdo, en otro desastre, o peor, en su pasado. Tomé sus manos y las acaricié lentamente para tranquilizarla, pero ella pareció no sentirlo. El silencio reinó en el lugar unos minutos, hasta que Mila regresó a este tiempo, a este mundo, a la realidad.

—Después de un tiempo comprendí que en la vida todo regresa, yo maté a una persona y a mí me mataron en vida. Y a veces no sé cuál es peor.

Capítulo 12

Aquella misma noche no dormí. Los recuerdos le habían dado una grata bienvenida a mi insomnio. Lo que no era tan malo ya que las pesadillas cada vez eran peores. Siempre me levantaba sudado, con ganas de vomitar o con un dolor de cabeza intenso que me hacía llorar. Eran miles los intentos en los que fallé para descubrir de qué se trataban las pesadillas. Sabía que me decían algo, todo este tiempo me advirtieron del accidente de Mila, pero después de tanto siguieron y ya no pude encontrar su significado ¿Habría algo más que evitar?

Sentía un miedo intenso por dentro. Tenía miedo de no darme cuenta a tiempo como ocurrió con el accidente. El padre de Mila me dijo una y otra vez que no debía culparme, que las pesadillas eran solo pura casualidad y nada está predestinado. Sin embargo, había algo en mi interior que decía lo contrario.

Al despertar, el día parecía uno como cualquier otro. Sin embargo, todo cambió cuando abrí la ventana. Sentí un frío intenso acariciar mi cuerpo. Pude ver como las personas del vecindario se habían levantado temprano para colocar adornos brillantes y llamativos en sus casas. En el lugar resaltaban brillantes luces de colores que se prendían y apagan al compás de una suave música navideña. Rasqué mi cabeza en signo de frustración y cerré mis ojos queriendo desaparecer.

La peor época del año estaba comenzando. Sí, la época donde todo es paz y alegría (Para algunos). Donde se intercambian regalos y se comen galletas. Donde la familia se reúne a comer pavo, comentar anécdotas viejas y finalmente brindar por el amor, el éxito y la paz. Sin embargo, para mí la navidad era uno de los peores momentos del año. Por más que costaba aceptarlo, yo no tenía familia con la cual compartir todo eso. Solo recuerdos. Recuerdos que me demostraban que a medida que pasaban los años fueron desapareciendo más personas de la mesa, hasta quedar yo solo.

Antes era distinto. Un día como hoy hace años mamá nos levantaba a Emily y a mí para armar el árbol navideño y hacer nuestra carta para Santa. Mientras tanto papá decoraba el jardín y el techo con bellos adornos y luces de colores. Todavía tengo el recuerdo de mi madre con su típico vestido rojo con lunares

dorados, cantando una dulce canción navideña.

Sí, esta época hace que la nostalgia y los recuerdos se apoderen de mí, más que cualquier otro día.

Me coloqué mi chaqueta sobre el pijama y salí afuera en busca de la correspondencia, como hacía prácticamente todos los días. La diferencia era que el suelo se tiñó completamente de blanco, al igual que el buzón y las rejas de madera. La gente que cruzaba por la calle mostraba una gran sonrisa ¿Por qué será que las personas son más felices en Navidad?

Siempre supuse que era un momento en el que se debía agradecer todo lo que teníamos. Las personas en ese momento se dan cuenta de lo afortunados que son y su felicidad deslumbra ¿Pero qué hay con los demás días?

Abrí el buzón y retiré dos sobres que había dentro. Subí al pórtico y seguí observando a las personas que cruzaban por la acera o la calle. Las personas se abrazaban, se besaban, reían, conversaban alegremente. El mal parecía no existir. Por lo menos no en ellos, pero sí en mí. La tristeza que me inundaba dentro era inexplicable.

—Ojalá todo fuese como antes—murmuré y me adentré a mi hogar.

El día transcurrió como cualquier otro; aburrido. Lo único que hacía era leer novelas de misterios o escribir lo que se cruzaba por mi cabeza. A veces escribía sobre mi familia, sobre algún recuerdo...solo por el temor de algún día olvidarme. Olvidarme de todos aquellos momentos que me hicieron feliz.

En aquél momento se escuchó el timbre sonar y a pasos lentos me acerqué a abrir la puerta. Detrás de ella se encontraba Mila con un ramo de flores entre sus manos.

—Aún no es la boda, amor mío—bromeé.

Ella no rió, lo que me extrañó un poco ya que ella siempre solía reírse con mis bromas.

— ¿Me puedes acompañar a un lugar? —dijo con seriedad.

Tomé sus manos y las acaricié muy suavemente.

— ¿Estás bien? —pregunté con preocupación.

—Sí, solo es que este día me pone un poco...tensa.

Decidí no cuestionar más y hacer silencio. Cerré la puerta por detrás de mí y entrelacé el brazo de Mila con el mío para comenzar a caminar.

El mundo parecía ser un arco iris mientras que Mila y yo éramos colores neutros ¿Podían dos personas estar tan rotas por dentro un día como hoy? La respuesta era sí. Nos paramos frente a una gran puerta de rejas negras y ambos suspiramos. Mi estómago se contraía cada vez que veía aquella gran cruz de

metal sobre la puerta. Estábamos en el hogar de mi familia y de muchas otras personas. Con Mila nos adentramos y comenzamos a caminar lentamente hasta llegar a una lápida muy peculiar. Sobre ella había muchas flores de colores y varios animales de felpa. También cartas y notas en los que resaltaban las frases “Te quiero” “No te olvidaremos” y “Descansa en paz”. Quité la nieve que estaba sobre la lápida y descubrí que también había una foto de una joven de cabello rubio y ojos verdes, y debajo su nombre...

—Amelie Lowatter—murmuró Mila—, te extraño.

Capítulo 13

Se veía que Amelie Lowatter era una persona realmente hermosa, o al menos eso demostraba la fotografía sobre su lápida. Pero nadie, ninguno de los cientos y cientos de visitantes que cruzaban por allí a diario sabían que Amelie Lowatter tenía más sueños y pasiones que estrellas en el universo. Amaba escribir sobre temas relacionados a los planetas, las estrellas y el amor. Principalmente sobre el amor. Según Mila, siempre decía que el amor era la fuerza más poderosa del universo, la única que puede salvarnos y acabar con las guerras.

Amelie también amaba cantar, según Mila tenía una voz angelical que hasta hoy en día puede escuchar en sus sueños. Sí, Amelie fue una clara prueba que su muerte fue un desperdicio. Su voz y sus habilidades de escritura quedaron sepultados debajo de aquella lápida.

Mila se arrodilló frente su tumba y agachó su cabeza como pidiendo perdón. Pude notar un par de lágrimas salir por sus ojos y todo mi ser se conmovió.

—Todavía recuerdo su voz diciéndome “No estás en condiciones de manejar, yo lo hago” y me negué—su voz se quebró por completo y las lágrimas comenzaron a emanar de sus ojos con más intensidad.

Sin poder soportar las ganas, la abracé. Quería que sepa que tenía en quien apoyarse y no estaba sola.

—Fue un error, Mila. No puedes seguir culpándote por eso toda la vida.

Ella no respondió. Dejó el ramo de flores blancas sobre la lápida y comenzó a hurgar en el bolsillo de su chaqueta. De allí sacó una pequeña caja de color plateado y también la dejó sobre la lápida. Secó sus lágrimas, se levantó e hizo una seña para que nos fuéramos. Tomó mi brazo y comenzamos a caminar lentamente hacia la salida.

—¿Qué era eso? —pregunté con curiosidad.

—¿Qué cosa? —Mila se mostró desconcertada. Se notó que la visita a Amelie le afectó un poco.

—La caja, ¿Qué había en ella?

En ese momento ella se aferró más a mi brazo casi clavándome las uñas en la piel.

—¿Qué fue eso? —dijo llenando sus ojos de miedo.

Solté una pequeña risa y envolví a Mila con mis brazos.

—Solo fue una fresca brisa que nos dice que debemos ir a mi casa por chocolate caliente.

Ella esbozó una sonrisa. Posiblemente la sonrisa más hermosa que había visto jamás.

Luego de salir de aquél triste lugar, lleno de penas y recuerdos, Mila y yo nos dirigimos hacia mi hogar. Aquél día lo habíamos pasado compartiendo anécdotas de cuando éramos pequeños y disfrutando el sabor del chocolate caliente. Los días pasaban y cada vez me asombraba más de Mila. Su inteligencia, su manera de expresarse y de pensar parecían ser únicos en el mundo. Mila era única. El solo pensar que en unos meses tendría que irme de la ciudad y alejarme de ella me deprimía. Sin embargo, estaba seguro que volvería a buscarla.

Mila y yo nos encontrábamos sentados juntos en el sillón. Ambos mirando hacia la nada. En un momento ella apoyó su cabeza sobre mi hombro quedando pensativa.

— ¿Y tu bastón? —pregunté curioso.

—Lo dejé.

— ¿Por qué? Lo necesitas

—Claro que no, no dependo de nada.

Suspiré.

—Úsalo, lo necesitas, puedes caerte y lastimarte.

Su rostro se tornó completamente serio.

—Ya basta, no lo quiero, no lo necesito, Nash—el tono de su voz aumentó—. No voy a ser una inútil toda la vida, no necesito al estúpido bastón.

Intenté abrazarla pero ella me alejó con bronca. Rápidamente sus músculos se tensaron.

—Mila...—murmuré—. Cálmate.

— ¿Calmarme? Estoy calmada, estoy más que calmada—su mandíbula comenzó a temblar dificultando su habla.

Nuevamente intenté abrazarla pero fracasé. Ella se encontraba hundida en nervios, todo lo que yo decía o hacía parecía obsoleto, nada funcionaba para tranquilizarla.

—Mila, escúchame ¿Si?—sujeté su mano y aunque también intentó alejarla, resistí—, te amo y haré hasta lo imposible para que no tengas que depender de nada ni de nadie, nunca más.

Ella no respondió pero si se tranquilizó. Apoyó su cabeza sobre mi hombro

y sentí sus músculos relajarse finalmente. Tal vez había hecho una promesa demasiado complicada pero haría hasta lo imposible por intentarlo. Mila se merecía lo mejor, Mila merecía poder ver el mundo.

Capítulo 14

No miento cuando digo que la mañana siguiente fue una de las más aterradoras que había tenido. Desperté sobresaltado y completamente empapado de sudor. Mi cuerpo temblaba intensamente lo que producía que mis piernas se debilitaran y no pudiera siquiera levantarme de la cama. Pero eso no fue todo, seguido vinieron terribles mareos y náuseas. Cuando intenté salir de mi cama e ir en busca de mi teléfono para llamar a Mila, caigo al suelo y me quedo inmóvil. Mi visión era cada vez más borrosa, hasta que finalmente todo se tornó negro. Por un momento creí que ya estaba muerto cuando una figura apareció delante de mí. Me costó enfocar mi visión pero cuando lo hice, simplemente no había palabras para describir lo que sentí al ver aquella figura.

—Emily—murmuré.

La pequeña niña rió y me extendió su mano.

—Ya levántate, tonto.

Sujeté su mano y me levanté sin dificultades. Observé a mí alrededor y simplemente no podía reconocer el lugar en donde estábamos. Se trataba de un bosque, lleno de pinos y arbustos. El cielo estaba completamente gris, parecía que una tormenta se aproximaba. Miré a Emily y unas lágrimas se escaparon de mis ojos. Se veía tan hermosa con sus dos trenzas rubias y sus ojos azules. Llevaba un vestido rosa pastel que hacía resaltar su tez blanca como una bella muñeca de porcelana.

—¿Qué? Me miras como si hicieran meses que no nos vemos—dijo Emily.

—Hace años en realidad—murmuré para mis adentros.

Cuatro, para ser exactos. Cuatro años sin ver aquella niña rubia que alegraba mis días con sus historias de preescolar y chistes malos.

—Vamos—la niña sujetó mi mano y comenzó a llevarme por el bosque.

—¿A dónde vamos? —pregunté curioso.

—No hagas preguntas, solo ven conmigo.

Continuamos caminando entre los pinos y arbustos hasta llegar a una gran roca. A pesar de su estatura, Emily se subió sin dificultades y una vez arriba me hizo una seña para que también suba. Una vez arriba, Emily y yo nos sentamos en silencio admirando el paisaje. Había un pequeño arroyo de aguas

claras muy cerca de allí.

—Estás mucho más grande pero te ves bien—dijo Emily.

—Tú también te ves bien, pequeña—respondí con una sonrisa.

—Siempre luzco igual, no puedo crecer.

Hice una sonrisa amarga y contuve las ganas de llorar que sentí en ese momento. Ella jamás crecería, jamás se vería diferente, jamás viviría su historia de amor, jamás entraría a una universidad, ni tendría hijos y...jamás podría cumplir sus sueños. Porque ella ya no vive.

—¿Qué hacemos aquí, Emily? —pregunté.

—Siempre vengo aquí sin que mamá sepa y esta vez te encontré a ti—ella se quedó pensativa por unos segundos y luego prosiguió—. Pero no sé qué es lo que tú haces aquí.

—¿Mamá? —Mi corazón comenzó a latir con intensidad— ¿Dónde está ella?

—Lejos—respondió seria.

—Quiero verla, dime donde está.

Ella no respondió. Bajó de la roca de un salto y comenzó a correr hacia los arbustos. No necesité siquiera pensarlo y la seguí. Grité su nombre un par de veces para que se detenga pero no quiso escucharme y siguió corriendo. Luego de un rato de perseguirla, se detuvo. Yo me paré detrás de ella y esperé a que me mirara. Ella giró lentamente y se me rompió en corazón al ver como de sus ojos caían lágrimas.

—Nash, tú no tienes que estar aquí.

—¿Dónde estamos, Emily? No entiendo—dije frustrado.

—No sé porque estás aquí pero debes irte.

Me acerqué más a la niña pero ella se alejó.

—No me iré, quiero estar con ustedes, los extraño mucho.

La niña se acercó a mí y me miró fijamente a los ojos.

—No es tu hora, ahora vete.

Y aquello fue lo último que escuché de Emily. Sentí como la niña con sus pequeños brazos me empujó hacia atrás y caí al suelo. Nuevamente todo se tornó negro. Solo podía escuchar latir mi corazón, lo que me anunció que aún seguía vivo. Luego de un rato mi visión comenzó a aclararse. Todavía veía un poco borroso pero aun así pude distinguir que me encontraba en mi habitación. Me hallaba tirado en el suelo y mirando hacia el techo como lo último que recordaba antes de desmayarme. Lentamente me levanté intentando no volverme a caer y me senté sobre mi cama. Sentía que había sido arrollado

por una manada de elefantes.

Miré el reloj y al instante abrí mis ojos como platos. No había pasado siquiera veinte minutos que estuve tirado en el suelo. Lo más impresionante fue que recordaba haber estado por lo menos dos horas dentro de mi subconsciente o cual sea el lugar en donde estuve.

Inmediatamente luego de eso decidí tomar un baño y salir de la casa para despejarme. Finalmente descubrí porqué Susanne jamás estaba y vivía prácticamente en la calle. No puedes escapar de los recuerdos cuando pareces estar dentro de uno.

Comencé a caminar sin destino por las calles de la ciudad. Las calles, los árboles, las casas, todo era blanco. Las personas emanaban el color que a la ciudad le faltaba. A horas de Navidad, casi todos eran felices. Casi todos eran buenas personas, casi todos eran simpáticos y agradables. La navidad era mágica, no cualquiera hace que las personas sean agradables con una sociedad tan destruida. Decidí ir a tomar un cappuccino a un Café que se encontraba a un par de calles. Sin embargo, hubo algo que me detuvo. Toda mi atención se la llevó una vidriera en un local donde vendían libros. Me acerqué impresionado al vidrio y me fijé en un libro azul con un título peculiar; “¿Qué sabes sobre los No-Videntes?”

Capítulo 15

—Tal vez deberías ver a un doctor—comentó Mila con preocupación en su rostro.

Hice una mueca de desagrado.

—Los doctores no son lo mío. Tengo que estar en agonía para ir a visitar a un doctor.

Mila suspiró.

— ¿A caso no lo estuviste?

—Solo me desmayé—respondí—. Y no pasaron más de veinte minutos.

En ese momento la madre de Mila entró a la sala con un plato de galletas con chips de chocolate y las dejó sobre la mesita ratonera con una deslumbrante sonrisa.

—Vendrás a cenar esta noche ¿Cierto? —dijo Katie amablemente.

Tardé unos segundos en responder, hace cuatros años no me gusta celebrar la navidad y nunca fue lo mío fingir felicidad. Katie me miraba expectante con una sonrisa.

—Si vendrá—dijo Mila adelantándose.

Katie sonrió aún más.

—Perfecto—dijo con entusiasmo y se marchó.

Suspiré y miré a la chica.

—Sabes que odio todo eso de celebrar la navidad.

Ella sonrió.

—Lo sé, pero también sé que juntos podemos hacer de esta noche, algo mágico.

— ¿Juntando nuestro odio hacia la navidad? —bromeé.

—Si no podemos ser Santa tal vez deberíamos ser el Grinch ¿No?

Solo reí. Aun no estaba seguro si sería buena idea pero me agradaba el hecho de compartir tiempo con Mila. Seguimos conversando un rato más hasta que llegó la hora de irse. Me despedí de Mila y de sus padres, y me marché. Decidí no comentarle nada a Mila respecto a lo que ocurrió cuando me desmayé. No estaba muy seguro de lo que pasó realmente. Sí había visto a Emily en mis sueños anteriormente, pero nada fue como esto. Se sintió demasiado real, como si hubiésemos estado frente a frente como el último día

que la vi. Desde ese momento comencé a sentir millones de dudas que nadie podría responderme ¿Qué significaba que aún no era mi hora? ¿Y si no lo era, que hacía yo allí? Pero principalmente, ¿Qué era aquél lugar?

Por un momento pensé que lo mejor era continuar mi vida e intentar olvidar lo que ocurrió. Sin embargo, no podía. Pensaba en aquél lugar a todas horas y momentos del día. Pensaba en las palabras de Emily. Pensaba en tantas cosas de las cuales jamás tendría respuesta.

Me adentré en mi casa y subí las escaleras para dirigirme a la habitación. Pasé lo que restaba de la tarde probándome camisas y zapatos para la cena. Me paraba frente al espejo, realizaba una mueca de desagrado y cambiaba. Realicé la rutina aproximadamente unas diez veces hasta que exhausto y rendido me lancé sobre la cama. Miré el cuadro que estaba sobre la mesita de luz y sonreí.

—Los extraño, ojalá estuvieran aquí—murmuré con los ojos cristalizados.

En ese momento noté algo extraño en la foto e intenté enfocar la vista. Sorprendido tomé el cuadro y lo acerqué más a mí. En la foto estaban mis dos padres y Emily, con un bonito vestido rosa pastel. Desarmé el portarretrato y quité la foto que había allí. La di vuelta y leí unas palabras escritas con un bolígrafo.

“Mamá me enseñó a disfrutar de cada momento como si fuese el último, ¿Ven mi sonrisa en esta foto? No es solo para los flashes, es para todos mis días. Según mamá existen dos personas muy poderosas en el mundo, una es la Sra. Vida que nos regala poder estar en el mundo en el que vivimos, sin embargo, como todo, su regalo se termina y llega la Sra. Muerte. Ella no es mala, ninguna de las dos lo es. La Sra. Vida nos regala algo que debemos aprovechar porque la Sra. Muerte puede llegar para hacernos dar cuenta si disfrutamos o no de nuestro regalo. Por eso es importante; jugar, reír, compartir, ser buenos y aprender, antes de que todo se termine...porque la Sra. Muerte es buena pero tal vez un poco egoísta, no nos devuelve el regalo que la Sra. Vida nos dio” Emily, 9 años.

Las lágrimas comenzaron a caer de mis ojos. Necesitaba a mi pequeña Emily con vida. Tenía tan solo nueve años cuando se fue que ni siquiera llegué a disfrutarla lo suficiente. Ella no se merecía eso. Ni Emily, ni mis padres. Estaba realmente enojado con la vida por haberme quitado a personas que significaban mucho para mí, personas con los corazones más puros del mundo. No podía entender que es lo que hacía yo aquí y ellos allá arriba ¿Por qué no fui yo quien murió en ese accidente? Ya hacía cuatro años sin poder

entenderlo.

Cuando el reloj dio las nueve, salí de mi casa y me dirigí hacia la de Mila. La nieve blanca deslumbraba con la luz de las estrellas y la luna llena. Subí al pórtico y toqué timbre. Me acomodé el saco y esperé a que abrieran la puerta. Sentí el ruido de unos tacones acercarse y me enderecé. Katie abrió la puerta con una agradable sonrisa.

— ¡Pero si estás bellissimo, cariño! — besó mi mejilla y me tomó del brazo para que me adentrara.

Caminé hacia el comedor y miré hacia mis alrededores en busca de Mila. Ella no estaba allí. Me senté en una de las sillas de la gran mesa de madera y esperé con impaciencia la llegada de la chica. Katie entró al comedor y colocó unas velas en la mesa. Al terminar me miró fijamente y sonrió.

—Me hace tan feliz que estés aquí.

—Es un placer cenar con ustedes, Katie.

—No, no hablo de eso—sus ojos se cristalizaron—. Me hace feliz que hayas aparecido en nuestras vidas, Nash. Cuando ocurrió el accidente de Mila pensamos que jamás podría volver a estar bien, hasta que llegaste tú y nos devolviste las esperanzas que habíamos perdido—la mujer se acercó a mí y me abrazó soltando las lágrimas contenidas en sus ojos.

Respondí al abrazo de Katie y esboqué una sonrisa boca cerrada.

—Amo mucho a Mila pero a veces tengo miedo de no hacer lo suficiente por ella.

Katie se alejó y me miró curiosa.

—La haces feliz ¿Acaso eso no es suficiente?

—No lo es.

La mujer me miró sin entender.

— ¿Y para ti que sería lo suficiente? —preguntó.

—Devolverle sus ojos. Ella no se merece estar así.

Katie movió su cabeza negando y colocó su mano en mi hombro.

—Nash, luego del coma de Mila comprendí que nadie en este mundo se merece que le pasen cosas malas. Sin embargo hay que aceptar que si pasan es por algo. Todos tenemos una misión en nuestras vidas y solo el destino se encargará de realizar las circunstancias perfectas para que podamos descubrir cuál es nuestra misión. Y el destino decidió que Mila necesitaba quedar ciega para descubrir su misión.

Simplemente no respondí. Las palabras de Katie me habían dejado pensando. Sin embargo, podría venir hasta el presidente de los Estados Unidos

a hablarme pero no me haría cambiar de opinión. Quería ver a Mila bien, quería ver a Mila admirando todo aquello que ama y le apasiona. Ella se merecía una vida normal, pero principalmente, merecía recuperar toda la magia que poseían sus ojos.

Segundos más tarde, Thomas baja las escaleras junto a Mila. Sentí mi corazón acelerarse al verla. Llevaba un bonito vestido rojo que hacía que su piel blanca se vea más deslumbrante. Un gran collar de perlas blancas adornaba su cuello. También llevaba un ligero maquillaje que combinaba a la perfección con su tono de piel. Sin dudas, era la persona más hermosa que había visto en mi jodida vida.

—Damas y caballeros, les presento a la princesa Mila—anunció Thomas con una gran sonrisa.

Mila soltó una pequeña risa.

—Ya basta, papá.

—Oh, es cierto, me confundí. Debí decirte “Princesita Mila” —Thomas apretó cariñosamente una de las mejillas de Mila.

Ella solo bufó.

Todos nos sentamos en la mesa para comenzar con la cena. Mila se sentó junto a mí. Katie había dejado un pollo sobre la mesa que tenía una pinta espectacular y todos nos moríamos por probarlo. Durante la cena Thomas y Katie conversaban sobre la economía del país mientras que Mila y yo cruzábamos miradas y disfrutábamos de la comida.

—Te pusiste muy hermosa a pesar de odiar la navidad—murmuré.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Presentí que esta no es una Navidad cualquiera y que debo disfrutarla.

Capítulo 16

Siempre consideré que la vida sufría de bipolaridad. La mayoría de veces me trataba como una bolsa de basura pero a la vez me concedía los mejores regalos. Mila era el mejor regalo que me dio la vida. No cabían dudas, ella era especial. No entendía como una persona que no puede ver los colores en el mundo, pinta el mío como un arco iris. Aquella no era una navidad cualquiera dijo Mila, y no se equivocaba.

Al terminar de cenar, la chica y yo nos abrigamos y salimos al jardín para admirar al cielo nocturno. Las estrellas y la luna llena deslumbraban en el lugar.

Nos recostamos en el suelo y comenzamos a mover nuestros brazos y piernas haciendo ángeles de nieve. Ambos reíamos como un par de locos que se amaban. Por un momento se nos había olvidado la razón por la cual odiábamos la Navidad y comenzamos a disfrutar de ellas.

—Todo es tan hermoso—murmuré.

Quedamos en silencio unos minutos disfrutando de la tranquilidad que el lugar emitía. Una estrella fugaz cruzó frente a mis ojos. Rápidamente los cerré y sin pensarlo murmuré: “*Deseo que Mila sea feliz*”. Entrelacé las manos de la chica con la mía y sentí mi corazón acelerarse. Podían pasar años, hasta incluso décadas y jamás dejaría de sentir aquel alboroto que Mila le producía a mi cuerpo cada vez que la tocaba.

La miré y pude notar el brillo deslumbrante de sus ojos. Parecía que después de tanto, conservaba su magia.

—Nash, ¿Puedo contarte algo? —la voz de Mila sonó entre el silencio.

—Claro que si—respondí.

Ella suspiró.

—Luego del accidente, caí en una enorme depresión de la cual pensaba que jamás me libraría—sus ojos de cristalizaron—, y era entendible, me faltaba tanto por ver del mundo, porque a pesar de ser un desastre había cosas que hacían que lo demás no importara. Esas cosas hacían al mundo bello. Lo que más pensaba era; ¿Qué puede hacer una persona ciega en el mundo? ¿Qué diablos sería de mi futuro? —Ella se detuvo y tragó saliva—. Pensé que lo mejor era estar muerta, porque al fin y al cabo así me sentía, muerta en vida, y

ese era uno de los peores sentimientos que podía existir. “Jamás seré feliz” dije, pero me equivoqué. Pensé que lo único que me haría feliz en este mundo era recuperar mi visión, sin embargo, una persona fue suficiente para cambiarme la vida.

Todos mis sentidos se alteraron al escuchar a Mila. La amaba, la amaba y mucho.

—Tal vez no tenga la vida perfecta, no tengo a mis padres, ni a Emily, pero ya no quiero morirme. Tengo problemas pero me gusta la vida si estás a mi lado—mencioné con mis ojos cristalizados pero a la vez intentando mantenerme firme.

No sabía cuánto podría aguantar las lágrimas contenidas en mis ojos. Me sentía tan vulnerable ante ella. El nudo que llevaba en la garganta me impidió seguir hablando. Mila se quedó en silencio hasta que fuertes estallidos nos alteraron. El cielo se iluminó de fuegos artificiales y todo se tiñó de colores. Y sabía que este era el momento perfecto. En cuanto la chica y yo nos levantamos la abracé como si no hubiese un mañana, como si fuese la última vez que la vería. Ella se quedó helada unos segundos pero luego respondió a mi abrazo. En sencillas palabras fue magia; sentir su cuerpo pegado al mío y sus brazos rodeando mi torso fue todo lo que necesité para sentirme vivo. Lentamente acerqué mis labios a los suyos y una vez que se encontraron ya nada estaba mal. La vida se volvía un poco más bella. Sentí el mundo entero en aquél beso. Tan deseado y esperado por ambos.

—Feliz Navidad, Nash—dijo Mila al alejarse.

Sonreí.

—Feliz Navidad, Mila—dije—. Y Feliz Navidad para ustedes también que sé que me cuidan en donde sea que estén—dije mirando hacia el cielo empapando mis mejillas con lágrimas.

Mila no se equivocó con respecto a esa noche. Fue sin dudas, increíble. Me hacía acordar tanto a las navidades con mis padres y Emily. Siempre un minuto antes de que dieran las doce la pequeña y yo salíamos corriendo a nuestro jardín y nos quedábamos mirando al cielo esperando los fuegos artificiales. Mientras esperábamos buscábamos estrellas fugaces solo para pedir deseos. Yo siempre deseaba nuevas pelotas de fútbol o algún videojuego que estaba de moda. Por lo contrario, Emily siempre pedía lo mismo, una y otra vez, todas las navidades desde que tengo memoria; “ser feliz”.

A pesar de que la noche había sido todo un éxito, no podía decir lo mismo del día siguiente. Como me dormí muy tarde la noche anterior, tardé en

despertar. Ya era medio día cuando lo hice y mi estómago pedía a gritos comida. Así que bajé las escaleras, abrí el refrigerador y saqué unos sándwiches de jamón y queso que Katie me había preparado. Me senté en la mesa, di un mordisco al primer sándwich y sentí una fuerte puntada en la nuca que me hizo escupir la comida. Mi cuerpo comenzó a debilitarse poco a poco hasta perder la movilidad de mi cuerpo y caer al suelo. Solo veía el techo y sentía mi pecho que subía y bajaba intensamente. Todo comenzó a nublarse nuevamente.

—No otra vez—murmuré y todo se volvió a oscurecer.

Abrí mis ojos y me encontré nuevamente con los ojos celestes de la pequeña Emily. Rápidamente me levanté y observé a mis alrededores. Me encontraba en el mismo lugar que ayer. Un bosque lleno de pinos y arbustos, y un cielo tormentoso.

—¿Qué haces otra vez aquí? —preguntó Emily con una mirada titubeante.

—No, la pregunta sería; ¿Qué haces tú aquí? —Emily alzó una ceja mostrándose confundida—. Ésta es mi subconsciente, estás dentro de mi cabeza y no eres real.

La niña rió divertida.

—Nunca cambias hermano, sigues igual de tonto—dijo la niña—, soy tu hermana, Emily, y soy más real de lo que te puedes imaginar.

—Mi hermana está muerta.

—Tonto, dime algo que no sepa—dijo sarcástica—. Sé que lo estoy, sé que es este lugar pero lo que no sé es que haces tú aquí. Si tú no estás muerto, creo.

Rasqué mi cabeza frustrado. Ya no aguantaba tantas dudas.

—Esta es mi jodida conciencia. Eres solo un producto de mi imaginación, consecuencia de extrañarte tanto—dije elevando mi tono de voz.

La niña negó con la cabeza mientras reía.

—¿Y por qué aquí no está mamá y papá? Supongo que a ellos también los extrañas.

Suspiré pesadamente y volví a observar hacia mis alrededores. El lugar transmitía mucha paz y tranquilidad. No podía ver a absolutamente nadie, solo estábamos mi hermana y yo. Mi vista regresó hacia Emily.

—No lo sé, solo sé que le ocurre muchas cosas a mi cuerpo antes de llegar hasta aquí.

La niña me miró desconcertada.

—¿Qué clase de cosas? —ella comenzó a jugar con sus manos mostrándose

nerviosa.

Suspiré.

—Mareos, vómitos, puntadas en la cabeza, debilidad y un sinfín de cosas más.

De la nada, sin aviso previo, Emily se arrodilló y comenzó a llorar desconsolada. Ella rodeó a su cuerpo con sus brazos sin dejar de empapar sus mejillas. Yo no podía comprender lo que ocurría y el solo hecho de no entender me frustraba. Me acerqué a la niña y comencé a acariciar su cabello intentando tranquilizarla. Ella me miró y rápidamente sus brazos rodearon mi cuello. Yo había quedado completamente helado. Sentirla tan cerca hizo que una lluvia de recuerdos viniera a mí; las tardes de juegos en los castillos hechos con sábanas y almohadas, las vacaciones en casa de los abuelos, las peleas por el último dulce del frasco y millones de momentos más. Cerré mis ojos disfrutando lo más posible de aquél abrazo y al abrirlos Emily ya no estaba allí. Tampoco yo. Me encontraba nuevamente en mi casa, tirado en el suelo y mirando hacia el techo. Resoplé y me levanté lentamente para evitar marearme y volver a caer. Fijé mi vista en un viejo reloj colgado en la pared y me sorprendí al notar que solo habían pasado cinco minutos desde que me desmayé. El tiempo había pasado increíblemente lento.

Caminé hacia el living y me senté en el sillón. Apoyé mi cabeza en el espaldar e intenté relajarme un poco. Me encontraba en un momento donde no podía comprender la vida. Solo sabía que cada día que pasaba me sentía más débil. Recordé las palabras de Mila y tal vez tenía razón, debía ir con un médico.

Miré hacia mi alrededor y mi mirada se topó con un libro que había sobre la mesita ratonera. Lo agarré y leí lentamente el título; “*¿Qué sabes sobre los No-Videntes?*”. Éste tenía pinta a ser un apunte de la facultad de ciencias médicas, sin embargo su descripción decía otra cosa.

“Si en la vida te encuentras con una persona ciega, siéntete afortunado, puedes aprender más de lo que te imaginas. Descubre sus habilidades y cómo ayudarlos, porque aunque parezca imposible la ciencia hoy todo lo puede y todo lo hace”

Y sin dudarle comencé a leer con una sonrisa implantada en mi rostro. En ese montón de hojas podría estar la solución al problema de Mila.

“Hay persona que ya nacen sin su visión, que no conocen nada; ni los árboles, ni las nubes, ni las flores, cosas que para nosotros son totalmente comunes. A otras les tocó la mala suerte de tener alguna enfermedad que los

dejó sin su visión. Sin embargo, existe un porcentaje de personas que sufrieron un terrible accidente que les cambió la vida para siempre. Todas situaciones diferentes pero con un mismo dolor ¿Te imaginas? No ver más a las personas que amas, no ver los colores, no ver el mundo, simplemente una inmensa oscuridad. Algunas aceptan lo que les tocó, sin embargo otras sufren terribles trastornos psicológicos. Yo sé porque estás aquí, tú no eres uno de ellos pero entiendes como se siente una persona sin vista. Solo quiero decirte que puedes ayudarla, existen muchas maneras de hacerlo y yo te las haré conocer. ”

Había pasado el resto del día pegado a aquel libro. Una vez que finalicé de leer di vuelta la página y continué...

“Existen personas que se rehúsan a realizarse algún tratamiento porque creen que ya no hay salida para el destino que les tocó, sin embargo, tú puedes ayudarlos. Existen diversas operaciones quirúrgicas que pueden devolverle la visión a una persona, y aunque muchas corren ciertos riesgos, la mayoría resulta ser todo un éxito para el mundo de la medicina”

Cerré el libro y lo arrojé sobre la mesa ratonera. Sin dudarlo tomé mi abrigo y corrí hacia la casa de Mila.

Capítulo 17

—Ya lo sabíamos—dijeron Thomas y Katie en unísono.

— ¿Ya sabían que la ceguera de Mila tenía cura? —Pregunté incrédulo—
¿Y no hicieron nada?

Katie y Thomas intercambiaron miradas y suspiraron al mismo tiempo.

—Créeme que nuestro mayor sueño es que Mila vuelva a ver pero no podemos costear la operación—dijo Katie sujetando la mano de Thomas—. Hemos buscado ayuda financiera de todos lados pero nunca pudimos siquiera llegar a la mitad de lo que nos piden.

Mordí mi labio inferior y quedé pensativo unos segundos.

— ¿Y Mila lo sabe? —pregunté.

—Ella tuvo que aceptarlo.

Rasqué mi nuca en signo de frustración. Sentía impotencia al no poder hacer nada. Le había prometido a Mila hacerla feliz y mis ilusiones se destrozaron en tan solo segundos ¿Y eso era todo? ¿Ella tendría que estar ciega durante toda su vida?

Me quedé callado unos segundos. Me encontraba buscando soluciones en todos los rincones de mi mente. No perdía las esperanzas, por más difícil que sea lo haría, Mila debía ser feliz y yo me encargaría de eso.

—Sé que podemos hacerlo—dije convencido de mis palabras. Katie y Thomas se miraron entre ellos un poco confundidos—. Mis padres dejaron una gran herencia con la que debo pagar mis estudios.

Thomas parpadeó varias veces mostrándose sorprendido.

— ¿Darías tu dinero para ayudar a Mila? —Preguntó— ¿Y la Universidad? Suspiré.

—No se imaginan lo que soy capaz de sacrificar por ver a Mila feliz.

Y no mentía. La Universidad no se comparaba con la sonrisa de aquella chica. Había encontrado lo único que me hacía feliz en esta vida y lo menos que podía hacer es que ella también sea feliz. Mi vida ya había sido demasiado mala para alejarme de Mila por la Universidad y prefería usar el dinero para que sus ojos vuelvan a tener la magia de antes. Y no me refería a la magia de su brillo, sino a la capacidad de ver al mundo, que era la magia más bella que podía tener cualquier ser humano.

Sabía que la Universidad era lo único que me ayudaría a salir adelante, pero en aquél momento el futuro no estaba en mi lista. No me iba a alejar de lo único que me hacía bien en esta vida.

Katie que se encontraba con sus ojos cristalizados, me abrazó y rompió en llanto. Luego me tomó de los brazos y me miró fijamente.

—Definitivamente descubriste tu misión en la vida—dijo con una sonrisa. Yo enarqué una ceja mostrándome confundido.

Thomas se acercó y colocó su mano en el hombro de la mujer.

—Katie...—dijo interrumpiendo.

—¿Mi misión?—pregunté aun sin entender.

—Se dice que todos tenemos una misión u objetivo en la vida. Una razón por la cual nacemos y estamos destinados a hacer hasta lo imposible para descubrir cuál es la misión que nos ha tocado—explicó—. Ahora tienes el “Porqué” de muchas preguntas que te has hecho durante tu vida.

Me tomó tiempo entender lo que Katie había dicho. Había pasado noches enteras pensando en cada una de sus palabras. Pensando en las preguntas que supuestamente se aclararon, hasta que una tarde a tan solo horas de que el año nuevo llegara comprendí a lo que se refería. Durante estos cuatro años, tras la muerte de toda mi familia me cuestioné “¿por qué ellos y no yo?”

Porque ellos se habían ido de este mundo dejándome solo, ellos ya no sufrían ¿Qué hacía yo aquí? Y lo más importante, ¿Por qué si tanto dolor sentía no me suicidé cuando tuve la oportunidad? Katie abrió mis ojos por completo. Me hizo entender que si yo no morí en aquél accidente fue porque debía cumplir con mi misión en la vida. Aquella misión por la cual nací y sigo aquí.

Mila y sus padres se habían ido a un pequeño pueblo con menos de quinientos habitantes al sur de los Estados Unidos a pasar año nuevo con su abuela. Aquella noche yo la pasé como cualquier otra; sentado en el sillón del living y leyendo lo que quedaba de “¿Qué sabes sobre los No-Videntes?”. O por lo menos hasta que el reloj dio las doce en punto fue así.

El teléfono sonó arruinando todo el silencio que había en la casa. Atendí lo más rápido que pude con la emoción de que sea la persona con la que deseaba hablar.

—¡Mila!—grité con entusiasmo.

—No, Lucy—dijo la persona que estaba del otro lado de la línea. Y aunque no era quien esperaba, la emoción no desapareció— ¿Te acuerdas de mí?

—Claro, ¿Cómo has estado?—pregunté mostrándome emocionado.

—Súper ¿Y tú?

—Igual.

—Oye, ¿Qué te parece si vienes a una fiesta aquí en mi casa y conversamos mejor?

Hice una mueca que por suerte ella no pudo ver. Siempre había sentido rechazo a las fiestas. Ya los odiaba desde hace mucho y las odié más cuando ocurrió el incidente de Mila en una de ellas.

— ¿Una fiesta de año nuevo? No lo sé, sabes que no son lo mío.

Y no mentía. Una fiesta siempre era un evento de consumo y relaciones. No me gustaba tomar y por eso no disfrutaba de las bebidas, no me gustaba bailar y por eso no disfrutaba de la música, y para destacar, no me gustaba entablar conversaciones por eso no disfrutaba de las personas.

—Vamos, será una fiesta tranquila. Quiero verte.

Suspiré.

—Está bien, iré—contesté con las mismas ganas que da levantarse temprano un lunes.

—Excelente—respondió Lucy y cortó la llamada sin siquiera despedirse.

Solté el teléfono y me volví a arrojar al sillón. Miré fijamente al techo quedando pensativo y suspiré. Las ganas de estar con Mila me consumían. En tan solo días comencé a sentirme en soledad nuevamente. Sentía en mi interior un vacío inmenso que no había tenido desde hace mucho tiempo. Antes del pensaba que la soledad no era mala, que ella no te juzgaba, no te hería, no te abandonaba; al contrario, eras tú quien la dejabas a ella. Pero ahora todo es diferente, la soledad no era tan buena como creía. Aparece cuando más necesitas estar con alguien y no se puede alejarla tan fácilmente. Estar solo jamás resuelve nada, siempre se necesita de alguien que te fortalezca, quien te ayude a levantarte cuando ya no puedes más. Comencé a entenderlo a medida que conocía a Mila, ella cambió todo en mí. En un momento dejé de querer estar solo en mi realidad y preferí compartirla con la chica. Con ella a mi lado tenía el mundo a mis pies.

Intentando dejar de pensar en Mila un momento, me levanté y busqué mi abrigo para ir a casa de Lucy. No me esforcé demasiado y tomé el primero que encontré; una chaqueta negra que hacía años no usaba y por alguna razón aún conservaba. Al salir de mi casa el aire frío y seco del invierno golpeó mi rostro haciéndome estremecer. El vecindario vestido de blanco se veía espectacular. La casa de Lucy no estaba tan alejada de la mía, quedaba a tan solo tres cuadras y por esa razón no comprendía cómo podían hacer meses desde la última vez que la vi. No sabía si yo pasaba mucho tiempo junto a

Mila o Lucy se había encerrado.

La música electrónica comenzó a escucharse cada vez más fuerte a medida que me acercaba a la casa. Al llegar, las luces de colores que se veían a través del cristal de las ventanas me cegaron por completo. Se veían muchas personas en su interior y por un segundo cuestioné si era buena idea quedarme allí. Opté por la opción de irme de allí pero cuando estuve a punto de hacerlo escuché una voz llamándome detrás de mí. Me di vuelta y me encontré a Lucy mirándome fijamente con una botella de vodka en su mano. Se tambaleó un poco hacia delante y para que no se cayera la sujeté rápidamente de los brazos. Fijé mi vista en sus ojos, éstos se encontraban perdidos gracias a la cantidad de alcohol que había en su cuerpo.

— ¿No me dijiste que era una fiesta tranquila? —pregunté pero ella no me respondió, simplemente se lanzó sobre mí—. Vamos, tienes que ir a tu habitación y descansar, no puedes estar así.

—Vamos, no seas aguafiestas—respondió con la voz entrecortada.

—No soy aguafiestas, solo no quiero que te lastimes o termines violada— dije arrastrándola hacia el interior de la casa.

—No me lastimaré, deja de preocuparte y vamos, yo te enseñaré a tener una vida de verdad—dijo con una sonrisa traviesa en su rostro.

Capítulo 18

Dentro, el frío no se sentía. El amontonamiento excesivo en esa casa provocaba un increíble aumento en mi temperatura corporal. A pesar de que el lugar era bastante grande casi no se podía caminar dentro de él. Parecía haber más de cien adolescentes alcoholizados. La música retumbaba en cada rincón del lugar haciendo que mis ganas de querer arrancarme los oídos aumenten. No solo era eso, las brillantes luces de colores que se movían al compás de la música me estaban dejando completamente ciego. Y no termino ahí, el olor a alcohol mezclado con el de cigarrillo afectaba mucho a mi olfato. Sin dudas la fiesta de Lucy estaba alterando todos mis sentidos. Todas las fiestas provocaban eso en realidad. La chica me llevaba arrastras por toda la casa mientras empujaba a los que se cruzaban por delante. Grité un par de veces para que se detuviera pero ella no me escuchó y siguió caminando. A duras penas subió las escaleras para llegar a su habitación. Una vez adentro ella, Lucy cerró la puerta y me empujó hacia la cama. Me lanzó una mirada traviesa y fue lo único que necesité para saber que esto no terminaría nada bien. Ella intentó subirse encima de mí pero la detuve.

— ¿Qué haces? Estás ebria—dije corriéndola hacia un costado de la cama.

Ella rió y se volvió a acercar a mí. Sus labios comenzaron pasearse por mis mejillas hasta llegar a mi cuello. Sentí mi piel erizarse en ese momento, pero a pesar del deseo que sentía por ser un adolescente de dieciocho años, me levanté de repente. Nadie era como Mila, ella valía más que el deseo de tener sexo.

Lucy rió sarcástica.

—No me digas que sigues enamorado de la chica ciega.

Mi rostro se tornó completamente serio.

—Su nombre es Mila—dije mostrándome frío con ella.

Intenté llegar hasta la puerta pero Lucy sujetó mi brazo y me acercó a ella.

—Pobre niña, que desperdicio su vida—su rostro mostraba una sonrisa malévola que provocaba temor— ¿Y tú? ¿Desperdiciarás tu vida con ella?

—Aléjate—murmuré entre dientes.

—Vamos Nash, escuché que ella no está en la ciudad y tienes que aprovechar—ella comenzó a bajar su mano hacia mi pantalón—. Eres un

adolescente, sé que tienes deseos como cualquier otro y con ella no podrás cumplirlos.

Y aquello fue suficiente para tomar la decisión de salir del lugar.

—Que ella sea ciega o que no esté aquí no significa que voy a estar con cualquier otra persona, porque yo la amo y no la voy a lastimar—dije con bronca—. Se llama respeto, apréndelo porque parece que no lo conoces.

Esas fueron mis últimas palabras aquella noche. Salí como diablo que corre a un alma de la casa y no volví a hablar con Lucy.

Al día siguiente intentó llamar un par de veces pero rechacé sus llamadas y continué con mi vida como si nada hubiese pasado. A pesar de que el alcohol aportó bastante, desconocí completamente a Lucy. Ella tal vez nunca significó lo que es Mila para mí pero sí era mi amiga y era imposible no sentirme decepcionado.

Sin dudas, nada era bueno cuando Mila no estaba junto a mí. Se había ido tan solo una semana y ya la extrañaba como si hubiesen pasado meses o años sin verla. Por suerte la semana entrante tendría a Mila más cerca de mí. Katie y Thomas debían viajar a Nueva York para llevarle los estudios realizados al médico que operará a Mila y ella se quedaría en mi casa mientras estén ausentes. Recordé como mi corazón dio un brinco cuando Katie me comentó la idea, no desaprovecharía esa semana.

El invierno estaba en su etapa final y ya quedaban pocos rastros de nieve. Este año la nieve duró mucho menos que el anterior y el frío ya no se sentía tanto.

Los días que restaron fueron normales, mejor dicho, normalmente aburridos. Nada interesante ocurrió. Ni siquiera volví a desmayarme, todo parecía estar bajo control. Sin embargo, aún tenía a las palabras de Emily rondando en mi cabeza como aquellos singles publicitarios que transmiten por la TV.

Sentía en mi interior que ya no volvería a desmayarme y toda mi vida continuaría bien. Pero me equivocaba, la normalidad se acabó el día que Mila volvió de su viaje.

Cuando Katie me llamó para anunciarme bien la hora de llegada, la emoción comenzó a correr por todo mi cuerpo. Aquél día comencé a alistarme una hora antes para estar bien para cuando Mila llegara. Tenía pensado recibirla en la puerta de su casa con un gran ramo de rosas blancas pero antes de que pudiera salir de mi casa, el timbre sonó. A penas abrí la puerta los ojos grises de Mila se encontraron con los míos. Sin pensarlo siquiera un segundo la abracé, demostrándole con aquella acción todo lo que la extrañaba.

—No te vuelvas a ir jamás, por favor—murmuré a su oído.

—Solo ha sido una semana, Nash—dijo Mila divertida.

Me alejé de ella y la miré.

—Y ha sido la peor semana de todas.

Suspiré y junto a la chica me adentré a la casa. Estuvimos todo el día hablando de sus vacaciones y comiendo las galletas con chips de chocolate que la abuela de Mila me envió. Katie y Thomas me habían comentado que era toda una chef nata pero aquellas galletas ya eran sin dudas de otro mundo.

—A penas llegué al lugar todos me recibieron muy bien, hasta incluso me prepararon una sorpresa—comentó la chica—. Usaron un gran terreno desocupado para plantar rosas, miles y miles de rosas de todos los colores solo para mí. Lo hicieron solo para que sienta su esfuerzo, ellos sabían que no podía verlas. Me disculpé por no poder apreciar mejor su trabajo y prometí que volvería luego de la operación con la persona que me devolvió mis ojos, solo para admirar la belleza de ese lugar—ella sonrió.

Yo la miré sorprendido ante sus palabras.

—¿Ya lo sabes?

—Mis padres no son muy buenos guardando secretos.

—¿Y no estás enojada? —pregunté curioso.

—No te voy a mentir, en un principio quería volver a Somerville solo para golpearte pero luego me tranquilicé y analicé mejor las cosas—suspiró—. Jamás podré devolverte todo lo que estás haciendo por mí, por más que busque la manera, lo que haces solo por verme feliz es de otro mundo.

Sonreí.

—Tú me haces feliz y con eso es más que suficiente.

Miré fijamente a Mila, sus ojos grises brillaban más que una constelación ¿De qué hablo? Sus ojos era el mismísimo universo.

Estábamos tan cerca del sueño que sentí que nada podía detenernos. Finalmente me sentí completo otra vez, todas las pequeñas heridas parecieron cerrarse. Hablamos tanto aquél día que debíamos tomar agua para evitar que nuestras gargantas se sequen. Mila me siguió comentando sobre su abuela y los amigos que tenía allá. De mi parte yo decidí no comentarle lo de la fiesta. Ya era una de las tantas cosas que decidí ocultarle y me sentía mal por hacerlo, pero pensé que en este momento lo malo no tenía lugar ni importancia.

Acompañé a la chica a su casa y me despedí de ella con un beso una vez que llegamos a su pórtico. Tras eso, solo caminé de vuelta a mi hogar. Una vez allí, me dirigí a mi habitación y me recosté en mi cama. Miré al techo

quedando pensativo un momento pero a diferencia de los últimos días, esta vez con una sonrisa. No podía creer cuanto había cambiado desde que Mila llegó a mi vida. Sin dudas había tenido una caída muy dura pero ella supo cómo levantarme. Cambió mi manera de ver el mundo y mi manera de entender a la vida. Siempre hay motivos para ser feliz, solo hay que agudizar la vista y aprender a apreciar las pequeñas cosas que aparecen en nuestro camino, que por más pequeñas que sean pueden provocar una felicidad inmensa.

Miré el pequeño portarretrato que estaba en la mesita de luz y sonreí.

—Sé que ustedes también son responsables de la felicidad que siento en este momento, simplemente gracias—dije y una pequeña lágrima de alegría mojó mi mejilla.

Capítulo 19

Finalmente la vida parecía haberse puesto de nuestro lado. El primer día que Mila se quedó en mi casa fue excelente. Llegó a la mañana temprano con un bolso en sus manos. Katie y Thomas se despidieron de nosotros y partieron en su auto rumbo a Nueva York. En un principio preparé Hot Cakes y dos cafés para desayunar. Pasamos la mañana simplemente hablando y aun así era imposible aburrirme. Podría estar jugando ajedrez y ni con eso me aburriría. Aquél día se nos ocurrió una idea fantástica para pasar la tarde. Mila y yo decidimos cambiar mi jardín. El viejo sauce ya no le daba el estilo de antes al lugar. Compramos semillas de rosas de todos los colores que había y comenzamos a plantarlas. Yo me encargué de hacer hoyos en la tierra mientras que Mila ponía las semillas y las regaba. El trabajo había sido agotador así que en cuanto terminamos nos dirigimos al living y nos acostamos en el sillón sintiéndonos exhaustos.

—Recuérdame jamás ser jardinero en mi vida—suspiré cansado y quité las gotas de sudor de mi frente.

—Con el trabajo de hoy ya podríamos ser jardineros de la reina Isabel, pondría tantas rosas que su aroma quedaría impregnado en cada rincón del castillo real—comentó Mila.

Solté una pequeña risa.

—Siempre admiré tu extraña obsesión por las rosas.

—Ahora tienes una parte de mí en tu casa—dijo con una voz tranquila—, tu propio jardín de rosas.

—Es nuestro jardín de rosas y serán tan hermosas como tú cuando florezcan.

Sus mejillas enrojecieron por completo y una media sonrisa se formó en su rostro. Sin dudas su sonrisa era más asombrosa que una lluvia de estrellas. Ya no se trataba de algo normal, su sonrisa tenía el poder de llevarme a otra realidad. Una realidad diferente donde la vida es menos dura y más feliz.

—¿Crees que florecerán pronto? —preguntó la chica.

—Creo que lo más bello toma su tiempo—respondí.

La chica se recostó a lo largo del sofá y cerró sus ojos quedándose sumida en un gran sueño. Tomé la cobija que estaba en el sillón donde yo estaba

sentado y la usé para cubrir a Mila. Se veía demasiado cansada y por esa razón decidí dejar que duerma tranquila. Antes de salir de la habitación la miré por última vez y suspiré. Sentí que el miedo me invadía. Pero no era solo eso, sino también una extraña mezcla de sentimientos de terror y felicidad a la vez. Estábamos tan cerca de cumplir el sueño que hasta me daba miedo que algo lo arruinara. Todo lo bueno termina y que en aquél momento me sintiera tan feliz solo podía significar que la vida me golpearía tan fuerte hasta no poder levantarme.

Y no me equivocaba. La vida volvió a ponerse en mi contra nuevamente.

El último día que Mila se quedó en mi casa ocurrió lo que jamás me imaginé que pasara. La chica se encontraba tirada en la alfombra de terciopelo con sus auriculares escuchando canciones de Coldplay mientras yo leía el último capítulo de “¿Qué sabes sobre los No-Videntes?”. Sentí una presión en mi pecho, tan fuerte que me hizo chillar del dolor. El libro cayó de mis manos al suelo. Mila sintió el ruido y se levantó de un salto.

— ¿Estás bien? —preguntó una vez que se sacó sus auriculares.

Yo no respondí, por alguna razón no me salían las palabras de la boca. El dolor que sentía era muy intenso. Intenté levantarme con las pocas fuerzas que tenía y al no poder, Mila se acercó a ayudarme. En ese momento sentí como si alguien me hubiese golpeado con algo detrás de mi nuca y mis piernas se empezaron a debilitar. Mila no logró aguantar mi peso y ambos caímos al suelo. La caída provocó que Mila se golpeé y se desorientara por un momento. Ella rastreó con sus manos el lugar y logró encontrar un objeto firme para poder levantarse. Yo por otro lado estaba totalmente paralizado, mirando a la chica desde el suelo.

—Nash, habla, no puedo encontrarte—me dijo con preocupación.

Ni las mejores palabras escritas por el mejor escritor podrían describir mi sentimiento en aquel momento. Era una especie de mezcla entre enojo, impotencia y tristeza que me inundaban el alma. Había luchado tanto para que las cosas funcionen bien y que todo esté en orden que me sentí la persona más horrible por arruinarlo. Yo mismo estropeé lo que había logrado. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Mila sintió mis sollozos y se acercó a mí.

—Aléjate—murmuré.

— ¿Estás demente? —me contestó.

Ella intentó levantarme pero no pudo, solo logró que me sentara. Sus delgados brazos no eran lo suficientemente fuertes. Nuevamente otra puntada en mi nuca me hizo chillar. Fue en aquél preciso momento cuando todo lo

bueno había terminado. Cuando la relación mía y de Mila cambió por completo y por un tiempo no volvimos a ser los mismos. Jamás comprendí que me ocurrió, solo sabía que mi brazo se impulsó involuntariamente hacia la mejilla de la chica y todo quedó en silencio. Solo se podían escuchar nuestras respiraciones. Mila quedó petrificada por un segundo y luego lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Junté las pocas fuerzas que me quedaban e intenté acercarme a ella.

—Lo lamento, no quise...—le dije con mis ojos cristalizados.

Ella se alejó en silencio y comenzó a caminar lentamente hacia la puerta. Sentí que la rabia inundaba mis ojos, había golpeado a la persona que más amaba en el mundo y la única que me hacía feliz ¿A caso me estaba transformando un monstruo? O tal vez la vida siempre quiso que mi destino fuese estar solo. Escuché la puerta cerrarse y en la casa volvió a reinar el silencio. Luego de eso solo me tiré hacia atrás y quedé recostado en el suelo.

Había perdido la noción del tiempo perdido en mis pensamientos. Cuando reaccioné ya era de noche. Escuché el motor de un auto estacionar cerca de mi casa y me asomé por la ventana para ver de quien se trataba. Eran Katie y Thomas que habían llegado de Nueva York y parecía que traían buenas noticias. Sus rostros los delataban.

Aún me encontraba cansado, sentía mis piernas y brazos debilitados. Parecía que cargaba sobre mí al mundo entero. Tal vez porque también así me sentía; el mundo me estaba pisoteando como si no significara nada. Subí las escaleras lentamente con miedo a caerme y una vez que llegué a mi habitación me lancé en mi cama. No recuerdo en que momento me dormí pero si en el que desperté. El timbre se escuchó en toda la casa pero decidí ignorarlo y seguir durmiendo. Sin embargo, se me hizo imposible. El timbre volvió a sonar unas tres veces más y debí levantarme obligado. Abrí la puerta y la luz del sol me cegó por completo.

—Era hora de que despiertes, Nash—se escuchó la voz de una mujer—. Vamos, te traigo el desayuno.

Yo todavía seguía cegado por la luz pero aun así podía reconocer fácilmente aquella voz. La mujer se acercó y me abrazó. Nos adentramos a la cocina y comenzamos a desayunar.

—Gracias por el desayuno Katie—dije una vez que tragué mi comida—. Los waffles están geniales.

Katie sonrió.

—Mientras desayunamos podemos hablar sobre Mila—comentó. Yo dejé

mis cubiertos sobre la mesa y la miré atento— ¿Puedes contarme que pasó? Ella ya no quiere operarse y tiene una fecha programada para dentro de unas tres semanas.

Suspiré.

—Ni yo sé que es lo que ocurrió, jamás se me pasaría por la cabeza golpear a la persona que más amo, solo... no pude controlarlo—le contesté—. Y por eso necesito que ella no se acerque a mí, no sé qué es lo que tengo pero si sé que todo esto la lastimará.

Los ojos de Katie se inundaron de tristeza.

—Ella te necesita.

—No Katie, ella necesita a alguien que no la lastime. Ella será feliz, solo díganle que el dinero de la operación lo costeará otra persona y todo se resolverá.

La mujer no respondió. Su rostro emanaba una tristeza que podía verse a kilómetros. Se levantó de la silla y salió por la puerta sin decir palabra. Si Katie se sentía triste, no se imaginan lo que yo sentía. La había perdido, había perdido a lo único que me hacía feliz en esta vida.

Capítulo 20

Era increíble como en un segundo parecía que podía tocar el cielo con mis manos y al otro parecía estar enterrado en el subsuelo. Habían pasado días que no estaba con Mila. Días que no escuchaba su voz y su risa. Me había acostumbrado a ver esos ojos grises y apreciar aquél brillo que éstos poseían. Nuevamente me sentía vacío y las ganas de ir a buscarla eran impresionantes. Pero ya había tomado mi decisión y por más dolor que sentía no la cambiaría. Ella lograría ser feliz sin mí, de eso no tenía dudas. Parecía que estar conmigo se volvía cada vez más peligroso como un amorío con Freddy Krueger. Simplemente no sueñes más o te terminará matando. Eso parecía yo.

Todo había vuelto a ser como en un principio. Estaba solo, vacío y sobre todo, perdido. No tenía rumbo alguno, no sabía qué hacer. Ya no tenía a Mila, ni podía ir a la Universidad. Ya no tenía nada. Pasaba leyendo libros de misterio casi todo el día, comía muy poco y soportaba las dolorosas puntadas en mi cabeza que cada vez se hacían más frecuentes. También pasaba el día regando las rosas del jardín, que era lo único que me quedaba de Mila. Ella siempre estaba en el patio de su casa, sentada en su hamaca pero sin moverse. Yo la observaba detrás de la cerca un rato y cuando las lágrimas amenazaban con salir me volvía hacia dentro.

Aquél día, una semana antes de la operación de Mila, salí de mi casa con la sola finalidad de despejarme. Todo se me hacía extraño, había pasado días encerrado sin ver la luz del día y era como volver a conocer el mundo. Crucé por enfrente a la casa de Mila, eché un vistazo a la ventana del piso de arriba que daba directamente a su habitación pero no logré percibir nada. Las cortinas me impedían ver todo tipo de movimiento en su hogar. Suspiré y seguí mi camino como lo había hecho esos últimos días; solo. En aquél momento solo esperaba escuchar su voz llamándome como ocurre en las películas románticas. Giré hacia atrás una última vez y observé la acera vacía. Quería escuchar su voz diciendo “Ven, volvamos a ser los de antes”, quería verla sonriendo justo ahí. Continué caminando sintiendo una de las últimas brisas frías del invierno rozando mi piel hasta llegar a un Café que se encontraba frente a la plaza en la que Mila y yo concurríamos a diario. Me adentré sin problemas, el lugar no era nuevo para mí. Miré hacia una de las mesas que

estaban en el fondo del Café, aquél pequeño espacio donde nadie te mira, donde solo existen tú y tu acompañante.

Me senté y esperé a que me atendieran. Un joven se acercó a mí con una bandeja y sobre ella una taza de Cappuccino.

—No es mío, todavía no ordené—comenté.

El joven sonrió.

—Se lo enviaron—dijo amablemente y dejó la taza sobre la mesa—. Que lo disfrute.

Y se marchó sin decir más. Quise detenerlo para preguntarle quien había sido pero rápidamente desapareció. Miré la taza detenidamente, ésta tenía un pequeño papel amarrado de la manija con un hilo rojo.

—“Perdón” —murmuré lo que el papel decía.

En ese momento sentí a alguien que se había sentado frente a mí. Levanté mi cabeza y al ver aquella persona mi rostro cambió completamente.

—Está ocupado—mentí con un tono frío.

La chica hizo una sonrisa torcida.

—No veo a nadie más aquí.

Giré mis ojos y enseguida enfoqué mi vista hacia un costado.

—¿Qué quieres? —dije sin siquiera mirarla.

—Quiero disculparme—suspiré—. Yo no soy así y lo sabes, estaba ebria.

—Sabías que no me gustaba ir a fiestas, me mentiste y tuve una de las peores noches de todas.

Ella agachó su cabeza mostrándose apenada

—Nash, ¿ves el hilo rojo que está en tu taza? —preguntó. Yo asentí con mi cabeza, sin entender a donde quería llegar con eso—. Existe la leyenda de que un hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse y estar juntos. Yo pensé que tú eras mi hilo rojo. Donde iba te encontraba, pero jamás me veías. Tal vez ese fue el pequeño detalle que olvidé.

—¿Y eso que tiene que ver con haberme engañado? —pregunté confundido.

—Quería estar contigo y confesarte todo, pero no te preocupes, no te lastimaré más—enarqué una ceja confundido—. Luego de esa noche comprendí que tú no eres el final de mi hilo rojo. Tú ya tienes al tuyo y es Mila—dijo con la voz desgarrada, pero firme.

—Creo que mi hilo ya se cortó, estoy solo.

Ella rió.

—No tonto, el hilo puede contraerse, estirarse o hasta incluso enredarse pero jamás se cortará—explicó— ¿Qué ocurrió con ella?

—Cometí un error, no fue voluntario, simplemente ocurrió y para no lastimarla decidí alejarme.

Sentí mis ojos llenarse lágrimas pero me contuve. Podía ver mi mundo caer en pedazos y yo no estaba haciendo nada. Quería gritar, quería llorar, quería hacer tantas cosas y solo estaba sentado en un Café casi vacío esperando a que las cosas cambien. Tan solo miraba el tiempo pasar frente a mis ojos y a la persona que más amaba, alejarse más y más.

—Elimina aquél miedo que te dice que algo malo ocurrirá y no te alejes de lo que amas, tienes que juntar fuerzas para impedir que aquello malo pase— ella tomó mi mano dándome contención—. No estás bien, tan solo mírate; tus ojeras, tu aspecto, tu cuerpo, parece que hace meses no comes y todo por miedo.

—No es tan sencillo, Lucy—dije en un hilo de voz.

—Nada en este mundo lo es y creo que tú lo sabes más que nadie. Te levantaste tras la muerte de tus padres, de tu hermana y de tu tía. Eres una de las personas más fuertes que conozco, no dejes que esto te detenga.

Suspiré. Tal vez Lucy tenía razón, tal vez era hora de dejar de esperar que la vida cambie y cambiarla por mí mismo. Debía sacar aquél miedo que me inundaba por dentro y pelear por lo que amaba. Mila lo valía, ella valía todo el esfuerzo del mundo. Sin embargo, por una parte todavía sentía que yo no podía hacerla feliz. Había algo que me impedía que fuese a buscarla.

Lucy y yo seguimos hablando unos minutos más hasta que ella debió irse y yo quedé solo nuevamente. Pudimos arreglar el problema con ella pero el vacío en mi pecho todavía no desaparecía. Unos minutos después yo también me retiré del Café. Comencé a caminar lentamente por las calles de la ciudad. A pesar de que eran a penas las cinco de la tarde, el lugar estaba demasiado vacío. Me detuve frente a una gran puerta de un lugar al cual ya conocía demasiado; el cementerio. Tal vez lo que necesitaba era hablar con mi familia, sentirlos cerca nuevamente. Me adentré y comencé a caminar hacia sus lápidas. Había recorrido tantas veces aquél lugar que ya se me hacía imposible olvidarlo. Al llegar simplemente me senté en silencio enfrente de ellos y miré detenidamente las lápidas. A penas ellos murieron siempre me sentaba aquí y les hablaba como si me pudieran escuchar. Era ese momento en el que toda mi tristeza se iba, allí los sentía más cerca que nunca.

—No sé qué es lo que está pasando, Mamá—murmuré—. Sé que si estuvieras aquí me dirías que hacer, yo no puedo encontrar una solución. Te necesito, te necesito a ti, a papá y a Emily.

Las lágrimas comenzaron a escaparse de mis ojos. Abracé a mis rodillas y comencé a sollozar, liberando con cada lágrima todo el dolor que sentía por dentro. Me quedé en silencio perdido en recuerdos por unos minutos. Recordé vacaciones, momentos, visitas al zoológico, recordé cuando era feliz y nada era complicado.

Cuando el sol estaba a punto de morir me levanté y me despedí de ellos. Comencé a caminar hacia la salida cuando algo llamó mi atención. Una pequeña caja plateada sobre una lápida. La lápida de Amelie Lowatter. Y tal vez no era lo adecuado porque la caja era especialmente para Amelie, pero la curiosidad me ganó. Abrí la caja plateada y dentro de ella, había un pequeño papel que decía...

“¿Te acuerdas que una vez dijimos que al encontrar nuestra misión en la vida nos las contaríamos? Aquí va la mía; salvar a Nash”

Capítulo 21

—Respira, tan solo respira. No dejes de hacerlo—me dije en mi mente.

Otra mañana más tirado en el suelo pidiéndole a mi cuerpo que no se rinda, como si se tratara de una carrera importante, tal vez una carrera por vivir. Antes llegaba a asustarme pero después de haberse repetido un millón de veces, ya era como algo habitual. Siempre era igual, empezaba con los mareos, luego las náuseas, la debilidad en mi cuerpo y por último las puntadas en mi cabeza. Lo único que cambiaba era la gravedad del asunto. Sin embargo, tenía otras cosas en mi cabeza que me preocupaban más. Mila era una de ellas.

Una vez que recobré fuerzas, me levanté y rápidamente me dirigí al baño a lavarme la cara. En aquél momento no solo necesitaba fuerzas en mi cuerpo, sino también que necesitaba fuerzas para ir a recuperar a Mila. Cada vez que pensaba en buscarla había algo dentro de mí que decía “Detente, la lastimarás” y nuevamente volvía a rehusarme. Estábamos tan cerca uno del otro pero a la vez me sentía tan lejos. Cada vez más y más lejos. Faltaba tan solo un día para que Mila vuelva a ser la de antes y yo no estaría allí para ella.

El timbre de la casa sonó mientras me vestía pero lo ignoré y seguí con mis cosas. Nuevamente se escuchó el sonido al cual volví a ignorar. Sin embargo, la persona detrás de la puerta parecía insistente y volvió a tocar por tercera vez. Bajé las escaleras desgano y abrí la puerta. Me sorprendí al ver a la persona que estaba detrás de ella.

—¿Katie? —pregunté.

La mujer parecía que no estaba nada bien. Los ojos son los mejores delatando a las personas y los suyos estaban inundados en tristeza. Se veía cansada, sus párpados caídos lo decían todo.

—Sé que ya has hecho mucho por nosotros pero solo te pido que hables con ella. No está para nada bien y sé que tú tampoco.

Suspiré pesadamente e intenté no estallar en llanto.

—Es complicado...—dije con la voz desgarrada pero mostrándome firme.

—Todo en la vida lo es, pero estoy segura que tú y Mila podrán contra el mundo. Habla con ella o podría ser demasiado tarde.

Y sin decir más, Katie se retiró.

No era la primera vez que lo escuchaba, todos me lo estaban diciendo. Lo que pasaba es que el único que no creía en mí era yo mismo. Podía considerarme como mi enemigo, aquél que provocaba que mis ojos se inundaran de miedo cada vez que intentaba acercarme.

Recordé el pequeño cuento de Emily sobre la “Sra. Vida” y la “Sra. Muerte”, y estaba en lo correcto. Otro día podría ser demasiado tarde. Aquél día arranqué de mí todos los miedos que sentía y corrí hacia el jardín. Me asomé por detrás de la cerca y la vi. Sin moverse, sentada en su vieja hamaca. Salté la cerca sin dificultad y me acerqué a ella sin pensarlo más. Había pasado tanto tiempo pensando en lo infeliz que me sentía que no me daba cuenta que tuve la clave de mi felicidad siempre a mi alcance. Quería eliminar mi vacío, me quejaba del porqué la vida era tan jodida conmigo cuando era yo mismo que me estaba privando de la felicidad.

Ella no había notado mi presencia hasta que sintió mi fragancia y todo su cuerpo pareció tensarse. Me paré frente a Mila y la miré fijamente. Sentí mi estómago contraerse y mi corazón acelerarse al ver esos ojos grises nuevamente.

—Antes de que simplemente te pares y te vayas quiero que me escuches— dije anticipándome—. Pasé semanas inundado en tristeza solo porque pensé que sin mí serías feliz. Tenía miedo de volverte a lastimar y por eso decidí no buscarte más. Sin embargo, comprendí que la vida ya ha sido suficientemente mala para que hasta yo mismo me aleje de la felicidad. Yo no sé qué es lo que ocurrió, simplemente no fue mi intención golpearte pero prometo que por más miedo que sienta estaré contigo y evitaré que eso ocurra otra vez.

Un silencio profundo reinó en el lugar por unos segundos. Ella no emitía sonido y por esa razón me alerté. Sentí un miedo terrible a que me rechazara y se fuera de mi vida para siempre, pero no lo hizo. Luego de eso, sentí los brazos de Mila rodear mi cuello. La chica me había fundido en un abrazo. Un abrazo que demostraba cuanto nos habíamos extrañado y la falta que nos hacíamos. De un momento a otro, todo el espacio que había entre nosotros desapareció junto al vacío que sentía en mi interior.

—Gracias por volver—murmuró la chica en mi oído.

Una sonrisa se desprendió de mi boca. Nuevamente había sentido lo que en un momento perdí. Ella se alejó un poco y pude ver como una pequeña lágrima se escapaba de su ojo. La limpié con mi dedo y acaricié dulcemente sus mejillas. Otra vez sentía que estaba tocando el cielo.

— ¿No te sientes nerviosa? —pregunté.

—Antes me sentía, enfrentar al mundo sola es complicado pero todo cambia de la mano de alguien—ella entrelazó nuestras manos con fuerza y sonrió—. Ahora solo siento muchas ansias de ver cómo eres.

—Te decepcionarás—comenté.

—Lo bueno de haberte conocido en mi momento de ciega fue que no necesité de tu físico para enamorarme y no lo necesitaré cuando pueda ver.

El día caía y Mila y yo no queríamos alejarnos. Nos quedamos casi toda la noche despiertos, hablando en su habitación y comiendo comida chatarra hasta no poder más. Ella reía con cada chiste que yo le contaba y era sin dudas lo más increíble de ver. Su sonrisa; tan llena de magia.

— ¿Tú te sientes bien, Nash?

Aquella pregunta me sorprendió.

—Claro, estar contigo es lo mejor que me pudo pasar.

Ella se mordió su labio inferior mostrándose nerviosa.

—No hablo de eso, hablo de tu salud—comentó con seriedad—. Cuando te abracé sentí tus huesos, ¿Qué te está pasando?

Suspiré. Mila tenía razón, había cambiado tanto físicamente que al mirarme al espejo ya no me reconocía. Era como ver a otra persona. Mi piel era más blanca, muy cercana a la de un cadáver. Mis huesos se hacían cada vez más notables y no solo eso, también estaba perdiendo la fuerza que éstos poseían.

—Nada se detuvo, los dolores, mareos y vómitos siguieron. Pero eso no es lo que más me asombra—expliqué—. No te lo había dicho antes pero cuando todo empezó solía desmayarme y tener sueños.

Mila me miró preocupada.

— ¿Qué clase de sueños? —me preguntó extrañada.

—Siempre despertaba en un bosque al cual no conocía y encontraba a Emily. Ella me decía que no sabía que es lo que hacía yo allí porque aún no era mi tiempo. Pero jamás entendí que es lo que aquello significaba.

Los ojos de Mila se cristalizaron por completo y yo no entendía muy bien la razón. Me acerqué a ella y la abracé para que se tranquilizara.

—Mila, cálmate, estaré bien ¿Si? —Murmuré acariciando su espalda—. Y para que te sientas mejor, luego de tu operación iré a ver a un médico, lo prometo.

Ella logró tranquilizarse tras unos cuantos sollozos. Pude ver la preocupación en los ojos de Mila y eso me alteró un poco. Sin embargo, en lo único que podía pensar en aquel momento era en la vista de la chica. Faltaban

tan solo unas horas y Mila volvería a ser la de antes. Después de tanto esperar y esperar, el sueño estaba más cerca que nunca.

Capítulo 22

La mano de Mila se posó sobre la mía. Pude sentir su emoción a través de su tacto. Las ruedas del coche comenzaron a moverse y junto a ellas, nosotros. Teníamos un único destino; Nueva York. La chica de ojos grises colocó uno de sus auriculares en mi oído y le dio “Play” a su reproductor. Mientras la música de Coldplay sonaba yo miraba por la ventanilla la carretera desolada. Hacía mucho tiempo no salía de la ciudad. Precisamente hace 4 años. Me apoyé contra la puerta y fui cerrando mis ojos lentamente hasta quedarme dormido. Cuando desperté todo era diferente. La llovizna caía sobre el auto y se escuchaba como las gotas se estrellaban contra el vidrio. Pero aquello no era lo único distinto, el coche tampoco era el mismo, ni siquiera las personas que estaban dentro de él. Miré hacia mi lado y dormida sobre el asiento estaba una pequeña niña rubia. Sentí mi corazón latir intensamente. Una mujer que iba en el asiento de adelante, me miró dulcemente y sonrió. Era mi madre.

— ¿Está todo bien, cariño? —preguntó con su tono dulce, el que aún recordaba.

No respondí. Escuchar su voz provocó que mis ojos se cristalizaran y que mi estómago se contrajera. Enmudecí por completo, no sabía cómo hacer que las palabras salgan de mi boca. Tenía una infinitud de cosas por contarle e intensas ganas de abrazarla. Sus ojos me miraban como la última vez que la vi, con su luz y el amor que sentía por mí.

El hombre que iba conduciendo soltó una pequeña risa.

—Seguro está ansioso por empezar en su nuevo instituto, ¿Harás muchos amigos, campeón?

Aquél hombre era nada más ni nada menos que mi padre, con sus lentes y aquella camisa celeste que tanto le gustaba. Todo se sentía tan real, pero sabía perfectamente que no lo era, por milésima vez mi mente estaba jugando sucio conmigo. Luego de que un fuerte trueno se escuchara y un relámpago iluminara todo el cielo afirmé mi pensamiento.

Solamente era un recuerdo de la última noche que estuvieron con vida. Sabía perfectamente lo que seguía después, ocurrió el momento donde todo terminó.

—Papá ¡Detente! —grité como si pudiese evitar algo, ya era demasiado

tarde. El camión impactó contra nosotros y todo se volvió completamente negro. Lo último que se escuchó fueron los gritos de mis padres. Emily por su parte, solo dormía. Creo que ella jamás se enteró que murió en aquel accidente.

— ¡No se vayan, no me dejen! —grité y abrí mis ojos volviendo al mundo real.

Mila se sobresaltó.

—Nash, ¿Estás bien? —preguntó preocupada.

Miré la carretera, seguía desolada y el sol no dejaba de brillar.

—Solo tuve una pesadilla—dije con mi respiración agitada.

Ella acarició mi mano para que me tranquilizara y a los pocos minutos lo logró. Continué viendo el camino mientras escuchaba a Katie y Thomas hablar de política exterior y temas de la economía. A pesar de que era aburrido prefería eso antes de pensar en algo más. Mila por su parte, había sido más inteligente y colocó sus auriculares a todo volumen para no escucharlos.

Tardamos un par de horas hasta llegar a la famosa “capital del mundo” pero ya cerca del medio día estábamos almorzando en un bar de comida chatarra que había en la ciudad.

Jamás había estado en Nueva York y todo era nuevo para mí. Todo era diferente a Somerville, los edificios más grandes, las calles más largas y tal vez la gente un poco menos amistosa. El horario de la operación era a las cuatro de la tarde y teníamos un par de horas para recorrer la ciudad. Recorrimos el gran Central Park que tanto se ve en las películas y caminamos por las calles más lujosas. Sinceramente podía decir que existía belleza en el mundo que opacaba a todo lo malo.

Mila y yo nos acostamos relajados sobre el césped del Central Park bajo la sombra de un gran sauce mientras esperábamos a Katie y Thomas que habían ido a comprar comida.

—Pronto podrás ver esta belleza de lugar—comenté admirando cada rincón.

Ella me miró entristecida.

—Nash, tengo miedo ¿Qué pasa si algo sale mal en la operación?

Una pequeña risa salió de mi boca y la miré.

—Eso no pasará, estoy cien por ciento seguro—le contesté tomando su mano.

Ella hizo una sonrisa torcida pero no respondió. Era algo normal tener miedo, todo volvía a ser nuevo para Mila. Había pasado tanto tiempo que tal

vez ni se acordaba como eran las cosas y sus colores. Que algo malo pase era como matar sus ilusiones a volver a vivir y el miedo a que eso ocurra no se iba tan fácil. Sin embargo, yo lograba hacerla pensar en otras cosas y mantener siempre el positivismo a flor de piel.

—Jamás pensé que llegaría este día, me devolviste la vida, Nash Winner.

—Me devolviste la felicidad, Mila—respondí—. Me devolviste la felicidad—repetí en murmullo.

Thomas y Katie llegaron con dos bolsas de comida en sus manos y nos sonrieron.

—Niños, tienen que probar esto—dijo Thomas con un gran pretzel en sus manos.

Katie giró sus ojos de manera graciosa.

—Deja de comer un poco y guarda para después, cariño—le dijo a Thomas con una mirada de regaño.

Mila y yo reímos y agarramos un poco del pretzel. Continuamos lo que nos quedaba de tiempo recorriendo museos y atracciones turísticas. Nueva York era la ciudad de los descubrimientos. Siempre había algo nuevo por conocer. Sin embargo, con Thomas y Katie decidimos finalizar el recorrido tras la operación de Mila. La mejor parte la habíamos dejado exclusivamente para ella.

La hora había llegado. El hospital donde operarían a Mila era el *Mount Sinai*, uno de los más grandes que había visto en mi vida. Tenía muchos pisos y estaba lleno de grandes ventanas de cristal. Una vez dentro, mientras Thomas y Katie hablaban con la secretaria. Mila y yo nos sentamos en unos sillones de terciopelo a esperar. La chica jugaba con sus manos mostrándose nerviosa. Podía verlo en todo su cuerpo, podía hasta incluso sentirlo.

—Todo saldrá bien. Yo estaré aquí apoyándote y esperando a que salgas—dije y le di un pequeño beso en sus labios.

Eso la tranquilizó un poco. Thomas y Katie llegaron y se llevaron a Mila para comenzar a caminar por un largo pasillo. Antes de desaparecer, la chica se dio vuelta y me saludó con la mano. Una pequeña sonrisa se formó en su rostro. Yo me quedé allí intentando mantenerme positivo y no preocuparme. Sin embargo, los minutos pasaban y yo me ponía cada vez más nervioso y ansioso a la vez. Cuando sentía que mi estómago no daba más de la emoción por todas las cosquillas que sentía en mi interior, me levantaba y comenzaba a caminar. Recorría el gran lugar piso por piso y eso me distraía. El hospital tenía un gran jardín con mesas donde algunos enfermos y sus familiares

comían, y me senté allí un rato. Era un espacio verde muy agradable y el agua que caía de la fuente lo hacía relajante. Apoyé los brazos en la mesa y sobre ellos apoyé mi cabeza. Quedé pensativo unos segundos sobre lo que sería de Mila y yo a partir de ahora. Lo que seríamos, lo que haríamos, lo que pasaría en nosotros. Me había prometido que apenas todo esto termine le pediría que fuese mi novia, porque no había mejor título que darle. Era la persona que más amaba en la vida.

Sentí a alguien sentarse junto a mí en ese momento, lo cual me sacó de mis pensamientos.

Era una pequeña niña con ropa de hospital y un pequeño pañuelo rosa en su cabeza. No era muy difícil darse cuenta que la pequeña tenía cáncer. Sentí un escalofrío con tan solo pensarlo. El cáncer era un fuerte oponente y solo los guerreros podían ganarle. Te quita las esperanzas, te quita la felicidad, te quita la vida. El cáncer era tal vez, el peor enemigo del ser humano.

— ¿En qué ubicación está el monstruo? —preguntó la niña.

Enarqué una ceja mostrándome confundido.

— ¿Disculpa?

—Que donde tienes el tumor, tonto.

—No tengo cáncer, estoy esperando a una persona—aclaré.

La niña me miró de arriba abajo analizándome y quedó pensativa unos segundos.

—Lo siento, me dejé llevar por la apariencia—explicó—. Soy Lizzy.

—Es el cansancio del viaje, supongo—solté una pequeña risa—. Es un placer Lizzy, yo soy Nash de Somerville.

La niña me miró sin entender.

— ¿Qué es Somerville? —preguntó.

—Una ciudad al norte de Estados Unidos—respondí.

— ¿Y a quién esperas?

—A la persona que más amo.

— ¿Ella es bonita?

—Muy bonita—sonreí.

—Espero que cuando sea grande conozca a una persona como tú. Pareces de buen corazón—la niña respondió colocando sus pequeñas manos sobre las mías.

— ¿Y tú que haces aquí? —pregunté aunque ya me imaginaba la respuesta.

—Acabo de vencer al cáncer, este es mi último día aquí—la sonrisa de la niña se extendió.

Era tan grande la felicidad de esa pequeña que podía verse en sus ojos. La guerrera venció en la batalla y se llevó el mejor premio de todos; la vida.

—Eso es genial, Lizzy.

—La Sra. Vida me ha dado una segunda oportunidad y no voy desaprovecharla—la miré con la ceja enarcada ante sus palabras sobre la “Sra. Vida” pero decidí no cuestionarla, al fin y al cabo solo era una niña. Una enfermera gritó su nombre y la pequeña la miró—. Ya debo irme, gusto en conocerte Nash—y la niña se alejó dando saltos de alegría.

—Gusto en conocerte, Lizzy—murmuré.

Minutos más tarde regresé a mi asiento de antes. Fijé mi vista en el reloj de pared que estaba enfrente y miré como sus agujas giraban. Sabía que la operación tardaría. Además, Thomas me había comentado que los ojos de Mila debían estar a oscuras unas horas para que la luz no los lastime y que luego iría a observación. Las horas se hacían eternas, pero esperar valía a la pena. Habíamos esperado tanto tiempo que ya no importaba esperar unas horas.

Cuando la aguja pequeña dio un giro más, una gran puerta al final del pasillo se abrió dejando ver a Mila con una gran sonrisa y a Thomas junto a ella. Mis ojos simplemente se inundaron de felicidad, mi misión estaba cumplida. Todo el dolor que sentía en mí desapareció por completo. La vida no se equivocaba, pasar por todo lo que ocurrió tuvo su premio. El universo conspiró para que todo esto se hiciera real. Ya no era solo un sueño, la vida de Mila cerró un capítulo y abrió uno nuevo. Ya no había dolor o momento que pudiera contra lo que sentía; mi misión se había cumplido.

Mila

Capítulo 23

—Te sacaré las vendas y abrirás tus ojos muy lentamente para no dañarlos a la luz ¿De acuerdo? —escuché la voz del doctor y asentí.

Sentí la emoción fluir por mis venas. Muy pocas personas tienen una segunda oportunidad de vivir y me sentí tan afortunada de poder ser una de ellas. Ojalá Amelie hubiese tenido esa oportunidad. Habíamos pasado toda nuestra infancia imaginando como serían nuestras vidas cuando creciéramos; planificando viajes por todo el mundo y yendo de fiesta en fiesta hasta que no nos dieran los pies. Pero jamás imaginamos que yo terminaría ciega y ella debajo de una lápida. Amelie era una de esas personas que te dejan una huella imborrable en el corazón pero que jamás llega a ser una herida. Cuando ella murió no había vuelto a encontrar una persona como Amelie, hasta que llegó Nash. Sin dudas, la persona más extraordinaria que conocí. En un principio pensé; ¿Cómo un alma rota podría salvar a otra? Era increíble, porque poco a poco él me reconstruyó. Levantó aquellos pedazos rotos en mi vida y logró lo que creía imposible. Tras haber aceptado participar de interminables terapias y visitas con psicólogos, aprendí a aceptar que este era mi destino, que a pesar de todo debía mostrar mi sonrisa y agradecer que por lo menos yo no estaba debajo de una lápida. Sin embargo, por dentro sentía que mi vida se había arruinado y que jamás volvería a ser como antes, ni como lo planeamos Amelie y yo. Me equivoqué, Nash hizo que cada una de las tantas veces que dije “Nada volverá a ser como antes” se convirtiera en mentira.

— ¿Lista? —preguntó el doctor y yo volví a asentir.

El hombre fue quitando la venda muy lentamente. La luz comenzaba a aparecer y me emocioné porque lo único que había visto en esos últimos años era una inmensa oscuridad. Lentamente fui divisando simplemente una habitación opaca, hasta que comencé a ver el color beige de las paredes. Mi sonrisa era cada vez más inmensa. Simplemente no existían palabras en el mundo, ni siquiera en chino o catalán, que pudieran describir la mezcla de emociones que sentía dentro.

En pocos minutos mi vista logró ajustarse y todo se vio con claridad. Podía

ver los colores como si fuesen el rubí perdido más caro del mundo. Sin embargo, ni todas las piedras preciosas que existían en el mundo valían tanto como la capacidad de poder ver otros colores. Miré hacia mi alrededor admirando cada uno de los objetos que había en el lugar. Lo que sonaría gracioso para cualquier persona ya que solo era una corriente habitación de hospital.

Sentí una mano apoyarse en mi hombro y volteé a ver a la persona que se encontraba detrás de mí. Una mujer delgada de rizos dorados y tez blanca me miraba expectante. Era mi madre. Justo como la recordaba.

—Mamá, puedo verte—exclamé emocionada y me abalancé sobre ella para abrazarla.

Ella se quedó inmóvil y sus ojos se llenaron de lágrimas. En pocos segundos aquellas lágrimas comenzaron a caer como cataratas. Me abrazó tan fuerte como pudo y soltó un par de sollozos.

—Sabía que esto se haría real, te mereces todo lo bueno que existe en el mundo, mi niña hermosa—murmuró con la voz entrecortada.

Me alejé un poco de ella y me acarició dulcemente la mejilla. Sentí el carraspeo de otra persona detrás de mi madre y me moví para verla. Un hombre alto, de cabello castaño me miraba con lágrimas en sus ojos y sus brazos extendidos hacia mí.

—¿No hay un abrazo para tu papá? —me dijo en un hilo de voz.

La distancia que había entre nosotros desapareció. Lo abracé sintiendo su aroma a fragancia varonil que tanto me gustaba, mientras lo dejaba sollozar en mi hombro. Jamás me hubiese imaginado que este sería el momento más feliz de mi vida. Sin embargo, aún faltaba la otra parte. Podía recordar a mis padres porque ya los conocía desde un principio, pero jamás había visto a Nash antes. Todo este tiempo era una persona anónima con un gran corazón. Estaba tan segura que sea cual sea su apariencia, él ya me había enamorado con su interior y nada cambiaría eso.

—Segura estás ansiosa por conocer a una personita especial ¿Cierto? —dijo mi madre con una mirada traviesa.

Yo simplemente sonreí.

El doctor nos llevó a su consultorio y comenzó a revisar mi vista. Me hacía divisar letras pequeñas y así examinaba que todo esté perfecto. Comencé a moverme sobre la silla giratoria que tenía en su consultorio mientras él completaba una planilla. Crucé mis dedos pidiéndole a la vida que el doctor me dijera que ya podía irme y que todo estaba bien. El hombre se detuvo y me

miró. Yo también dejé de moverme y le devolví la mirada. Una sonrisa se escapó de su boca y mi estómago se llenó de cosquillas. Como si tuviese mariposas por estar enamorada. Y tal vez si lo estaba, enamorada de la vida.

—Que disfrutes tu nueva vida, Mila—dijo sin rodeos—. Ya puedes irte.

Me despedí del hombre y salí del consultorio sintiendo la emoción corriendo por mi sangre. En el pasillo estaban esperando mis padres que al verme me volvieron a abrazar. Junto a ellos comencé a caminar por un extenso pasillo hasta llegar a una gran puerta que daba a la sala de espera. Me volteé y miré a mis padres con una sonrisa.

—¿Detrás de esta puerta está Nash? —pregunté y ellos asintieron.

Miré hacia la puerta y respiré hondo controlando mis nervios. La emoción rebotaba en cada rincón de mi estómago como una pelota de ping-pong. Tomé con una mano la perilla y la giré abriendo la puerta. Rápidamente una persona se levantó de su asiento y me quedó mirando fijamente. Corrí hacia él y me detuve quedando a tan solo un metro de distancia. Miré sus ojos azules y pensé; “No pueden ser tan bonitos”. No eran tan oscuros como el azul marino, ni tan normales como un simple celeste. Yo lo llamaría “Azul cielo”, una nueva sección en la gama de azules que solo Nash poseía. Sin embargo, aquello no era lo único lindo de él. Tenía un cabello negro como el carbón y una tez blanca casi tanto como la nieve. El tiempo parecía haberse detenido y todo el lugar se desenfocó por completo. Solo existíamos él y yo en el universo. En sus ojos apareció un brillo tan potente que no se comparaba ni con un millón de constelaciones. Podía verse el universo entero en ellos.

—Mila—susurró.

—Esa misma, tonto—respondí divertida.

Y en ese momento, aquél metro se acortó. Los mil milímetros que estaban entre nosotros desaparecieron. Sus brazos envolvieron mi cuerpo y los míos envolvieron el suyo. Me sentí protegida ante todo mal existente y por un momento pensé; “ya nada podrá hacerme daño”. Mi madre siempre decía que todos tenemos una misión en nuestras vidas, con el paso del tiempo descubrí que mi misión era salvar a Nash de la depresión que la muerte de su familia le había provocado. Sin embargo, jamás me imaginé que él tendría la misma misión. Jamás pensé que una persona lograría salvarme.

Había dejado de ver a Nash como un humano, él era algo sobrenatural, aquél corazón tan grande no lo tenía cualquier persona. Él era un ángel que llegó para salvarme y lo logró.

Sentí la calidez de su cuerpo y le rogué a la vida que jamás lo abrace por

última vez. Finalmente había sentido la felicidad en su máxima expresión.

Capítulo 24

Nuestras manos se entrelazaron y admiré la manera en la que estas parecían simplemente hechas para estar unidas. Como dos piezas de un rompecabezas.

Nos encontrábamos en la coronilla de la Estatua de la Libertad, observando la ciudad desde aquellos ventanales que simulan ser gemas decorativas de la corona. Estábamos tan altos que parecía que tenía el mundo a mis pies. No solo era eso, finalmente era libre. Las cadenas que sentía que cada vez apretaban más mis muñecas habían desaparecido. Todos aquellos sueños frustrados podían hacerse realidad. Después de mucho tiempo estaba volando alto; pensaba en la universidad, en casarme, tener hijos, viajar por el mundo, todo con Nash.

El chico me miró con sus ojos color azul cielo y esbozó una sonrisa. Hacía bastante no veía cosas tan hermosas como aquella curva en su rostro.

Desde arriba todos eran pequeños; las casas, los autos, las personas. Todo parecía un pequeño mundo. Tal vez muy pequeño para problemas tan grandes.

Cuando el guía turístico dejó de explicarnos la creación de la gran Estatua de la Libertad, Nash y yo bajamos para reencontrarnos con mis padres. Nueva York parecía sin dudas un mundo dentro de otro más grande. Los problemas no impedían que la vida sea hermosa. Al contrario, cuando descubres bellezas como Nueva York, o hasta incluso, bellezas como el corazón de una persona como Nash, los problemas parecen volverse algo secundario y sin importancia alguna.

Sin embargo, por mucho que amaba la gran ciudad sabía que debía volver a mi hogar.

Como última parada nuestros padres hicieron reservación en un restaurante lujoso muy cerca del Central Park. Lo que nunca nos dijeron es que en aquella cena estaríamos Nash y yo por un lado y mis padres por otro. Tal vez solo era casualidad, pero nuestro lugar era de ensueños. Estábamos junto a un gran ventanal en el cual podías observar las millones de estrellas que había en el cielo nocturno. Todo el suelo estaba recubierto por una alfombra de terciopelo roja y sobre nosotros había un gran candelabro de cristal que le daba el toque elegante al lugar. Sobre la mesa había un par de velas decorativas y una botella de vino. Pero lo más especial de todo era la persona que estaba frente

a mí.

— ¿No crees que estamos vestidos muy vulgar para un lugar como éste? — pregunté.

Él soltó una risa.

— ¿A caso se supone que también deberíamos actuar como las personas elegantes? — preguntó pensativo.

— Supongo—le respondí.

— Está bien, hagámoslo—él carraspeó y movió su sudadera como si tuviese una corbata—. Es un placer estar esta noche con una dama como usted, señorita Mila.

Reí por el extraño tono de su voz.

— Lo mismo digo, caballero—respondí con el mismo tono—. Aunque preferiría una hamburguesa de algún Mc Donald con una Coca Cola.

Nash me apuntó con su dedo y asintió con su cabeza dándome la razón.

— De igual manera, lo importante no es la comida sino la compañía ¿No?

— Estoy de acuerdo, creo que no importa si estás en el mar de estrellas de Maldivas, en París observando la Torre Eiffel o en Venecia, con una persona con la que no te gusta estar no la pasarás bien de todos modos—expliqué—. La vida ya en sí se basa en tener a tu alrededor a personas que te hagan feliz.

— Es una respuesta muy sabia, señorita Mila ¿Le molesta si le hago una pregunta? — Yo negué con mi cabeza— ¿Qué opina de la vida?

— Contestaré esa pregunta con una simple palabra: “extraña”.

Él rascó su barbilla mostrándose pensativo.

— ¿Extraña?

— Tan solo míranos, un chico huérfano y una chica ciega que se salvaron el uno al otro y ahora están en un Nueva York comiendo camarones. Eso no se ve todos los días.

Nash rió.

— Si escribiéramos un libro con nuestra historia se haría famoso ¿No crees? — Preguntó y yo asentí con mi cabeza—. Te propongo algo, luego de la visita a tu abuela en su pequeño pueblo, escribiremos nuestro libro.

— ¿Nuestro libro?

— Existen tantas historias sin descubrir como estrellas en el universo. Historias que podrían cambiar el mundo o tan solo cambiar el pensamiento de vida de una persona.

Quedé pensativa unos segundos pero finalmente acepté la propuesta. Nash sonrió y continuó con su comida. Yo por mi parte, la emoción que todavía

llevaba dentro no me dejaba probar ni un bocado. Podía ver todo, podía ver la luna y las estrellas, podía ver algo más que simple oscuridad. Y a pesar de que muchas veces tenía sueños, nada de eso era real.

La noche fue espectacular mientras duró, a excepciones de algunos problemas como haber volado a un camarón hasta el cabello de una señora y haber arrojado vino sobre la camisa de un mozo. Al salir del restaurante con mis padres emprendimos viaje hacia Somerville a plena luz de luna. Nash estaba sentado junto a mí y podía ver claramente el nerviosismo que había en su cuerpo y el miedo que inundaba sus ojos. Era claro que este tema de viajar le traía muchos recuerdos. Puse mi mano sobre la de él y lo miré fijamente.

—Fue de noche ¿cierto? —pregunté.

Él sin mirarme asintió. Mi accidente también había sido de noche, una noche de verano un poco tormentosa. Yo no recordaba mucho pero para Amelie que estaba totalmente consciente habrá sido el peor de los infiernos. Lo único que tenía en mi mente eran los sollozos de Amelie mientras me decía que me detenga. Lástima que no estaba consciente para darme cuenta de la gravedad del momento, le hubiese hecho caso y ella hoy en día estaría viva.

—Tal vez sientas que no están contigo pero no es así. Entre las nubes y las estrellas te observan y te cuidan todo el tiempo—le dije.

A Nash se le cristalizaron los ojos y sentí una presión en mi pecho ¿Así se sentía él cada vez que me veía llorar?

—Lo sé, pero siempre hay momentos en los cuales caigo y me cuesta levantarme. Sin embargo, luego junto las fuerzas necesarias y vuelo alto nuevamente.

Recosté mi cabeza sobre su hombro y suspiré.

—Yo te ayudaré a volar alto, jamás te dejaré caer—murmuré.

Nash hizo una media sonrisa y pasó su brazo por detrás de mi espalda para abrazarme. Acercó sus labios a mi frente y la besó. Me sentía segura en sus brazos, como si no hubiese mal que pudiera lastimarme. Era mi lugar tranquilo en el mundo y me sentía agradecida por haberlo encontrado.

Lentamente sus ojos se fueron cerrando hasta quedarse completamente dormido. Yo quedé despierta unos minutos más observando constelaciones desde la ventanilla. Una estrella fugaz pasó frente a mis ojos haciéndolos brillar y una sonrisa se deslizó por mi boca. Cerré mis ojos y en vez de pedir, solo agradecí. Agradecí a la vida por esta segunda oportunidad.

Capítulo 25

Cuando desperté, el sol estaba a punto de nacer. El auto se detuvo y refregué un poco mis ojos para poder ver mejor. Bostecé un par de veces e intenté identificar el lugar en donde estábamos pero simplemente no podía. Miré a mi madre y ella me devolvió la mirada con una sonrisa.

—Hemos llegado a casa—anunció mi padre.

Miré hacia el lugar y lo observé detenidamente, la casa era de doble planta y de madera. Tenía flores en el frente pero no se trataban de rosas, sino de tulipanes amarillos. Había como cincuenta de ellos y aunque no eran mis preferidos, podía admitir que le daban un toque elegante a la casa. Las demás casas que estaban en esa calle eran todas más o menos parecidas.

Miré a Nash que estaba dormido junto a mí y sonreí. Lo sacudí un poco para que despertara y lentamente fue abriendo sus ojos. Soltó un bostezo y se estiró.

— ¿Ya llegamos? —preguntó desorientado.

Asentí con la cabeza y él esbozó una pequeña sonrisa. Le saqué el seguro a la puerta y la abrí. Al salir giré sobre mi lugar admirando cada rincón del vecindario. No podía creer que todo este tiempo estuve en un lugar tan bonito como *Somerville*. Tomé el brazo de Nash y lo arrastré hasta el interior de la casa. Por dentro, el lugar era tan bonito como por fuera. Mi madre había colocado mis cuadros de cuando era pequeña por toda la casa. No me había olvidado de ellos, mucho menos de los momentos en los que tomaron las fotos. Subimos las escaleras hasta encontrarnos con una puerta blanca que tenía un cartel de madera que decía “Mila”. Giré la perilla y me adentré. Las paredes de la habitación eran de color rosa pastel, al igual que las sábanas y los cojines. Había un gran armario de madera blanco con un espejo en su puerta y un escritorio con libros sobre él. Parecía un típico cuarto de princesa. Nash fijó su vista en la mesita de luz que estaba a un lado de la cama, allí arriba había un portarretrato con una foto de mis viejos amigos. Él se acercó, lo tomó con sus manos y lo analizó detenidamente.

—No lo había visto antes—comentó.

—Mamá sacó cosas de algunas cajas que quedaron de la mudanza antes de irnos a Nueva York—le expliqué—. Ellos son Shane, Travis y Diana.

— ¿Los extrañas? — preguntó Nash.

Yo suspiré y le extendí mi brazo para que me diera el portarretrato.

—Antes más que ahora. Me odiaron por ser responsable de la muerte de Amelie y me olvidaron cuando me mudé.

— ¿Jamás te enviaron por *Facebook*? —preguntó.

Quedé pensativa unos segundos.

—No he entrado a Redes Sociales desde el accidente—le respondí—, pero podríamos echar un vistazo.

Nash asintió. Dejé el cuadro sobre la cama y corrimos escalera abajo para encontrarnos con mi madre.

— ¿A dónde van tan apurados? —preguntó mi madre sonriendo.

— ¿Sabes dónde está mi notebook? —pregunté.

Ella se quedó pensativa unos segundos y luego respondió.

—En una caja en el ático.

Alcé una ceja confundida.

—No sabía que teníamos ático.

—Tienes que jalar un pequeño hilo que hay en el living y una escalera bajará para que puedas subir, ten cuidado porque tu padre no limpió y puede salir hasta una pizza con patas.

Nash y yo reímos. Buscamos el hilo en el living y cuando lo encontramos jalamos de él. Una pequeña escalera bajó para que nosotros podamos subir al ático. La oscuridad provocó un escalofrío en nosotros. Nash fue el primero en entrar y luego subí yo. Encendí el interruptor de una pequeña lámpara que nos dejó observar la suciedad del lugar. Todo era polvo y cajas de mudanza. Encontrar la notebook sería como buscar una aguja en un pajar pero aun así decidimos intentarlo.

Nash empezó por una de las cajas de la izquierda y yo por las de la derecha. La primera que tomé tenía una cinta pegada con algo escrito que gracias al polvo no podía leer. Soplé y solo decía “Mila”. Abrí la caja y observé extrañada las cosas que allí había. Un gran álbum de fotos viejas y tres CDs.

—Mila, encontré tu notebook, ya bajemos porque este lugar me da escalofríos—anunció Nash detrás de mí—. Debería dejar de mirar películas de terror.

Agarré la caja con ambas manos y la llevé hacia abajo. Una vez en el living, Nash subió las escaleras y el ático desapareció. Cuando regresamos a mi habitación guardé la caja dentro del armario ocultándola de todos y me senté en la cama con mi notebook. Nash se sentó junto a mí y pasó su brazo por mi espalda abrazándome. Encendí la computadora y lo primero que apareció fue

un fondo de *One Direction* en la pantalla.

— ¿Eras fan?

— Fueron mis primeros novios—dije entre risas.

Hice doble *click* en el explorador y una vez que se abrió, ingresé a la página de *Facebook*. Se había actualizado mucho desde la última vez que entré. Milagrosamente aún me acordaba de la contraseña así que pude ingresar fácilmente. Me sorprendí al ver una gran cantidad de personas que habían escrito en mi muro. Las palabras “Te extrañamos” se repetían constantemente por compañeros de mi viejo instituto. En el buscador escribí el nombre de Amelie y entré a su perfil. La tristeza se sintió más al ver su foto y las miles de publicaciones que le habían dedicado. Bajaba y las únicas palabras que podía ver era el “Descansa en paz” en cada una de sus fotos. Sentí mi estómago contraerse y salí de su perfil tan rápido como pude. Abrí la bandeja de mensajes y también tenía muchos de mis compañeros. Sin embargo, había uno que me llamó la atención.

Shane Grimmes.

En mi antigua vida; cuando no sabía ubicar a esta ciudad ni siquiera en un mapa, cuando Amelie respiraba, cuando tenía más de un solo amigo, Shane Grimmes podía considerarse mi mejor amigo entre comillas. Y digo “*Entre comillas*” porque para mí, él había sido mucho más que eso. Como Nash, él era mi vecino en mi antiguo vecindario desde que tenía memoria. El haber pasado tanto tiempo juntos; compartiendo charlas al regresar de clases, tardes en el parque e infinidad de momentos, habían conspirado para que me enamorara de él. Shane era sido el primer chico que me enseñó que en el mundo hay personas malas esperando el momento perfecto para lastimarte. Me enseñó a defenderme de las chicas que me molestaban en el instituto. Me enseñó a no confiar en nadie. Y tal vez solo se trataba de una especie de “preparación”, porque el mismo Shane Grimmes fue una de esas personas que hicieron que el mundo sea una basura. Ese chico de ojos cafés y cabello castaño logró romper mi corazón en menos de una milésima de segundo. Tenía tan solo quince años; no sabía lo que el verdadero amor significaba, me dejé llevar por palabras y no por hechos. “*Prometo no lastimarte*” dijo, y sentí que podía tocar las nubes. Jamás me imaginé que solo eran nubes de tormenta.

Cuando cumplí los dieciséis le pedí a mi padre que me enseñara a manejar por “casos de emergencia”. Fueron unas semanas después cuando Amelie insistió en ir en auto a la fiesta de una de las chicas más populares del instituto. Ella creyó que ir en nuestras bicicletas no era apropiado y agarré el

auto de mis padres sin permiso. Aquél fue el peor error de todos. Al llegar a la fiesta la desesperación de ver a la persona de la cual me había enamorado con otra, provocó que pierda la noción de cuantos vasos de tequila había tomado. ¿Emborracharse por mal de amores? Para la mayoría de personas solo costó un par de burlas y risas en los corredores del instituto. A mí me costó mi vista y a Amelie su vida. Tal vez era muy chica para entenderlo, pero nada, ni siquiera un corazón roto se cura con alcohol. En fin, cuando ocurrió lo del accidente él fue el primero en culparme completamente por la muerte de Amelie. Como si yo hubiese querido haber perdido la vista, como si yo hubiese querido asistir a miles de sesiones con psiquiatras y psicólogos, como si yo hubiese querido matar a mi mejor amiga. Shane Grimmes no tenía ni la más mínima idea de que si había que acusar a culpables, yo no era la única.

— ¿Quién es Shane Grimmes? —preguntó Nash.

—En este momento de mi vida, nadie.

Capítulo 26

Podía intentar huir del pasado pero sabía que él jamás dejaría de perseguirme.

Mi anterior ciudad era *Jefferson*, precisamente en la parte moderna y ruidosa del lugar. *Jefferson* parecía Nueva York en miniatura. Cada vecindario allí tenía sus propias instalaciones, hasta incluso sus propios cementerios. Por eso era de cuestionarse, “¿Qué hace Amelie en el cementerio de *Somerville*?”

Los padres de Amelie eran de *Somerville* y se mudaron a *Jefferson* cuando ella tenía cinco años. Los abuelos de Amelie también estaban sepultados en *Somerville* y sus padres decidieron que allí sería el lugar de descanso de la chica.

Somerville quedaba a doscientos kilómetros de Jefferson, por esa razón era muy difícil encontrar personas de aquella ciudad allí. Las personas solo van a Somerville en busca de algo, ¿Quién podía imaginar que ese “algo” esta vez era yo?

—Esas plantas se ven deprimidas, no tienen siquiera un capullo, creo que necesitan fertilizante—le comenté a Nash mientras mirábamos los rosales en el jardín de Nash.

—Recién están en crecimiento, no crecerán flores hasta mediados de primavera—me respondió y yo lo miré haciendo puchero. Él resopló—. Pero si te hace feliz iremos por fertilizante.

Una sonrisa se escapó de mi boca y me acerqué a abrazarlo. Él cruzó sus brazos por detrás de mi espalda y me apegó más a su cuerpo. Sentí mi piel erizarse y mi corazón acelerarse. Me alejé un poco y lo miré fijamente a sus ojos color azul cielo. Éstos tenían un brillo especial. Un brillo que no había visto en otra persona antes. El mundo pareció ser solo decorado, cuando su rostro se acercó al mío y nuestros labios se unieron. No solo el brillo en sus ojos era especial, todo en él lo era. La sensación que provocaba estar cerca de Nash era inexplicable, casi tanto como la magia.

Al alejarnos nuevamente él hizo una sonrisa torcida seguida de una carcajada que me sorprendió.

—¿De qué te ríes? —pregunté curiosa.

—Tus mejillas parecen la luz roja de los semáforos—dijo entre risas y yo giré mis ojos. Se acercó y me besó dulcemente otra vez—, y me encantan.

« A mí también me encantan » pensé.

Pero no solo sus mejillas me encantaban, todo en él me tenía en una especie de embobamiento crónico. Quitando el envoltorio, Nash conservaba su belleza. Estaba consciente de que haber quedado ciega no era del todo malo, logré ver el alma de Nash y no lo que aparentaba por fuera.

Mientras caminaba por la acera de camino a la forrajera, observaba cada una de las casas por las que cruzaba. Cada casa era un mundo, por fuera eran casi todas iguales pero por dentro cada una tenía su historia. Su "Algo" que las hacía diferentes una de otras. Ese algo podía ser un suicidio, un divorcio, un integrante que sufre problemas de esquizofrenia, pero también podía ser algo memorable y bueno, como que uno de los integrantes sea campeón de yudo o esgrima, o ganador en la lucha contra un extraño cáncer. Entonces podía llegar a la conclusión de que había tantos mundos diferentes como personas en el planeta tierra o hasta incluso más. Sin embargo, cada persona estaba enfocada en su mundo sin recordar que existen mundos peores que el nuestro.

Yo era la excepción, siempre pensé que a pesar de todo yo seguía viva, yo tenía la suerte que Amelie no y supongo que eso ha sido lo que me ayudó a "seguir adelante" o al menos seguir cumpliendo años y ver pasar el tiempo sin haberme colgado de un árbol.

Sentí un cuerpo chocar contra el mío sacándome de mis pensamientos. Estaba a punto de caerme cuando Nash me sostuvo a tiempo. No sabía si yo iba muy distraída o la acera no era lo suficientemente grande. Levanté mi cabeza y quedé paralizada por completo. Yo no me equivocaba, el pasado no dejaba de perseguirme.

— ¿Mila? —preguntó la persona que estaba frente a mí con el ceño fruncido.

Yo no respondí. El nudo que se había formado en mi garganta no me lo permitía. Simplemente no existían las palabras necesarias para definir lo que sentí al ver aquellos ojos cafés nuevamente. Todo este tiempo habían sido parte de algunos sueños, o más bien, pesadillas. Nash me miró confundido al notar mi nerviosismo. Yo solo lo miré, pero no fue cualquier mirada, mis ojos pedían a gritos que me sacara de allí. El chico frente a mí me miraba sorprendido. Yo no podía decir lo mismo, yo lo miraba como si hubiese visto un espectro. No era de una manera sorprendida, más bien asustada.

— ¿No vas a darle un abrazo a tu viejo amigo? —dijo esbozando una

sonrisa. Una maldita sonrisa.

Era Shane Grimmes en persona. Todo en él era completamente igual que hace unos años. Lo único diferente era su cabello, ahora lo tenía más largo y desordenado. Todavía conservaba aquella sonrisa que tanto me gustaba, pero la única diferencia es que esta vez no había provocado nada en mí. Si tan solo me hubiese dado cuenta que aquellos ojos y la curva en su boca eran nada más ni nada menos que simple apariencia, Amelie estaría con vida.

—¿Qué quieres? —pregunté mostrándome fría.

—No puedo creerlo, puedes ver.

—Te hice una pregunta.

—Vine a visitar a Amelie—me respondió—, pero admito que también vine con la esperanza de encontrarte y mira, que rara es la vida ¿No?

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Encontrarme? ¿Quieres culparme nuevamente por la muerte de mi amiga?

—Sé que fuimos unos idiotas, pero cambiamos—dijo jugueteando con sus manos—. Todos en Jefferson te extrañamos, incluyéndome.

Nash solo permanecía callado y con la mirada fija en Shane. Podía ver su puño cerrarse lentamente pero sujeté su mano y se tranquilizó. El chico de los ojos cafés miró con asombro mi gesto.

—Si es todo lo que tienes para decir, creo que ya es hora de irnos.

Sujeté con más fuerza la mano de Nash y continuamos caminando por la acera. Sin embargo, algo me detuvo nuevamente. Shane agarró mi brazo haciéndome girar hacia él.

—Volveremos a encontrarnos, es una promesa—dijo con una sonrisa de picardía en su boca.

Esperaba que aquellas palabras disfrazadas de “Promesa” sean como el “*Jamás te lastimaré*” de hace unos años. Lo último que hizo fue guiñar un ojo y alejarse hasta desaparecer de nuestra vista. Aquello provocó que el enojo de Nash subiera hasta las nubes.

—¿Quieres que vaya a buscarlo y lo golpee? —preguntó.

—Déjalo, ya perdí demasiado tiempo con él. No quiero que tú también lo hagas.

Aquel día no volvimos a tocar el tema de Shane, no creímos que era necesario darle importancia. Al fin y al cabo, él volvería a Jefferson en un par de días. Preferimos hacer como si nada ocurrió, como si aquel momento tan incómodo jamás existió. Shane ya no podía lastimarme, ni siquiera los

recuerdos, ni siquiera el pasado. El único recuerdo que permanecería en mi mente por siempre era el de Amelie, sabía que jamás me libraría de la culpa y del remordimiento. Amelie no era como Shane. Ella no tenía la culpa y no se merecía morir. Por esa razón tampoco se merecía ser olvidada.

Capítulo 27

Cuando tu mundo se destroza lentamente es complicado volver a pensar en un futuro mejor. Sin embargo, solo hay que volver a buscar aquella luz que nos hacía amar la vida.

Finalmente podía decir que la tormenta se había alejado y por el momento, todo estaba despejado.

Sentí la calidez de los brazos de Nash que rodeaban mi cuerpo mientras nos encontrábamos acostados sobre mi cama. Ambos en silencio, solo disfrutando del uno al otro. Podía estar incluso horas así sin aburrirme, disfrutaba de su compañía.

Nash alzó un poco la vista y observó la pared que estaba frente a nosotros.

— ¿No crees que aquella pared está muy vacía y aburrida? —preguntó.

Yo la observé unos segundos y no noté nada malo en ella.

— ¿Desde cuándo te pones a observar paredes? —dije divertida.

Él me soltó y se levantó de la cama con una sonrisa. Yo me senté para observarlo mejor.

—Desde que encontré esta maravilla por internet—se agachó y buscó algo por debajo de mi cama.

Cuando se levantó tenía una caja en sus manos que dejó sobre la cama. Con el ceño fruncido, miré la caja detenidamente.

— ¿Qué es eso? —pregunté.

Nash no dejaba de conservar su sonrisa.

—Ábrelo, es tuyo—respondió.

Cuidadosamente fui quitando el envoltorio dorado junto con su moño blanco y cuando abrí la caja, simplemente miré maravillada el objeto.

— ¿Una cámara instantánea? —Pregunté con asombro—. No debiste hacerlo, es muy hermosa.

Me acerqué a él y lo abracé. Lo que me sorprendió fue que en ese momento, él chilló del dolor. El pecho de Nash comenzó a subir y bajar muy rápido y me alejé de él para dejarlo respirar.

— ¿Qué te ocurre? —pregunté asustada.

Él solo se recostó en mi cama y lentamente su respiración volvió a la normalidad.

—Estoy bien, siempre me pasa—nuevamente él se levantó e intentó enderezarse pero sus huesos parecían no permitirselo—. Con esa cámara podrás guardar cada uno de los momentos que pasemos a partir de ahora.

Yo hice una pequeña sonrisa. Tal vez no fue una de mis sonrisas más sinceras, porque la verdad que en aquél momento lo que menos me importaba era la cámara, sino la salud de Nash. Sentí un nudo en mi garganta y un malestar en mi estómago que me dio a entender que todo lo bueno se estaba por acabar. Aun así no quería arruinar el momento y pensé en hablarlo a la noche.

Cuando Nash recobró las fuerzas necesarias para levantarse comenzamos a jugar con la cámara. Estuvimos toda la tarde sacándonos fotos alocadas y colgándolas una por una en la pared. Él y yo nos paramos frente a ella observando las fotos con una sonrisa. Todavía quedaban millones de momentos juntos por vivir y una gran pared por completar. Toda la tarde había sido de risas, besos y caricias. Momentos dulces que nos llenaban el alma. Sin embargo, toda la calidez que sentía al estar junto a Nash cambió cuando el sol se ocultó. La habitación se volvió más fría y él más distante. De un momento a otro comenzó a actuar extraño, la luz de sus ojos se apagó y su sonrisa desapareció. Quise preguntar que le ocurría pero me demostró que ni siquiera él lo sabía. Intenté hacer como que no había percatado nada y continué actuando normal.

—¿Quieres bajar por algo de comer? —pregunté mostrándome amable.

Me acerqué para sujetar su mano pero en el momento que la toqué simplemente se alejó.

—Ya tengo que irme—espetó.

En un rápido movimiento logré agarrar su mano. Sentí sus músculos tensarse por completo y su mirada se volvió más fría. Llegué a pensar que la persona que estaba frente a mí no era Nash en realidad. Aquella mirada me recordó la última vez que había visto a Shane antes del accidente. Y a pesar que me dolía que me mirara de esa forma, lo oculté detrás de una sonrisa. La sonrisa más falsa de todas.

—Vamos, mamá preparó algo que seguro te va a encantar—comenté.

Él solo se limitó a mirarme, no avanzó siquiera un paso. Podía sentir la tensión que había en el lugar y no sabía si podría seguir disimulándolo con una simple sonrisa.

—Aléjate ¿No entiendes? —Gritó haciéndome asustar—. Déjame solo, no quiero verte—y sin más, se soltó de mi agarre y se marchó del lugar.

Lo que dijo cayó sobre mí como un balde de agua fría. Aquél grito se repetía en mi cabeza una y otra vez. Sentí como una parte de mi corazón se agrietó. Mis ojos se cristalizaron mientras recordaba sus últimas palabras antes de irse. Había quedado prácticamente inmóvil y sola ¿Quién era aquella persona? ¿Dónde había quedado el ángel que tanto amaba?

Me senté en mi cama intentando analizar lo que había ocurrido pero aun así no podía encontrar respuesta alguna para lo que había pasado. Me sentía perdida, como si estuviese en el laberinto más grande del mundo intentando buscar una salida.

Unos golpes se escucharon desde la puerta y me sacaron de mis pensamientos.

— ¡Pase! —grité.

Mi madre entró preocupada y se acercó a mí.

— ¿Qué ocurrió, cariño? —preguntó mientras acariciaba mi espalda.

Me hubiese gustado encontrar una respuesta a esa pregunta pero simplemente no la tenía. Le expliqué a mi madre todo lo que ocurrió y su mirada se tornaba cada vez más triste. Le comenté también sobre un extraño vacío que sentía dentro y lo que sentí tras la partida de Nash. Todo mi cuerpo pareció debilitarse, ¿podía Nash provocar eso?

Quería echarme en mi cama y dejar que las lágrimas fluyan por mi mejilla pero también necesitaba ser fuerte por él.

—Tal vez tengas que hablar con él, últimamente Nash no se siente muy bien.

—Sé que tiene problemas, me prometió ir con un doctor al terminar la cirugía pero hasta ahora no ha ido.

Mi madre suspiró pesadamente y me miró con sus ojos inundados de tristeza.

—Insiste, no dejes de insistir.

— ¿También lo sentiste? —pregunté.

— ¿Qué?

—Un mal presentimiento.

Ella asintió con su cabeza.

—Solo tú puedes hacer que eso no pase, Nash lo hizo por ti, ahora hazlo por él.

Como si no habían sido suficientes los momentos malos, algo peor parecía aproximarse. Por lo que mi madre me había contado entendí que para encontrar nuestra misión en la vida la vida nos ponía pruebas, ¿A caso salvar a Nash no era mi misión en la vida?

La noche llegó y junto a ella, el insomnio. Luego de muchas horas dando vueltas en mi cama, sin poder dormir, llegué a la conclusión que tal vez todavía no había cumplido mi misión, tal vez todavía no lo había salvado.

Me senté en la cama y observé la pared de fotografías. Sentí como el miedo recorría mi cuerpo, miedo a no poder salvarlo. Tal vez como dijo mi madre solo debía insistir, ¿Pero si no? ¿Si es mucho más complicado que eso? Suspiré y volví a recostarme.

Recordé las palabras que Amelie me había dicho cuando estaba viva “*Haz lo que creas correcto pero hazlo, será peor si te quedas haciendo nada*”. Y a pesar de que aquél no había sido un buen consejo porque gracias a él me enamoré ciegamente de Shane, sabía que había algo de razón después de todo. Tal vez debía pensar menos y hacer más.

Podía escuchar los grillos cantar, pero lo único que quería escuchar en aquél momento era la voz de Nash. Sentía que un pedazo de mí se fue cuando él también lo hizo. Se trataba de una sensación horrible que quería eliminar lo antes posible. Conocía a Nash y sabía que lo que había dicho no fue intencional. Por eso, a pesar del dolor que me había causado solo me quedaba juntar las fuerzas necesarias y seguir hacia adelante.

Cerré mis ojos dejándome llevar por el sueño, teniendo como último pensamiento del día a Nash.

Capítulo 28

Aquella mañana desperté con fuerzas. A penas abrí mis ojos observé hacia la ventana. Parecía ser un día triste, todo el cielo era gris. Como no quería siquiera perder un segundo de mi tiempo, me coloqué un suéter rosado sobre mi pijama y bajé las escaleras tan rápido como pude.

—Buenos días—dije cuando crucé la puerta de la cocina donde se encontraban mis padres desayunando.

—¿No vas a comer algo? —escuché a mi madre decir antes de que saliera de mi casa.

Estaba tan emocionada que ni mi aspecto horroroso, ni los hot cakes de mi madre podían detenerme. A penas subí al pórtico de la casa de Nash, suspiré e intenté mantenerme en calma. Me preparé mentalmente para lo que ocurra cuando me vea, sabía que me dolería si me rechazaba nuevamente pero eso tampoco me detendría. Di unos golpes tímidos a la puerta y cuando pensé que no se habían escuchado, sentí pisadas acercarse. Mi corazón se aceleró y mis manos comenzaron a sudar. Todo se convirtió en una guerra conmigo misma tan solo para ocultar el desorden de emociones que sentía dentro. Cuando la puerta se abrió, lo primero que miré fue el rostro de Nash. Su cabello estaba desordenado y aún seguía con su pijama, al igual que yo. No podían reflejarse sentimientos ni emociones en su rostro cuando me vio. Tenía una mirada neutra, como si estuviese mirando a la nada.

« Vamos, di algo » pensé.

Habían pasado unos segundos y ambos nos mirábamos fijamente pero no decíamos nada. Junté valor y decidí ser la primera en hablar.

Sin embargo, cuando una palabra estaba por salir de mi boca, él me abrazó. Mi cuerpo se paralizó por completo. Sentí como aquellas partes vacías de mi interior volvían a llenarse. Él se alejó un poco de mí y noté como sus ojos se habían cristalizados.

—No sé qué pasó anoche, me comporté como un idiota—murmuró apenado.

—Tal vez como un lindo idiota—contesté divertida.

—Perdón.

—Estás perdonado—hice una media sonrisa provocando que a él también se le escape una—, pero con la condición de que veas a un doctor.

Él se acercó y besó dulcemente mi frente. Me envolvió en sus brazos nuevamente y suspiró.

—Iré esta tarde—murmuró.

Y Nash no mintió. Aquella tarde él partió hacia el hospital de Somerville mientras yo lo esperaba impaciente en mi hogar. Había estado dando vueltas en mi cama por muchas horas. Cuando me cansé, me levanté y me destiné a mirar las fotos colgadas en la pared. Tenían tan solo un día de ser tomadas y ya las habían ojeado un millón de veces. Me trasmitían una sensación a felicidad impresionante. Una que solo se ve en las películas o sueños.

El aburrimiento me consumía, podía estar horas sin hacer nada estando con Nash y no me aburría. Sin embargo, el hecho de estar sola cambiaba la situación. Tomé la notebook y me acosté con ella en mi cama. A penas la encendí una pestaña con mi *Facebook* abierto saltó en la pantalla. Al instante, una ventana de chat se abrió. Solo la cerré. Ignoré su mensaje como ya había hecho con el anterior. Shane Grimmes no podía atormentarme, no en mi nueva vida.

Seguí observando las publicaciones que colgaron en sus muros mis antiguos compañeros del instituto. Parecía que ellos no habían desperdiciado el tiempo o que corrieron a la velocidad de él. Muchos de ellos ya habían obtenido becas para la universidad, otros habían tenido hijos a muy temprana edad, algunos simplemente consiguieron el amor que jamás creyeron encontrar. Sin embargo, todavía había alguno que otro que solo seguía de fiesta en fiesta como cuando vivía en Jefferson. Pero, ¿Saben quién no había ido con el tiempo?

Amelie.

Me costaba hacerlo, cada vez que lo intentaba sentía que las lágrimas amenazaban con salir pero de igual manera, nuevamente visité su muro. En él no había fotos de un diploma, de un nuevo coche, de un nuevo amor, en él solo había fotos viejas y publicaciones de otras personas que le deseaban un buen descanso. A pesar de que ya habían pasado años de su muerte todavía había personas que la recordaban y seguían publicando fotos con ella. Amelie estando viva penetraba en los corazones de todos dejando una marca imborrable, por eso no me sorprendía que lo haga hasta estando muerta. La última persona que colgó un post en el muro de Amelie fue una mujer cuyo rostro no conocía. Sin embargo, había escrito palabras que hicieron que mi corazón se acelerara y que mi alma se estremeciera.

“No éramos muy cercanas, ni siquiera sé que lazos de sangre teníamos en

común o que ramas de nuestro árbol genealógico nos conectaba. Te había visto un par de veces, eso no lo puedo olvidar, en alguna que otra fiesta navideña o de acción de gracias ¿Recuerdas? Aquellas en las que nos sentábamos todos los familiares en una mesa tan larga que era casi imposible ver al que se sentaba en la otra punta. Donde solo unos pocos nos conocíamos, pero aun así todos nos tratábamos como amigos. Siempre me pareciste una niña especial, tenías algo en los ojos que atraía mi atención. Los años pasaron y ya no estabas en nuestra mesa. No solo los abuelos habían desaparecido, también lo hiciste tú. Yo no sabía la razón hasta hace unos días. Te recordé en un sueño y la curiosidad se despertó en mí. Pregunté a algunos familiares sobre ti y solo uno pudo decirme la verdad sin antes echarse a llorar. Después de varios años, aún dueles. Pero dueles por tu ausencia, no porque hayas hecho algo malo. Me explicaron cómo había sido todo y sentí un enorme vacío en mi pecho. Decidí escribirte esto para que sepas que no eras cualquier persona. Amelie, tú eras especial. No habíamos hablado nunca, pero una mirada bastó para hacer que te recuerde y a la vez, para que también me dolieras. ¿Pero quién soy yo? Yo soy mamá de una niña a la cual le diagnosticaron cáncer de tiroides. Una persona que sabe lo que son las vueltas de la vida, lo injusta y hermosa que puede ser a la vez. Mi pequeña guerrera hace unos días venció a su ‘Monstruo’ como lo llamaba ella, su sonrisa me demostró que la vida le había dado una segunda oportunidad. Eso no ocurre con todas las personas, a ti te han arrebatado la única oportunidad que tenías. Por eso sentí impotencia al recordarte.

Me imaginé un mundo en el cual el cielo era simplemente otro país y podíamos viajar a él cuando queríamos. Me imaginé un mundo donde podía verte otra vez. Volveré a verte Amelie Lowatter, nadie se escapa de su destino. Y cuando lo haga prometo abrazarte con todas mis fuerzas y agradecerte, porque sin ti, sin tu historia, sin tu marca en mi corazón, no hubiese vuelto a amar la vida y apreciar lo que a mí me tocó luchar” Loan Woodsam, Nueva York.

Las palabras de la mujer me habían dejado impactada. La pequeña hija de Loan Woodsam y yo sabíamos lo que era volver a vivir. Nosotras sabíamos que mansiones, joyas y coches de lujo no superaban el valor de una segunda oportunidad. También sabíamos que solas nada de esto podría haberse hecho realidad. Se necesita aquél ángel que nos eleve hasta las nubes, nos de fuerzas y no nos deje caer jamás. Como lo era Nash conmigo.

La puerta de mi habitación se abrió y yo apagué la computadora. Nash

apareció con una enorme sonrisa. Sin pensarlo, salté de la cama y me abalancé sobre él haciéndolo caer sobre la alfombra de terciopelo.

— ¿Cómo te ha ido? —pregunté.

—Excelente. Te dije que no era nada.

Lo miré con el ceño fruncido.

— ¿Enserio? —cuestioné.

—Sí. Tan solo me dio unos medicamentos para que el virus se vaya.

— ¿Un virus?

—Es una epidemia, muchos han ido con esos síntomas.

Sonreí aunque con desconfianza. Sentía en mi interior que no se trataba de un simple “virus” pero no podía desconfiar de los profesionales. Un presentimiento no le ganaba a la ciencia.

Besé la mejilla de Nash y él me abrazó aún más fuerte. Todo parecía estabilizarse otra vez y crucé mis dedos deseando que todo siga así por mucho tiempo.

Capítulo 29

¿Podía una persona ser tan frágil como un trozo de cristal?

Nadie nació siendo fuerte. Todos comenzamos siendo simplemente trozos de

cristales, rotos en el mundo. Sin embargo, poco a poco nos fuimos construyendo y el cristal se fue convirtiendo en metal. Terminamos siendo humanos con el alma fuerte y hasta llegamos a creer que somos indestructibles. A veces olvidamos que el metal también puede romperse. Existen fuerzas capaces de destruirnos. Lo importante es poder volvernos a construir las veces que sean necesarias.

Nash jamás imaginó que luego de la muerte de toda su familia podía volverse a romper. Lo podía ver en sus ojos y en aquella sonrisa fingida que hacía cada vez que yo le preguntaba si estaba bien. Pasaron unas semanas y Nash seguía actuando raro. Podía verlo, podía tocarlo, pero su alma se hallaba en otro mundo. Sus ojos usualmente se perdían en el vacío de algún punto fijo en la pared. Había momentos en el que tenía que repetirle dos y hasta tres veces lo que había dicho. Sabía que aquella mente se encontraba inundada de pensamientos. Pensamientos que desconocía.

Durante aquellas dos semanas estuve compartiendo habitación con mi insomnio. Por más vueltas que le daba no encontraba la razón por la cual Nash estaba así. El pasado viernes recurrió al médico nuevamente; todo se encontraba bien según él. Me comentó que le habían bajado las dosis porque ya se estaba recuperando, aunque su cuerpo demostraba lo contrario. Si no fuese por su corazón que todavía latía cualquiera lo hubiese confundido con un cadáver. Lo único que no había cambiado en él era su presencia. Tenía asistencia perfecta en visitarme. Desde que el sol salía hasta que se ocultaba estaba conmigo. Conservando la calma y disimulando el desastre que había dentro de su cabeza, porque por más que él no me lo decía, sus ojos lo delataban.

Aquel Domingo fue la excepción. Nash no apareció. A penas abrí los ojos, me senté rápidamente en la cama con una sonrisa, esperando encontrarlo en el marco de la puerta donde se paraba todas las mañanas a observarme y esperar a que despierte, pero nada. Bajé con prisa las escaleras esperando encontrarlo en la cocina con mis padres pero cuando llegué me volví a llevar una decepción.

—¿No vino Nash? —pregunté extrañada.

Mi padre que se encontraba en la mesa tomando un café volteó a verme.

—Seguro se durmió tarde anoche.

Suspiré y me senté en la mesa junto a él. Mi madre colocó un plato de huevos revueltos y un vaso con jugo de naranja frente a mí.

—No te preocupes Mila, seguro Nash todavía está durmiendo—sonó la voz

de mi madre.

Todo se me hacía extraño. O tal vez solo me había acostumbrado a su presencia. Nash era un adolescente, los adolescentes necesitan de vez en cuando encontrarse con la soledad. Estar un momento consigo mismo y pensar de todo o a veces de nada. El problema está cuando la soledad perdura y se aferra a ti.

Decidí darle el espacio que Nash necesitaba y también darme mi propio espacio. Durante el desayuno, mi madre mencionó la inauguración de un nuevo centro comercial en Somerville, a tan solo unas calles de mi hogar. Como no conocía a nadie en la ciudad, más que a mis padres y a Nash, mi madre decidió acompañarme. A pesar de que el camino era corto fuimos en coche. Nos costó un poco aparcar porque el estacionamiento estaba demasiado lleno pero una vez logrado, ambas nos bajamos. Miré el lugar impresionada, era demasiado grande para encontrarse en un vecindario como el mío. Tenía dos pisos y en el centro un gran espacio verde donde podíamos almorzar.

— ¿Qué quieres hacer primero, Mila? —preguntó mi madre al entrar.

Toda la ciudad estaba conmocionada por la inauguración del centro comercial. Había un mundo de personas allí dentro.

—Quiero un smoothie de frutilla, necesito una de esas cosas.

Mi madre rió y juntas empezamos a caminar hasta el bar de batidos y smoothies.

Como había una gran fila, yo me quedé esperando mientras mi madre visitaba la librería que se encontraba a dos locales del bar. Ella tenía una obsesión por las novelas románticas y a veces pretendía imaginar mi propia vida como una. Miré a mi alrededor, entre las personas, esperando ver el rostro de Nash por alguna razón. Cuando el sujeto delante de mí se fue, llegó mi turno de pedir el smoothie. Una chica de cabello castaño se encontraba de espaldas en busca de algo. Parecía no haber notado mi presencia, entonces carraspeé. Ella me miró y su rostro se tornó notablemente serio. Tenía puesto un delantal blanco y sobre él, una pequeña insignia con su nombre. La chica se llamaba Lucy.

—Lindo nombre—comenté mostrándome amable.

La chica no se inmutó. Su rostro siguió igual.

— ¿Qué quieres? —preguntó fría.

La miré con el ceño fruncido. Podía ver cierto enojo en sus ojos cuando me observaba. No podía acordarme de su rostro y eso me frustró un poco. Aunque considerándolo bien, si existía el amor a primera vista, también podía existir

el odio a primera vista ¿no?

— ¿Nos conocemos?

—Desgraciadamente yo a ti si, Mila—Mi rostro cambió de confusión a estar sorprendido en fracción de segundos—. No sabía que podías ver.

— No sé quién eres.

Ella intentó hablar pero una mujer detrás de mí se quejó y me obligó a pedir. Cuando Lucy me entregó el smoothie solo la miré un poco incómoda y ella me devolvió la mirada. Me fui de allí lo más pronto posible para evitar que el ambiente se tense más de lo que ya estaba.

Podía ver la rabia y el enojo en aquella chica pero no podía descubrir la razón. Recordé a mi madre diciéndome que no debía preocuparme por cosas así, las personas odian todo el tiempo y muchas veces sin motivo alguno ¿Pero por qué las personas no podían amar todo el tiempo sin razón? Odiar sin conocer nunca es bueno. Comienzas a juzgar a las personas sin conocerlas. Sin saber su pasado, su vida, su interior. El mundo entero se deja llevar por las críticas y describen a las personas como los demás piensan, pero no como son en realidad.

¿Qué podía haber pasado para que esa chica me odiara? No iba al instituto, casi no salía de mi hogar y era ciega.

Mi único amigo era Nash y aunque nuestro círculo no abarcaba a más de dos personas, para mí era suficiente y no necesitaba más.

Caminé hacia el centro del lugar para sentarme en alguna mesa y descansar. Miré hacia todos lados en busca de mi madre mientras degustaba el smoothie. Ella no aparecía. En ese momento me perdí en mi mente como solía hacerlo siempre, todo el mundo se desenfocaba y parecía ser tan solo un decorado. Nash no podía dejar a mi mente tranquila. Él permanecía presente aunque no esté físicamente conmigo. Quería descubrir que le ocurría, que era lo que lo tenía tan perdido. No tenía más que buenas intenciones pero siempre recibía la misma respuesta.

“No pasa nada”

¿A caso podía una frase de tan solo cuatro palabras tener tanta mentira? Por desgracia para Nash, los ojos son los mejores delatando a las personas y los suyos se hallaban llenos de tristeza.

Sentí a alguien sentarse frente a mí pero ignoré pensando que tan solo era mi madre. Sin embargo, cuando la persona se destinó a hablar salí rápidamente de mis pensamientos.

—Tierra llamando a Mila—dijo moviendo su mano frente a mí.

Le lancé una mirada de odio a la persona que estaba frente a mí y me alejé un poco intentado que la distancia entre nosotros aumentara.

— ¿Todavía no te has ido? —pregunté mirándolo con desagrado.

—Te prometí que nos volveríamos a ver—él sonrió mostrando todos sus perfectos dientes blanquecinos.

—Después de tanto aprendiste a cumplir tus promesas, felicidades—comenté con ironía.

Él intentó tomar mi mano pero yo la alejé. Todo lo relacionado a Shane Grimmes era peligroso. Tocarte podía ser la peor de las torturas.

—Oh vamos, sé que fui un idiota pero cambié. Todos cambiamos.

Giré mis ojos y seguí bebiendo mi smoothie de frutilla ignorando su presencia. Él permaneció mirándome fijamente unos minutos hasta que logró ponerme incómoda y debí responder.

—Si piensas que voy a creerte, te equivocas.

Él rió. Yo de mi parte no tenía reacción alguna. Shane no apartó su mirada ni un segundo, parecía que intentaba analizarme el alma o algo así. Comencé a observar a mis alrededores en busca de mi madre, pero se me hacía imposible buscarla entre la multitud.

— ¿Qué ocurre? ¿Tienes miedo de que tu noviecito nos vea? —comentó con un tono burlesco.

Shane Grimmes, era sin dudas un dolor de cabeza. Tenía una mirada y una sonrisa burlesca que molestaba con tan solo verla. No le hacía falta hablar para joderme la vida.

—No, tú no cambias. Sigues siendo el mismo idiota de siempre.

Y sin más que decir, me levanté de la mesa y me despedí esbozando una sonrisa falsa.

— ¿Quieres apostar? Mi próxima promesa será que tú y yo vamos a estar juntos.

Capítulo 30

Caminé por horas en busca de mi madre. Recorrí cada rincón del centro comercial sin obtener resultados. Revisé la librería cientos de veces pero ella tampoco se encontraba allí.

Me senté en un banco exhausta y decidí esperarla. Mientras tanto observaba a las personas caminar por el lugar. Por alguna razón todavía esperaba ver a Nash entre la multitud. Esperaba verlo parado frente a mí con su bella sonrisa implantada en su rostro. Podía entender que Nash necesitaba estar solo pero yo no podía sentir lo mismo. Yo necesitaba estar junto a él, a lo mejor haciendo nada, tan solo estando sentados y en silencio me bastaba.

A la media hora de haber estado esperando sentí la presencia de mi madre a mi lado. Ella suspiró de cansancio y me miró.

— ¿Dónde has estado? —pregunté.

Tenía por lo menos seis bolsas en sus manos.

—Fui a comprarte ropa nueva.

Sonreí.

—Gracias, pero no era necesario. Estuve horas esperando.

—Vamos, te he visto con un amigo—ella me lanza una mirada pícara a lo que respondí con un bufido.

— ¿No te has dado cuenta de quién es?

—No.

—Shane...—quería terminar diciendo su apellido pero la chica del bar de smoothies cruzó frente a mí y quedé paralizada observándola. Miré como ella aceleró su paso y yo sin dudarlo me levanté del asiento— ¡Espera! —grité.

Ella no se detuvo y comenzó a caminar tan rápido como pudo. Sus pasos eran tan veloces que casi parecía que corría. Pensé en seguirla pero iba a ser una pérdida de tiempo, ella ya había desaparecido.

— ¿Quién es ella? —preguntó mi madre.

—No es nadie, ya vámonos.

Ella no habló más, ni yo tampoco. Cuando salimos, el sol estaba a tan solo unas horas de morir por completo. Ya había menos autos aparcados y por eso no nos costó salir del lugar.

Lo único que se escuchaba en el transcurso del camino era la voz del

locutor en la radio. El tipo se llamaba Lenin Stone y hacía desde que yo vivía en Jefferson que trabajaba en la radio. Siempre había sido muy conocido por todo el mundo. No por algún escándalo o por algo polémico que haya dicho en su show, sino por los temas que trataba. El hombre hablaba sobre el destino como si estuviese seguro de su existencia. Hablaba de otras vidas y de las almas gemelas como si se trataran de la realidad. Una realidad que él afirmaba y sostenía. Al final del programa siempre dejaba algún refrán para que los que lo escuchaban quedaran pensativos toda una semana hasta su próximo show. Lo bueno de aquél hombre era su fantástico sentido del humor y su frase antes de cortar la transmisión.

—*Que el destino los guie hacia su felicidad*— se escuchó decir a mi madre antes que el tipo finalizara.

Una vez que se escuchó esa misma frase en la radio, la transmisión se cortó y comenzó a sonar la música de *Coldplay*. El auto se detuvo frente a mi casa y antes de bajar me fijé por la ventanilla si Nash se encontraba en el pórtico de su hogar. Las luces estaban apagadas y la casa parecía estar vacía.

Todo era demasiado extraño, Nash siempre me visitaba por lo menos una vez al día. Tanto él como yo odiábamos estar alejados. Y tal vez exageraba o tan solo era una paranoia en mi cabeza, pero presentía que algo no estaba bien. Sentía un gusto amargo en mi boca cada vez que pensaba en él.

Suspiré decepcionada y bajé del coche. Al entrar, mi padre me recibió con un abrazo al cual respondí con pocas ganas. Subí las escaleras y me eché en mi cama. Como hacía todos los días, eché un vistazo a la pared de fotos y volví a suspirar. Mi madre me llamó para cenar a lo cual respondí con un “No tengo hambre” y continué dando vueltas en mi cama. Por alguna razón sentía que había una parte de mi vida que me faltaba comprender, algo tan confuso capaz de hacerme quedar despierta noches y noches enteras. Cuando me cansé de dar vueltas, me levanté y eché un vistazo por la ventana. Observé el jardín de Nash esperando encontrarlo allí frente a los rosales, pero nada. Sentía unas terribles ganas de ir a golpear su puerta o saltar la cerca que dividía nuestro terreno, pero me había prometido a mí misma que lo dejaría tranquilo por hoy. Al fin y al cabo, si era lo que Nash necesitaba no se lo impediría. Tal vez para él significaba también encontrarse con uno mismo. Solo me quedaba esperar e intentar que el insomnio salga de mi habitación.

Cuando el reloj dio las ocho de la mañana abrí mis ojos esperando ver a Nash frente a mí. Cuando me senté en la cama y miré hacia la puerta, esta se encontraba cerrada y la única persona dentro de la habitación era yo. De un

salto salí de la cama y me dirigí hacia la cocina donde se encontraban mis padres, y antes de que yo pudiera decir algo, ellos se adelantaron.

—Tampoco ha venido hoy—anunció mi padre dejando el periódico sobre la mesa.

Resoplé y me senté junto él para comenzar a desayunar. Tal vez estaba tan acostumbrada a ver a Nash todos los días que cuando me faltaba tan solo dos días sentía como si fuese un año. O tal vez en realidad pasaba algo malo y yo solo inventaba tontas excusas en mi cabeza para no ponerme mal. No lo sabía, lo que sí sabía era que durante todo el día de ayer y la noche solo había pensado en una cosa; Nash.

Mi madre dejó un plato de cereal y un vaso de leche frente a mí. No quería siquiera tocarlo, sentía algo en mi interior que no dejaba pasar la comida. Mi padre se percató.

—Come o te descompondrás.

—Tu padre tiene razón, no te preocupes por Nash, él seguro está bien—dijo mi madre de manera tranquila—. Además, luego irás para darle la noticia.

Miré a mi madre con el ceño fruncido.

—¿Qué noticia?

—En una semana iremos a la casa de la abuela y Nash vendrá con nosotros.

Mis ojos se inundaron de felicidad y la emoción recorrió mis venas como un tour turístico. Le di un gran bocado a mi cereal y me levanté de la mesa.

—Nos has terminado de...—mi madre intentó seguir hablándome pero yo ya había salido de la casa antes de que terminara la oración.

No me importaba estar despeinada y en pijama. Solo quería ir con Nash y contarle la noticia. Subí las pequeñas escaleras del pórtico y una vez allí, golpeé la puerta. No se escuchaba ningún sonido dentro del lugar, ni siquiera los pasos del chico acercándose. Volví a golpear por si acaso no había escuchado pero nuevamente nada se sintió. Aquél silencio me dio a entender que no había nadie dentro. Suspiré rendida y mientras bajaba las escaleras escuché el ruido del motor de un autobús acercarse. Observé como el vehículo se detuvo en la parada que estaba en la esquina y esperé impaciente a la persona que se bajaría allí. Me decepcioné al notar que aquella persona no era Nash, sino una vecina que al verme sonrió y saludó con su mano. La mujer tenía unos cuarenta y pico de años, y era enfermera en un hospital de Somerville. Vivía a dos casas de la mía y cada vez que cruzaba se ponía a conversar con mi madre. La mujer caminó hacia a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Annie, ¿Has visto a Nash estos días? —pregunté.

—Sí, lo vi en el bus ayer por la mañana al ir para el trabajo.

Quedé pensativa unos segundos ante la respuesta de la mujer.

— ¿A dónde lleva ese bus, Annie?

—Pasa por varias paradas; el centro comercial, el hospital, el parque—ella se queda pensativa un momento y luego continúa hablando—, pero no he llegado hasta la última parada. No sé lo que hay allí.

Agradecí a Annie por la información y caminamos juntas hasta volver a mi casa. Me despedí de ella y me adentré. Subí rápido las escaleras, me arreglé un poco, agarré una mochila y guardé dentro de ella; un abrigo, un poco de dinero y la cámara. Le avisé a mi madre que iría al centro comercial en el bus y salí de la casa. Conté los minutos para que el transporte llegara y cuando lo hizo, la puerta se abrió y yo subí a él. Le indiqué la última parada al conductor y le di el dólar con cincuenta que salía el viaje. Miré todos los asientos pero en ninguno estaba Nash. Me senté en uno y miré hacia la ventanilla esperando llegar al lugar; la última parada.

A medida que cruzábamos por las paradas el autobús se iba vaciando. Las últimas personas se bajaron en la parada del parque y a partir de allí la única que siguió el recorrido fui yo. El viaje duró unos quince minutos más en los que me dediqué a observar por la ventanilla. Cuando el vehículo se detuvo, me levanté de mi asiento y bajé del bus. Fue ahí cuando entendí la razón por la cual nadie viajaba hasta la última parada. No había absolutamente nada. Solo un largo camino que llevaba al interior de un bosque frondoso. Tal vez miles de hectáreas de espacio verde.

Caminé por allí lentamente haciendo que mi mente se inunde de recuerdos. Sentía que ya había estado antes en aquel lugar pero en realidad nunca lo había hecho. Al menos no en esta vida. Continué caminando hasta escuchar un sonido muy peculiar, el sonido que hace el agua al chocar contra las rocas. Corrí unos metros hasta encontrarme con un arroyo de aguas cristalinas. Quedé impactada al darme cuenta que éste era el lugar. El lugar donde había estado tanto tiempo junto a Amelie. No en esta vida, no cuando Amelie vivía. Ni siquiera sabía si es que vivía yo en ese momento. Fue cuando mi cuerpo estaba en estado vegetativo tirado sobre una cama de hospital, conectado a respiradores y sueros. Fue en el momento que estaba en coma.

Mientras mi cuerpo estaba en una habitación, mi mente estaba en este lugar junto a Amelie, quien me acompañó por mucho tiempo. Recordé al instante la gran roca que estaba frente al arroyo y observé a mis alrededores. Se

encontraba a tan solo unos metros de mí. Eso no era lo más impactante, sino la persona que estaba sobre ella.

— ¿Nash? —pregunté acercándome a él.

El chico tenía la mirada perdida en un punto fijo en el agua.

—Este es el lugar donde veía a Emily cuando me desmayaba y desde que lo descubrí, solo vengo aquí a esperarla.

Capítulo 31

Nash y yo nos quedamos lo que restaba del día sentados en aquella piedra. En silencio, sin decir una palabra. Sabía que tanto él como yo esperábamos que otras personas llegaran. De vez en cuando observábamos nuestros alrededores y nuestros ojos expresaban el deseo de que Emily y Amelie aparecieran detrás de algún árbol o arbusto.

Nos encontrábamos en una paranoia impresionante. Esperábamos que dos personas muertas aparecieran. Y tal vez era eso lo que nos arrebatava la paz que necesitábamos. Ni ellas podían ser libres de nuestro pensamiento, ni nosotros de ellas. Fue en aquél momento donde tomé su mano, lo miré fijamente a los ojos y le sonreí. Ya me había dado cuenta que ellas dos tenían un hogar, un hogar muy cerca de nuestro. Y no era un bosque, aquél lugar estaba dentro de nosotros.

—Es una pérdida de tiempo esperarlas, ellas ya están con nosotros, viven en nuestro interior.

Sabía que aquellas palabras no convencerían a Nash. Pero lo entendía, su mente estaba sellada por los recuerdos y la nostalgia. Es bueno extrañar pero no cuando sabes que aquella persona jamás volverá a tu vida.

Podía entender el dolor en el corazón del chico, comprendí que en ese día de tormenta, no murieron solo dos adultos y una pequeña niña. En aquél accidente, un adolescente también murió. Nash perdió lo que más amaba en aquél día, y con ellos, también perdió su vida. El chico no respondió, simplemente se bajó de la gran roca y comenzó a caminar por el sendero que llevaba a la carretera. Me sentí decepcionada al notar que Nash no había superado la muerte de su familia y que tal vez nunca lo hará. Yo seguí al chico por el camino y cuando llegamos a la carretera, el bus estacionó frente a nosotros. Nos subimos a él y nos ubicamos en uno de los últimos asientos. Durante el viaje ninguno de los dos emitió palabra. Nash miraba hacia la ventanilla y yo hacia un punto fijo en el espaldar del asiento de adelante. Giré mi cabeza y observé a Nash. Tenía la mirada perdida y su mente parecía estar en cualquier otro lugar menos en la realidad. En aquellos minutos de paradas y paradas yo parecía no existir para él. Por un lado yo también me sentía perdida. Estaba tan segura que algo ocurría en la vida del chico y sentía la

necesidad de ayudarlo. Sin embargo, por más solución que encontraba, todo fallaba. No estaba yendo por el camino correcto y temía llegar tarde.

Cuando el autobús llegó a nuestro vecindario la luna ya había salido. Nash fue el primero que se bajó y luego lo seguí yo. Caminamos lentamente por la acera hasta llegar a la casa del chico. Una vez allí, él se detuvo dándome la espalda. Lentamente se giró y me miró fijamente a los ojos. Tenía una mirada extraña y un color diferente. Ya no era el chico de los ojos color azul cielo. Éstos brillaban a la luz de la luna pero se habían convertido en un azul más oscuro. Quería hablar pero antes de que pudiera soltar una palabra, él me abrazó. Yo quedé asombrada por su acción repentina pero luego de unos segundos, también respondí a su abrazo. En ese momento sentí sus huesos y una respiración agitada proveniente de su cuerpo que me alertó.

Cuando nos alejamos él me sonrió. Como si de la nada su humor hubiese cambiado repentinamente. Como si todo el camino de miradas serias se hubiesen esfumado. Me cuestioné si aquella sonrisa era real o una simple actuación, y aunque no supe encontrar respuesta solo me mantuve en silencio y le devolví la sonrisa. Él sostuvo mis manos y las acarició suavemente intentando transmitir tranquilidad.

Antes de irse, me prometió que me visitaría a penas se levantara e iríamos al parque como solíamos hacerlo. Caminé hasta mi casa, subí las pequeñas escaleras del pórtico y eché un último vistazo a la casa de Nash. Las luces se apagaron al instante y el silencio reinó en el lugar. Suspiré y me adentré a mi hogar. Presentí que mi madre me estaba esperando dentro con una mirada de regaño pero no me importó.

—Sé que es muy tarde y está bien que estés enojada pero...

—Sé que fuiste a buscar a Nash—dijo interrumpiéndome.

—Necesitaba saber que estaba bien.

Mi madre me abrazó de repente. Me pregunté si hoy era el “Día de los abrazos” y no lo sabía. La miré confundida y ella sonrió.

—Lo importante es que estás aquí.

Hice una pequeña sonrisa ladeada y me alejé de ella para comenzar a subir las escaleras y dirigirme a mi habitación.

—¿Todo está bien con Nash?—preguntó mi madre.

Yo me detuve en el quinto escalón y suspiré. Miré a mi madre y respondí.

—Supongo—y continué subiendo escaleras hasta llegar a mi habitación.

Una vez allí me lancé a mi cama y me quedé unos minutos observando el techo. Había pasado tantos años viendo oscuridad que lo único que me

preocupaba era eso. Tal vez ese problema era el que no me dejaba ver a los otros.

A pesar de que había aceptado mi realidad siempre había sensaciones de tristeza, especialmente cuando recordaba que tal vez nunca iba a volver a ver. Todos estos años solo era eso; sentimientos de tristeza cuando pensaba demás y momentos de felicidad cuando estaba con Nash. Pero jamás me había sentido como en este momento; perdida. El sentir que algo estaba mal y no poder encontrar la solución. Nash podía callar pero sus ojos lo delataban. No se podía ocultar la tristeza que ellos emanaban. No sabía si se trataba por los recuerdos de su familia u otra razón. Tampoco sabía si el contenerlo estaba ayudando o había algo más dentro de él que provocaba tanta tristeza en su ser. Como por ejemplo algo que no se solucionaba con una simple contención. No lo sabía y el no saber cómo podía salvar a Nash antes de que se hiciera demasiado tarde me frustraba.

Mi mente se encontraba llena de pensamientos y preguntas sin respuestas. Pero no era solo eso, también escuchaba voces en mi cabeza que me decían que haga algo pronto o sería demasiado tarde. Intenté encontrar la paz que mi mente necesitaba observando las fotos con Nash. Tal vez la respuesta estaba más cerca de mí de lo que podía creer. Tal vez solo debía hacerlo feliz.

Nash cumplió su promesa. A la mañana siguiente sentí un almohadón ser arrojado hacia mí. Desperté sobresaltada y escuché la risa de Nash sonar en la habitación. Yo bufé y fingí enojo por un momento. Él paró de reír al notar que yo no lo hacía y se acercó a mí. Cuando lo hizo, yo tomé la almohada y se la arrojé muy fuerte. Escuché un leve chillido seguido tras un par de risas.

—Buena jugada, niñita.

—Gracias, gracias—dije con aires de grandeza.

Él se volvió a acercar a mí y besó mi mejilla.

—Vamos perezosa, nos espera un increíble día en el parque.

Y no se equivocaba.

Sin dudas, el día había sido increíble. Las miradas serias no existían, solo muchas risas y besos. Nash había preparado una canasta con sándwiches y refrescos. Mi madre le agregó frutas a la canasta y estuvimos todo el día allí. Nash se veía mucho más alegre y por un momento dudé de que se trataba de algo falso. Su sonrisa, esta vez, parecía más real que nunca.

Como el día estaba soleado, la mayoría de las personas de Somerville estaban disfrutando de bellos momentos en el parque. Muchos paseaban a sus mascotas, hacía ejercicio, caminaban con sus parejas, llevaban a sus hijos al

parque de juegos y algunos simplemente disfrutaban de la sombra de algún árbol para leer libros.

Miré a Nash, él se encontraba pensativo observando al cielo. No estaba serio, una sonrisa deslumbraba en su rostro. Eso era lo que más me sorprendió ¿Qué pasaba por su mente? No lo sabía, pero no podía negar que me gustaba observarlo. Me gustaba ver su sonrisa y aquellos hoyuelos en sus mejillas. Fijé mis ojos en los suyos y sonreí. Sus ojos combinaban a la perfección con el cielo y también transmitían la misma paz.

¿Qué había ocurrido con el Nash del día anterior? Sabía que las personas no cambian de la noche a la mañana, pero sí podía ser el inicio de un cambio. Tal vez Nash se había propuesto encontrar la tranquilidad en el presente. Tal vez Nash entró en la etapa final de la “Superación”. Todo el mundo pasamos por las cinco etapas, ya sea por una muerte de algún ser querido o ruptura amorosa. Cuando perdí a Amelie sin dudas fue cuando comprendí que no se brilla sin oscuridad.

Las cinco etapas son: la *negación*, donde rechazamos a nuestros sentimientos como mecanismo de defensa. *Ira*; donde asignamos a culpables, que podemos ser nosotros mismos o cualquier otra persona. *Regateo*; donde estamos dispuestos a hacer todo solo con el objetivo de no aceptar la pérdida. Una de las más horribles, la *depresión*; finalmente somos conscientes de la pérdida y aceptamos nuestros sentimientos. Y por último, la *aceptación*; no es la felicidad en su máxima expresión pero el dolor ya no existe y la lucha llega a su fin. Luego de las cinco etapas eres completamente libre para continuar avanzando hacia la felicidad.

El tiempo que lleva terminar con la superación es indefinido, existen personas que tardan meses, otras hasta años, pero también existen algunas que simplemente jamás terminan aquella etapa y nunca logran volver a alcanzar la felicidad. Nash era una persona fuerte, tal vez la más fuerte que conocí en mi vida y por eso no me sorprendía que finalmente termine con la superación.

— ¿Mila? —escuché la voz de Nash y escapé de mis pensamientos un momento.

—Sí, perdón—dije y él soltó una risa— ¿Qué has dicho?

—Si estabas emocionada por el viaje a la casa de tu abuela.

— ¿Mi madre te ha dicho? —pregunté y el asintió con su cabeza—. Claro que lo estoy.

—Esta es tu oportunidad, no la desperdicies—dijo Nash y tomó mis manos mientras las acariciaba— ¿Puedes prometerme algo?

—Claro, lo que sea.

—No importa que ocurra en el futuro, esta es tu oportunidad, no dejes que nada te derribe.

Sentí una presión en mi pecho al escuchar sus palabras. Su mirada era tan seria que por un momento parecía que Nash sabía que algo malo estaba por ocurrir y estaba preparándome para eso.

—¿Por qué dices eso? —pregunté confundida.

—Tú más que nadie sabe que la vida es un sinfín de vueltas y a veces pega donde más duele. Solo no quiero que algo te derrumbes, eres fuerte y lo serás para todo lo que se interponga en el camino. Que nada te quite esa felicidad.

—Sé que nada me va a derribar, y si lo hace, tengo a un chico especial que me ayudará a levantarme.

Ambos sonreímos. Pero nuestras sonrisas no eran iguales. La mía era real, la de él solo parecía una mueca forzada.

Capítulo 32

La espera estaba a tan solo dos días de terminar. Pasaban las horas y la emoción desbordaba por mis ojos cada vez más. Mi sonrisa se había instalado en mi rostro como para no irse jamás. Pero eso no era solo gracias a la visita a mi abuela, sino que también la vida parecía haberse aliado con nosotros una vez más. Como sabía que la tormenta podía llegar muy pronto intentaba disfrutar lo más posible de aquel momento de serenidad. Nuevamente me sentía invencible. Sabía que de la mano de Nash, ni el más grande de los huracanes podía derribarme.

Durante los días que pasaron todo había sido normal, Nash no volvió a mostrarse extraño y siempre relucía una hermosa sonrisa cada vez que estaba conmigo. Aun así, todavía había cosas que no me cerraban, que por más que recorriera cada rincón de mi mente no podía encontrarles alguna respuesta lógica.

Como no quería darle más vueltas al asunto me conformé con la idea de un nuevo cambio en la vida de Nash, pero un buen cambio.

Apreté el botón de la cámara instantánea y la pequeña fotografía salió disparada. Se la mostré a Nash y él simplemente sonrió.

—Te ves bien—comenté y le di un beso en su mejilla como un gesto cariñoso.

Agarré un trozo de cinta adhesiva y la coloqué detrás de la foto. La pegué en la pared de fotografías y sonreí admirándola. Una más para la colección. Cada vez que las veía a todas me imaginaba en un futuro enseñándoselas a mis hijos, contándoles nuestras aventuras y desafíos que nos puso la vida en el camino. Cómo después de todo, la vida nos regaló una segunda oportunidad.

Me volteé a ver a Nash, él me observaba desde la cama con una sonrisa. Lo miré fijamente y sentí a mi corazón dar un vuelco. Juraba que no podía mirar a nadie más de esa forma. Nuestros ojos establecían una conexión que hacía que el espacio entre nosotros no existiera. No podía amar a otra persona como lo amaba a él y jamás lo haría.

Nash y yo caminamos hacia el centro comercial. Pasamos el día el sector de comidas, devorando enormes hamburguesas y conversando sobre todo lo que haríamos cuando llegáramos a la pequeña Niven, la municipalidad donde

vive mi abuela. Habíamos pensado en una visita al parque junto a mis primos Erick y Nathan. Luego ir a comer la barbacoa de mi tío, los postres de mi abuela y como para pasar el rato, recorrer Niven. Como siempre se deja lo mejor para el final, pensamos que el jardín de rosas sea la última visita del día.

Nash dio un mordisco a su hamburguesa y rápidamente se levantó del lugar. Yo lo miré extrañada y ante mi reacción él respondió que debía ir al baño con urgencia. Ofrecí acompañarlo pero él se negó. El baño de hombres no quedaba tan lejos, se podía ver la puerta desde el lugar donde estábamos. Sin decir otra palabra, Nash comenzó a caminar rápidamente alejándose de mí.

Yo quedé sola durante un largo tiempo. Mientras esperaba observaba a las personas de otra mesa. A unos metros de mí había una pareja de ancianos frente a mí. Ambos reían, conversaban y comían. Podían tener muchos años, pero el amor que se tenían parecía magia. Se miraban y sus ojos formaban una conexión que muy pocos llegan a tener. El amor que se tenían era como uno que recién comenzó; tan puro, tan brillante, tan real.

La mujer se percató de mi mirada y sonrió. El hombre también me miró e hizo una seña para que me acercara. Mis mejillas se sonrojaron mostrándome apenada. Tímidamente me paré y caminé hacia ellos.

—Niña, ¿Tú estabas con chico de cabello negro? —preguntó la mujer sin quitar su sonrisa.

Asentí.

—Con mi esposo los miramos y nos hicieron acordar mucho a cuando éramos jóvenes.

La mujer tomó dulcemente la mano del hombre y este le sonrió.

—¿Quieres sentarte? —preguntó el anciano.

—No quiero molestar, la verdad—comenté.

Ellos volvieron a insistir y debí aceptar.

—Llevamos casi toda una vida juntos y hasta hoy en día no puedo imaginármela de otra manera—dice la mujer.

—¿Cómo se conocieron? —me atreví a preguntar.

El hombre sonrió risueño y se destinó a hablar.

—Nos conocimos en el instituto por allá en los sesenta, ella se mudó a la ciudad y fue transferida a mi clase. Yo siempre fui el típico niño que no puede hablar sin siquiera ponerse rojo. Ella era todo lo contrario; era libre, rebelde y única. No había chicas como ella en el lugar—explicó con voz calmada—. Jamás pensé que podríamos llegar a ser algo, ¡Y míranos! —exclamó—. Casi

sesenta años juntos.

—Eso es increíble—comenté esbozando una pequeña sonrisa.

—Así es.

—Nunca dejen de luchar por ustedes. El amor rompe barreras y todo lo puede—se escuchó la voz de la anciana a mi lado—. No desaprovechen las oportunidades para estar juntos, el tiempo pasa increíblemente rápido.

Crucé mis dedos por debajo de la mesa, deseé profundamente llegar a tener esa edad y poder decir aquellas palabras con Nash a mi lado. No había nadie más con quien quería compartir mi vida.

Agradecí a los ancianos por la invitación y tras eso me volví a mi mesa. Miré mi reloj de mano y ya habían pasado más de veinte minutos y Nash no aparecía. Antes de poder levantarme sentí unas frías manos posarse en mis ojos dejándome en un vacío de plena oscuridad. Sonreí pensando en Nash pero me llevé una gran sorpresa cuando la persona comenzó a hablar.

—¿Me extrañaste? —preguntó con un aire de superioridad.

Rápidamente quité sus manos y me levanté del lugar.

—¿Qué quieres, Shane? —pregunté con la poca paciencia que me quedaba.

—A ti te quiero—sentí un nudo formarse en mi garganta impidiendo que las palabras salgan de mi boca y no logré contestar—. No soy la misma persona de hace años, Mila. Tal vez no me perdones jamás y me lo merezco, pero te necesito en mi vida.

Suspiré intentando calmarme. Observé la puerta del baño y Nash todavía no salía de allí. Volví a mirar a Shane fijamente a los ojos y con todo lo que había aprendido estos años respondí.

—Yo ya no te necesito, ya encontré a la persona que logró salvarme y ese no fuiste tú.

Los ojos de Shane parecieron inundarse de tristeza. Por una vez en la vida sentí que lo que decía era real. Tal vez el pasado quería que yo vuelva a él. No sabía que situaciones hicieron que Shane cambie su manera de pensar, ni siquiera que es lo que lo hizo arrepentirse, pero si sabía que ocurriría.

Los que lastiman a personas con corazones nobles jamás vivirán tranquilos. Todo podrá ser una victoria en un principio pero luego comienza el momento en el que el vacío se hace presente. En ese momento se dan cuenta de que tenían todo y lo perdieron. Las personas que aman con fuerza, con todo su ser, son las que sufrirán pero al final serán las victoriosas, las que lograrán su máxima felicidad. A veces pienso que la peor tortura no es que te lastimen,

sino lastimar a una persona que te dedicó tiempo y la mejor de sus sonrisas. Si te lastiman, sanarás. Si lastimas, perderás.

—Perdóname...—murmuró cabizbajo.

Yo sonreí.

—Te perdono, pero ya no eres parte de mi vida—respondí mostrándome fuerte—. No eres más que un capítulo cerrado y ya he abierto uno nuevo. Adiós Shane.

Shane intentó hablar pero las palabras no podían salir de su boca. Sus ojos se cristalizaron repentinamente y allí me di cuenta que tristemente la vida le devolvió el daño que él había hecho. Sin más que decir, me alejé de él y comencé a caminar hacia el baño. Nash salió al instante limpiándose el rostro con las mangas de su suéter.

—¿Estás bien? Tardaste mucho—dije preocupada.

Él sonrió.

—Nada de qué preocuparse, creo que la hamburguesa me ha caído mal.

Enarqué las cejas.

—Pero no has comido mucho.

Él se encogió de hombros y rápidamente cambió de tema.

—Tenía pensado ir a comprar un libro, ¿Quieres acompañarme? —preguntó sonriendo.

Sin dudarlo acepté y comenzamos a caminar hacia la librería del centro comercial que quedaba al otro lado del lugar. Mientras caminábamos, Nash iba distraído observando las tiendas que cruzábamos y yo iba distraída observándolo a él. Tenía una sonrisa en su rostro que deslumbraba entre la multitud. Tres días antes esa sonrisa no estaba ni cerca de ser real.

Todo era muy extraño pero aun así me alegraba que en vez de lágrimas sean sonrisas. Los cambios ya en sí son raros y algunos son simplemente imposibles de deducir.

No faltaba mucho para llegar a la librería cuando sentí una mirada fija en mí. Cruzamos el bar de smoothies cuando la chica que atendía allí fijó sus ojos en los míos. Me detuve y Nash me miró extraño.

—¿Conoces a la chica de los smoothies? —pregunté en voz baja.

Él observó disimuladamente en dirección a ella. Nash no respondió sino después de unos segundos.

—No sé quién es—dijo con seriedad.

Me extrañó un poco la manera en la que Nash se expresó pero a los pocos minutos de llegar a la librería su sonrisa regresó y yo me olvidé de eso por un

rato. Mientras Nash buscaba su libro, yo revisaba la sección de historias románticas. Estuve unos cuantos minutos leyendo descripciones de libros que llamaron mi atención hasta que Nash tocó mi hombro desconcentrándome.

— ¿Lo has encontrado?

Él me mostró una bolsa amarilla que llevaba en sus manos y sonrió.

— ¿Qué libro es? —pregunté curiosa.

—No puedo decirte—respondió.

— ¿Por qué no?

—Es especial y todo lo especial se merece su momento en secreto para luego poder sorprender a todos.

No cuestioné sus palabras pero sí quedé pensativa un rato. Nash había dejado de tener misterios para pasar a convertirse en uno. De un momento a otro comencé a desconocerlo, sabía más cosas sobre el universo que de él y eso me preocupaba. Sin embargo, para evitar apagar aquella sonrisa que tanto amaba decidí no discutir sobre el tema. Tenía la esperanza de que los misterios se fueran con el tiempo.

Capítulo 33

—Vamos, enséñame el libro— insistí sonriendo.

Yo lo llevaba de mi mano mientras caminaba hacia atrás por el centro comercial. Nash reía y se burlaba de mí enseñándome la bolsa.

—Sueñas, niña.

Yo bufé y al darme vuelta para caminar normal me encontré con otra persona y ambas caímos al suelo. Aquella persona venía distraída con su celular, el cual al impactar, también cayó. Nash ayudó a levantarme y limpió mis vaqueros mientras yo me recuperaba de la caída. Miré a la otra persona que acababa de levantarse del suelo y no solo yo la miré asombrada, los ojos de Nash se abrieron como platos. La persona frente a nosotros agarró su celular observando su pantalla rota y al instante fijó sus ojos en los míos. Su mirada se encontraba inundada en odio.

—Disculpa Lucy, no fue mi intención—dije.

—No me sorprende de ti, siempre rompiendo cosas— dijo con una mirada de desprecio.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—Pregúntale a Nash.

La chica limpió sus vaqueros, se dio la vuelta y se alejó de nosotros hasta desaparecer. Lo que no había desaparecido era mi confusión. Nash se había quedado helado observando a la chica.

—¿No era que no la conocías? —pregunté cruzándome de brazos.

Nash pareció sentirse entre la espada y la pared por un momento. Y tras no encontrar salida alguna decidió confesar la verdad. Él suspiró y me miró fijamente a los ojos.

—No era cierto, Mila—confesó—. Conozco a Lucy, era mi compañera de instituto.

—¿Pero por qué me odia? —pregunté sin entender.

—No te odia.

—Sus ojos no dicen lo mismo.

Él suspiró.

—Solo creyó que yo era su destino—comentó—. Todavía no lo entiendo, ella había dicho que todo estaba bien y no había rencores.

Las cosas se habían ordenado un poco mejor en mi cabeza. Comprendía el resentimiento que tenía Lucy. Enamorarse no era algo sencillo, mucho menos si te enamoras de alguien que no es para ti. No se supera una persona de la noche a la mañana y el solo hecho de decirlo, no cambia en nada. Lucy tal vez jamás había dejado de querer a Nash.

Sabía sobre eso, Shane me enseñó mucho. El amor no es hacer dos más dos, ni siquiera es tan fácil como la tabla del uno. El amor te envuelve en un mundo diferente. El amor te cambia, dejas de ser invierno para convertirte en verano. Es la única fuerza que hace sentirte débil y perdido, a veces hasta sin razón. Sentir el amor puede ser lo más hermoso y horrible a la vez.

Habrán momentos en los que no encontrarás el camino correcto, creerás que la primera persona que te cruces será el amor de tu vida y terminará siendo solo un simple capítulo más. Pero vale la pena pasar por todo eso.

— ¿Por qué mentiste?

—Prefiero no meter problemas entre nosotros.

—No es un problema, el mentir si lo es—respondí con enojo— ¿Hay algo más que me estés ocultando?

—No cuando se trata de proteger el corazón de otro—se excusó y rápidamente él corrió su mirada—. Yo no te oculto nada, Mila. Lo que dije fue para mantener este momento, ambos sabemos que lo bueno dura muy poco.

Él agachó su cabeza ocultando algo en sus ojos y tomó mi mano. Comenzó a caminar hacia la salida del centro comercial. Yo solo lo seguía sin decir palabra alguna. Lo miraba de reojo, intentando descifrar lo que solo sus ojos me podía decir pero su cabello no me dejaba ver. Esperaba impaciente que alguna palabra salga de su boca pero solo se escuchaban las voces de otras personas. El ambiente se tornó tenso. Habían pasado tan solo minutos y ya extrañaba la sonrisa de Nash. Me había acostumbrado a verla seguido en los últimos días.

El chico nuevamente se perdió en sus pensamientos. A pesar de que me molestó su mentira entendía el “porqué” lo hacía, yo tampoco hubiese querido arruinar uno de los pocos momentos en el que somos felices. No iba a dejar que el silencio siga reinando entre nosotros y junté las fuerzas necesarias para guardar mi orgullo y seguir hablando. Sin embargo, Nash hizo algo que me sorprendió. Él se adelantó a hablar.

— ¿Ya estás lista para el viaje? —preguntó casi murmurando.

Lo miré y esboqué una pequeña sonrisa torcida.

—Como nunca antes, siento muchas ansias por verlos.

Nash me miró fijamente y me sonrió. Pude notar el brillo en los ojos del chico y sentí tranquilidad al ver que lo había recuperado

—Vamos, extiende más esa sonrisa. No puedo evitar sentir magia cuando la veo.

— ¿Magia? —pregunté enarcando una ceja.

—Claro, tu sonrisa es mágica. Es capaz de salvarme aunque mi mundo se esté cayendo a pedazos.

Mis mejillas enrojecieron e intenté ocultarme con mi cabello, pero a Nash nada se le escapaba. Una pequeña risita salió de sus labios al ver mi rostro.

La noche ya avanzaba sobre nosotros y todavía nos faltaban un par de calles. La iluminación no era muy buena en Somerville, especialmente en nuestro vecindario, pero no sentía miedo. Nash tomó mi mano y continuamos el camino

¿Qué miedo podía sentir? De su mano podía caminar y ni la cosa más horrible podía aterrorizarme. Él era mi fuerza pero temía que llegara el día en el que se convierta en mi debilidad.

Nash me acompañó hasta el pórtico de mi hogar y se despidió solo con un beso y una pequeña sonrisa.

—Nos vemos mañana ¿Cierto? —pregunté una vez que él subió al pórtico de su hogar.

Él agachó su cabeza quedando pensativo unos segundos y luego me volvió a mirar.

—Claro—contentó.

Sonreí esperando una de vuelta pero él no realizó siquiera una mueca, solo se adentró a su hogar. Observé unos minutos su casa. Como la noche anterior, las luces se volvieron a apagar a penas se adentró.

Al entrar a mi hogar, sentí un rico aroma a espagueti que provenía de la cocina. Mi madre estaba preparando la cena mientras mi padre trabajaba con su notebook. Ambos sonrieron al verme.

— ¿Cómo estuvo tu día hoy, cariño? —preguntó mi madre.

Me senté en una de las sillas de alrededor de la mesa y recosté mi cabeza sobre mis brazos mostrándome cansada.

—Raramente bien—respondí.

— ¿Por qué no le avisas eso a tu rostro, cariño? —dijo mi padre con un tono burlesco.

Mi madre dejó el plato sobre la mesa y me observó con los brazos en su cintura.

—Tu padre tiene razón, pareces exhausta.

«Tal vez porque lo estoy» pensé de manera obvia.

Los pensamientos parecían no descansar jamás. Las respuestas son el camino a la paz interior y cada vez eran más los pensamientos que las respuestas que podía obtener. Mi cabeza se llenaba de dudas que al final del día me dejaban exhausta y Nash no ayudaba a la situación. Él tenía gestos, acciones, palabras que me hacían dudar de su felicidad. A veces hasta incluso pensaba que todo era una farsa y algo más oscuro se ocultaba detrás de aquella sonrisa. Algo que solo él lo sabía.

Aquella noche terminé de comer mi plato de espagueti y subí a mi habitación. Dentro, simplemente me coloqué el pijama, me lancé a la cama y quedé observando el techo por un rato. No sabía si habían pasado minutos u horas pero mis pensamientos me consumieron. Como todas las noches, eché un último vistazo a la pared de fotografías y cerré mis ojos intentando que el sueño me lleve. Sin embargo, el esfuerzo no valió de nada. Escuché unos pasos provenientes de afuera que lograron abrir mis ojos. Miré el reloj que estaba sobre el escritorio y me sorprendí al ver que ya eran más de las tres de la madrugada ¿Qué podía hacer una persona a esa hora un día de semana?

Me levanté con curiosidad y me acerqué a observar por la ventana que daba directo a la calle. Limpié el cristal empañado para ver mejor y sentí temor al ver a una persona encapuchada caminando por la acera. Esta se giró para asegurarse que nadie lo estaba observando y fijó sus ojos en mi hogar. Rápidamente me escondí detrás de las cortinas con mi corazón latiendo a mil por segundo. Aun así logré identificar a la persona y no podía creer lo que había visto. Nuevamente sentía que todo mi mundo se hallaba desordenado.

« ¿Qué hace Nash a las tres de la madrugada? » pensé.

Capítulo 34

Escuché una voz dentro de mí que me decía que debía seguirlo. No quería perderlo de vista y tampoco quería que mis padres se dieran cuenta que había salido de mi hogar a altas horas de la noche. La desesperación me llevó a una sola salida: la ventana.

Intentando evitar su rechinado comencé a abrirla muy lentamente. Logré cruzarla sin dificultad y llegar al pequeño techo del pórtico. Por suerte no era muy alto y pude caer en el césped sin ningún rasguño. El chico se volteó al escuchar el ruido del salto pero logré ocultarme tras un arbusto. Observó a sus alrededores y al no poder ver nada siguió su camino. La noche se había vuelto aterradora y ahora no tenía a Nash junto a mí. Le había dejado unos cuantos metros de distancia para que no escuchara mis pasos, de vez en cuando se volteaba y yo me escondía detrás de árboles, arbustos o contenedores de basura. Ya habíamos caminado bastantes calles y él no se detenía. Mis pies pedían a gritos un breve descanso, sin embargo mi curiosidad era mayor y no podía detenerme.

Tras unos minutos el chico se detuvo. Se paró frente a una gran puerta y la observó unos segundos. Tal vez estaba juntando la valentía que se necesitaba para entrar al lugar. Aquella valentía que yo también necesitaba y no encontraba por ninguna parte de mi ser. Yo lo observaba detrás de un contenedor de basura y no podía creer lo que hacía. El chico logró cruzar entre los barrotes de la puerta y adentrarse al sombrío lugar. Su extrema delgadez se lo permitía.

Caminé lentamente hacia el lugar y sentí mi estómago contraerse. Cuando llegué todo mi cuerpo se erizó. El cementerio de Somerville podía ser pura paz durante el día pero durante la noche era la peor de las pesadillas. No solo por lo sombrío y oscuro que lucía el lugar cuando el sol moría, sino por las miles de leyendas urbanas que cuentan las calles de la ciudad. Nash desapareció entre las tumbas. Intenté cruzar por entre medio de los barrotes pero se me hizo imposible. Mi cuerpo no era como el del chico.

No quería que Nash se alejara de mí y la desesperación me hizo tomar la primera opción que encontré. El contenedor de basura se encontraba pegado al muro que daba al cementerio. Me subí a él y logré treparlo.

Mi cuerpo temblaba como nunca antes pero aun así logré juntar las fuerzas necesarias. Nash lo valía. Como el suelo no era césped, solo concreto, el aterrizaje fue pésimo. Uno de mis pies se dobló y chillé del dolor cuando ya estaba en el suelo. Eso tampoco me detuvo, yo continué caminando. A duras penas podía moverme un poco más rápido que un caracol pero de igual manera ni eso podía contra mí. Decidí guardar muy en el fondo el miedo y buscar a Nash. Fue así como pasé gran tiempo caminando entre tumbas. Sola, entre la neblina, como un fantasma más.

Crucé por las tumbas de la familia de Nash y al parecer había llegado tarde. Él había dejado un pequeño papel blanco sobre la lápida de Emily pero no me atreví a agarrarlo y continué caminando.

Había dado tantas vueltas que ya no sabía a donde más ir. Me apoyé en un gran pabellón y suspiré exhausta ¿Dónde podía estar?

Fue en aquél momento donde la respuesta cruzó por mi cabeza como una estrella fugaz.

« Amelie» *pensé.*

No esperé un segundo más y comencé a correr. Sabía de memoria el camino a la tumba de Amelie y por esa razón no me costó llegar allí. Me detuve detrás de una lápida y sonreí al ver que el chico se encontraba ahí. Él estaba arrodillado frente a ella como pidiéndole algo. El silencio se hizo presente durante unos minutos hasta que Nash habló.

—Cuidala, no sé qué será de mí—se escuchó decir.

Mi corazón se detuvo por un momento y mi respiración se hizo cada vez más pesada. Mis ojos se cristalizaron y sentí unas inmensas ganas de llorar y gritar ¿Lo estaba perdiendo? ¿Estaba perdiendo a la persona que me había salvado? Un debate interno se abrió en mi cabeza pero no duró demasiado, no soporté la cantidad de dudas que tenía en mi mente y me hice presente ante él.

— ¿Qué estás diciendo, Nash? —dije con lágrimas en mis ojos y la voz entrecortada.

El mundo se me venía abajo y no había quien logre sostenerlo.

Él me miró impactado y se levantó de inmediato. Se acercó a mí y me abrazó tan fuerte le dieran los brazos. Al alejarse me miró, miró como las lágrimas no dejaban de recorrer mis mejillas, como mi pecho subía y bajaba, y mis piernas temblaban descontroladamente.

—No llores—él secó con su mano las lágrima e intentó calmarme acariciando mis brazos— ¿Qué haces aquí?

—Necesito una explicación, ¿Por qué has dicho eso?

—Mila, cálmate, solo vine a pedir—explicó—. El destino es incierto y si algún día no estoy contigo quiero que todos te cuiden.

— ¿Pero por qué no me lo dijiste? ¿Por qué estás solo en este lugar y a esta hora?

—Solo quería mi momento de paz, este lugar me la dio desde que era pequeño.

Logré calmarme un poco y vocalizar mejor mis palabras.

— ¿Entonces no vas a dejarme? —pregunté confundida.

—Hasta que el destino me lo permita estaré contigo.

Él volvió a abrazarme y nuevamente me sentí protegida. El lugar ya no era tan aterrador en sus brazos.

Ambos decidimos que ya era tiempo de irnos. A duras penas Nash me llevó en su espalda hasta mi hogar ya que yo no podía caminar muy bien por el golpe. Podía notar que su cuerpo le dolía, los chillidos fueron frecuentes durante el camino, aunque él lo intentó disimular bastante.

Al llegar nos dimos cuenta que no podía volver a pasar por la ventana del segundo piso y Nash decidió llevarme a su hogar para dormir. Seguro alguna excusa se me ocurriría luego.

No dormí en la habitación, las escaleras me lo impidieron. Nash acomodó el sofá como si fuese una cama. Me trajo almohadas y cobijas. Él se quedó junto a mí para asegurarse que me durmiera. Acariciaba mi cabello dulcemente haciendo que el sueño no tardase en llegar. Bostecé un par de veces hasta que finalmente cerré mis ojos.

—Que descanses, te quiero.

Aquello fue lo último que escuché de Nash.

Cuando abrí mis ojos ya había amanecido. Por un momento pensé que todo el recorrido por el cementerio había sido tan solo una pesadilla. Sin embargo, cuando noté que estaba acostada sobre el sillón de Nash, me di cuenta que todo era real.

La luz del sol traspasaba el cristal y rozaba mi rostro. El reloj colgado en la pared recién marcaba las ocho de la mañana. Al levantarme miré hacia mis alrededores en busca del chico, pero él no estaba allí. El lugar estaba tan silencioso que solo se podía escuchar a mi corazón latir. Cuando intenté tocar el suelo con mis pies chillé del dolor, había olvidado por completo la caída de la noche anterior. Me volví a sentar sobre el sillón esperando a que Nash apareciera. En ese momento unos pasos se escucharon detrás de mí y finalmente el chico apareció.

—Buen día—me miró con una sonrisa y se sentó junto a mí—. Pensé que todavía estabas durmiendo.

Nash traía en sus manos unas vendas y un pequeño pote de crema. Acomodó mi pie sobre sus rodillas y comenzó a verter la crema sobre él. Lentamente empezó a masajear el pie dolorido dándole a éste una sensación de frescura. Luego colocó la venda alrededor de él y lo dejó reposar sobre la mesita ratonera.

—Gracias—dije sonriendo—. La próxima intenta avisarme que irás a una expedición nocturna por el cementerio.

Los labios de Nash liberaron una pequeña risa.

—Todavía no puedo entender cómo te has caído.

—Solo tu cuerpo es capaz de pasar entre los barrotes, Nash—mi rostro se volvió completamente serio— ¿Estás tomando tus medicinas?

Él asintió con su cabeza.

—He subido de peso aunque no lo parezca.

—No lo parece.

Él se encogió de hombros restándole importancia a la conversación y rápidamente cambió de tema.

—Mañana es el día, es mejor que vayas a empacar.

No respondí. Odiaba ver como Nash evadía el tema de su salud ¿A caso él era el único que no se daba cuenta de lo preocupante que parecía?

Solo me destiné a levantarme como podía, haciendo fuerza solo con mis brazos. Nash me sostuvo de un brazo y yo comencé a saltar con un solo pie. En unos minutos llegamos al pórtico de mi hogar donde me despedí de Nash con un dulce beso en los labios. Ninguna palabra salió de su boca, solo se retiró.

Giré la perilla y la puerta se abrió, dándome la señal de que mis padres ya estaban despiertos. Lentamente la cerré y comencé a caminar hacia las escaleras. Suspiré al ver los escalones, sabía que con un solo pie tardaría minutos y minutos en subir y tal vez, me terminaría cayendo. Aun así se me habían acabado las opciones y no me quedaba otra más que subir.

Llegué al piso de arriba tras unos diez minutos de saltos y saltos. Ya podía sentirme triunfadora, me faltaban tan solo tres saltos más y llegaba a mi habitación. Sin embargo, el triunfo y yo jamás fuimos de la mano, y esta no iba a ser la excepción. La puerta del baño se abrió dejándome ver a mi madre.

—Mila, ¿Qué te ocurrió? —preguntó preocupada al ver mi pie vendado.

Agradecí en mi interior por la velocidad en que las ideas llegaban a mi

cabeza aquella mañana y respondí.

—Tropecé en las escaleras pero no fue nada—mentí.

—Está bien—ella me miró titubeante por un momento pero luego me sonrió—. Es hora de que comiences a empacar.

Asentí y me adentré a mi habitación muy rápidamente. Me apoyé contra la puerta y suspiré aliviada.

Durante el día desobedecí las órdenes de Nash y mi madre. Pasé las horas acostada en mi cama mirando un punto fijo en el techo. Nuevamente me había perdido en un mar de dudas. Nash podía darme las explicaciones que quería pero mi mente no aceptaba siquiera una. Todo me parecía muy poco creíble. Nash decía algo y siempre había otra acción suya que lo contradecía.

Sabía que estaba mal desconfiar de él, pero la duda era inevitable. Sin embargo, una vez más decidí auto engañarme. Me convencí a mi misma que se trataba solo de un juego de mi mente.

Capítulo 35

« No intentes cambiar el destino. Él es muy sabio y conoce la razón por la cual las cosas suceden de ese modo. Tan solo mira al cielo, busca entre las nubes, todo está escrito allí. No lo pienses, tan solo acéptalo» dijo una voz antes de que el sueño se acabara.

Abrí mis ojos y observé a mis alrededores. Todo lo que podía ver por la ventanilla era solo un inmenso cielo gris y una gran carretera hacia diversos destinos. Habían pasado cuatro horas desde que emprendimos camino a la pequeña Niven. Cuatro horas de sueños. Y tal vez la palabra “Sueños” no era la adecuada ya que solo eran imágenes y voces en mi cabeza. Aparecían las figuras de Amelie y Nash, pero no podía identificar de quien era la dulce voz que sonaba dentro de mi mente.

Nash dormía pacíficamente a mi lado con sus auriculares puestos. Lo observé durante un rato largo, admiraba como de momento alguna que otra sonrisa se asomaba en sus labios. Parecía ocultar mil demonios dentro, pero aun así sonreía como un ángel. Él me trasmitía toda la tranquilidad que mi alma necesitaba.

Todavía faltaban unas cuantas horas más para llegar a Niven y yo necesitaba ir al baño.

—Papá, ¿Podemos parar en alguna estación? —pregunté.

—Claro, tu madre también quiere comprar algo para el camino así que nos detendremos en unos minutos—respondió.

Cuando el coche se detuvo en la estación de servicio, le pregunté a Nash si quería ir al baño pero no hubo respuesta de su parte. Solo se dio vuelta dándome la espalda y continuó durmiendo. Decidí no molestarlo y bajé con mi madre mientras mi padre cargaba gasolina.

— ¿Sabes dónde está el baño?—le pregunté a mi madre mientras ella observaba la estantería de chocolates.

—No, pregúntaselo a la chica de la caja registradora.

Asentí y me dirigí hacia el mostrador. La chica que estaba detrás de él tenía algunos tatuajes en sus brazos, cabello negro como el de Nash y ojos verdes. Parecía una adolescente normal de tal vez dieciocho o diecinueve años. Su móvil la mantenía distraída y no notó mi presencia sino después de unos

minutos. Yo la observé mientras llevaba la mirada baja y de repente una pequeña lágrima recorrió su mejilla. Ella solo miraba paralizada el celular, no movía siquiera un dedo. Carraspeé intentando llamar su atención y ella al escuchar levantó su cabeza y me miró. Sus ojos estaban cristalizados y se notaba que la tristeza desbordaba en ellos. Rápidamente intentó ocultarlo.

Como si se tratara de algo sencillo. No existía cosa más difícil que ocultar la tristeza. La sonrisa forzada, las mejillas rojas, los ojos cristalizados, la mirada baja, la voz quebrada, todo te delataba.

— ¿Qué ocurre? —me atreví a preguntar.

Ella suspiró.

—Cosas de adolescentes, supongo—respondió en un hilo de voz—. Ya debes saberlo.

—No mucho—hice una sonrisa torcida y la chica me miró desentendida—. Estuve ciega unos años y hace dos semanas volví a ser como una adolescente.

La chica me miró sorprendida y secó su rostro con las mangas de su suéter.

—Y yo sufriendo por amoríos—de sus labios se escapó una pequeña sonrisa—. Mi nombre es Diana.

Me extendió su mano y la tomé con una sonrisa.

—Mucho gusto, me llamo Mila.

Fue en ese momento donde Diana me miró como si hubiese visto al mismísimo diablo. Sus ojos se abrieron como platos, su piel palideció y su respiración se aceleró en menos de un segundo. Por un momento pensé que iba a desmayarse pero solo se tambaleó hacia atrás y se sostuvo del mostrador.

— ¿Estás bien? —pregunté enarcando una ceja.

Ella no respondió. Me analizó con la mirada de arriba a abajo como si un espectro se hubiese presentado ante ella.

—No puedes ser tú.

— ¿De qué hablas? —pregunté desentendida.

— ¿Cómo pude no darme cuenta? —escuché que murmuró para sí misma.

Poco a poco su piel comenzó a tornarse de su color normal, su corazón se desaceleró y el temblor de sus manos cesó. Ya se mostraba mucho más tranquila pero aun así su rostro lucía sorprendido.

— ¿Cuenta de qué?

Posiblemente una de las situaciones más incómodas de mi vida. La sonrisa de Diana se extendió de una manera extraordinaria y yo no sabía el motivo. Rodeó el mostrador y en un abrir y cerrar de ojos, estaba abrazándome. Pasó de un estado de depresión a uno de felicidad en menos de cinco minutos. Y no

obviemos al estado de pánico en el minuto tres.

—Soy Diana, de Jefferson—me dijo una vez que se alejó de mí.

No podía creer lo que escuchaba. Parecía que a la vida se le ocurrió la gran idea de reencontrarme con las personas de mi pasado. Allí estaba la pequeña Diana, con una estatura de menos del metro sesenta, una contextura delgada y su tez blanca cual papel. Una más del círculo de amigos que tenía en Jefferson. La más pequeña del grupo y la amante de los videojuegos. Era ella pero con cabello negro.

—No te reconocí.

—Decidí dejar el pelirrojo cuando me mudé.

—¿Dónde te mudaste? —pregunté sorprendida.

—En una pequeña municipalidad a unos cinco kilómetros de aquí—respondió—. Mis padres se separaron y yo vine a vivir con mi madre.

Diana había sido otra de las personas que me culpó por la muerte de Amelie. Sin embargo, no sentí nada al verla. Podía comprobar que finalmente había sanado. La bronca que sentía por dentro fue desapareciendo.

Me sorprendía encontrarme a Diana, pero no me dolía. Al igual que Shane, ella había pasado a ser parte de un capítulo cerrado.

—Qué coincidencia verte.

Ella sonrió.

—Lo mismo digo, me alegra mucho que hayas recuperado tu visión.

—Me alegra que tu madre finalmente esté bien.

Los padres de Diana siempre se llevaron como perro y gato. Mis padres me comentaron que ellos pensaron que una hija repararía su relación, pero la llegada de Diana no cambió nada. Al contrario, la situación empeoraba y la relación se desgastaba. Diana siempre nos comentaba que estaba cansada de escuchar sus peleas todos los días. Despertar con insultos y gritos, e irse a dormir de la misma manera. Por esa razón el divorcio habrá sido la única manera de encontrar la paz que se necesitaba.

—Gracias—hizo una pequeña sonrisa torcida que desapareció en cuestión de segundos— ¿Sabes? Me hubiese gustado que las cosas sean de otro modo. Mis padres felizmente juntos, un grupo de amigos muy unidos, a ti con nosotros y...

—A Amelie con vida—interrumpí—. Yo solo quisiera ver a Amelie respirando, viviendo, lo que nunca pediría es volver a formar parte de un grupo como el que tuve. Con situaciones así me di cuenta quien estuvo y quien no cuando necesité, y ustedes simplemente desaparecieron.

La tristeza inundó los ojos de Diana.

—Lo lamento—murmuró bajando la mirada.

El ambiente se había tornado tenso y solo quería alejarme. Miré hacia mi alrededor y noté una puerta blanca con un pequeño cartel que decía “Chicas”.

—Adiós Diana.

—No te vayas...—me tomó del brazo y me miró con sus ojos cristalizados, casi a punto de romper en llanto.

Suspiré y la miré fijamente a los ojos.

—Sanarás algún día, yo lo hice, solo regala al mundo lo que quisieras recibir—dije y esboqué una pequeña sonrisa.

Me solté de su agarre y me metí al baño rápidamente.

Dentro, me quedé sentada en el WC por unos minutos, analizando todo lo que había sucedido. Que jodida podía ser la vida a veces. Aceptar que perder a una persona es necesario para ser feliz, duele. Más cuando esa persona fue la causa de tu felicidad en un pasado. Tal vez Diana, al igual que Shane, era parte del camino pero no del destino.

Cuando salí mi madre me estaba esperando en la puerta principal. Diana me miró con lágrimas en sus ojos y murmuró algo que apenas llegué a escuchar.

—Espero volver a verte.

Yo hice una media sonrisa y asentí. Ella me devolvió la sonrisa.

Con mi madre abandonamos el lugar y nos dirigimos al coche. Mi padre que nos estaba esperando, sonrió al vernos.

—¿Por qué han tardado tanto?—preguntó.

—No me decidía si llevar chocolate común o con almendras y terminé trayendo los dos—respondió mi madre entre risas.

Me adentré al coche y me sorprendí al notar que Nash seguía durmiendo. Tan pacíficamente que parecía estar muerto. Por esa razón, me tranquilizaba el hecho de poder escuchar su respiración.

—Creo que alguien no durmió anoche—dijo mi padre refiriéndose a Nash.

Capítulo 36

El auto se detuvo frente a una casa de color beige.

Mientras observaba el lugar, mis ojos se cristalizaron sin siquiera darme cuenta. Después de años no la olvidaba, podía recordarla hasta en mis sueños. Aquél lugar de no más de dos habitaciones era parte de mí. Era parte de una de las mejores cosas de mi vida.

Abrí la puerta del auto y la brisa fresca rozó mi piel erizándola. Aun así dudaba si se trataba del viento o del hecho de estar en ese lugar. Podía recordar aromas, podía recordar momentos, podía recordar personas.

Mi ser experimentaba mil emociones en aquél instante y después de todo lo que ocurrió durante estos años, sentía que no podía pedir más. Finalmente la vida se encargó de recompensarme.

La puerta de la casa se abrió dejándome a una señora de unos sesenta años frente a mí. El tiempo pareció detenerse por un momento. Nuestros ojos se encontraron y sentí mi corazón latir con mucha intensidad. Ni el universo, ni las auroras boreales, ni las rosas, eran tan increíbles como aquella conexión entre nuestros ojos. Fue allí cuando ambas rompimos en llanto. Corrí hacia ella y la abracé demostrándole todo lo que la extrañaba. Sabía que el tiempo volaba, que la vida da vueltas, y desde que ocurrió el accidente sentía el temor de no verla antes de que se fuera de este mundo. El hecho de tenerla abrazada, ver sus ojos claros, su hermosa sonrisa y su cabellera gris una vez más, me estremecía el alma.

—Mi pequeña—dijo entre sollozos mientras me acariciaba la espalda.

Quería responderle pero las palabras no salían de mi boca. La emoción que sentía dentro me lo impedía.

Me alejé un poco y limpié las lágrimas que había en mi mejilla con la manga de mi suéter púrpura. Nash caminó hacia mi lado y me abrazó mientras esbozaba una gran sonrisa. Eso ayudó a tranquilizar mis emociones.

Mis padres se acercaron a mi abuela y la saludaron con un beso en la mejilla. Para ese entonces ya se mostraba un poco más relajada.

Nash se acercó a ella e intentó presentarse.

—Hola señora, soy...—ella interrumpió al chico con un abrazo que lo paralizó.

—Nash—dijo con una voz tan dulce como la miel—. Gracias por devolverle sus ojos a Mila.

Intuí que mis padres le habían comentado algo cuando le avisaron que vendríamos unos días a Niven.

Había estado con ella hace un mes pero aquél abrazo me hizo sentir como si hacían años. Al igual que con mis padres, todo este tiempo estuve con ellos solo que no podía verlos. Sin embargo, los extrañaba, extrañaba sus sonrisas, sus ojos, sus gestos y miradas. Sentía como que por más cerca que ellos estaban, yo no estaba presente.

Durante la tarde, Nash y yo recorrimos la pequeña Niven, la cual recorrerla caminando hacía que pareciera mucho más grande. Era muy similar a mi vecindario. Había lugares que recordaba muy bien pero otros que parecieron borrarse de mi mente. Lo presentía, cuando pasas años en la oscuridad comienzas a olvidar aquellas pequeñas cosas que por más sencillas que sean, un día me hicieron feliz. Siempre temía olvidar los rostros de mis padres o el de mi abuela ¿Si no podía siquiera imaginármelos entre la oscuridad, me hubiese quedado completamente sola? No tenía razón o motivo para pensarlo. Ese momento de oscuridad se acabó. Finalmente me había librado de mi propia prisión.

Era imposible no recordar el parque de Niven, era uno de los más bellos que había visto. Había una pequeña laguna con tulipanes de distintos colores a su alrededor. Los habitantes de Niven solían hacer picnics en aquél parque, no solo por su belleza sino por la tranquilidad y la gran sombra que daban los sauces llorones del lugar. Niven se veía en muy pocos mapas, casi parecía un lugar invisible. Las personas usualmente tomaban otro camino y se desviaban de la carretera con destino a Niven. Tanta belleza y nadie sabía de ella.

Era increíble pensar que hasta lo invisible era bello. Como muchas personas, como el hilo rojo, como el destino.

Cuando el cielo se pintó de naranja, cuando el atardecer se hizo presente, Nash y yo volvimos a la casa de mi abuela. Él me tomaba de la mano y todo el mundo era un simple decorado. Todo parecía más bello de lo que ya era. Lo miré de reojo y quedé hipnotizada de sus ojos color azul cielo. Podía pasar horas y horas observándolo.

Veía su sonrisa y mi estómago se llenaba de cosquillas. Cada vez me volvía más adicta a aquella curva en su rostro.

Continué con mi mirada hacia el frente con una sonrisa. Él provocaba eso, no era necesario forzar una sonrisa, todo en mí era espontáneo. El solo hecho

de tenerlo junto a mí me alegraba el alma.

Cerré mis ojos deseando no perderlo nunca. Deseando que recorramos la vida juntos hasta que nos duelan los pies.

Subimos al pórtico de la casa y nos detuvimos al escuchar varias voces dentro.

—Parece que hay más personas en la casa—comentó Nash.

Y no se equivocaba. Al adentrarnos, mis dos primos me recibieron con un gran abrazo. Cuando me alejé empecé a observarlos detenidamente. Me di cuenta que después de años, habían cambiado muchísimo. Nathan de veintiún años, siendo el hermano mayor, tenía el cabello rubio platinado y ojos grises iguales a los míos. Erick de dieciocho años, siendo todo lo opuesto a su hermano, tenía ojos cafés y cabello castaño claro como su madre. Eran tan diferentes físicamente que las personas solían decir que eran simples amigos.

No solo eran distintos físicamente sino que sus personalidades también eran como el agua y el fuego. Erick era un chico muy tranquilo, de un diminuto círculo de amigos y nadador nato desde pequeño. Nathan por su parte, era conocido por ser expulsado de los tres institutos de Niven. Tenía más amigos que ropa en su closet y era profesional en fiestas, embriagarse y estar con chicas.

— ¡Se ven geniales! —exclamé con una sonrisa.

—Lo mismo pienso de ti, has crecido dos centímetros más y desaparecieron aquellos dientes de castor—dijo Nathan en tono de burla.

Yo giré mis ojos y volví a sonreír.

—Pero nosotros sí podíamos verla—comentó Erick.

—Lo sé, solo es que tenía que hacer un comentario amable.

—Supongo que tú nunca cambias, por eso Erick es mi primo preferido—saqué mi lengua burlándome de Nathan y acto seguido, abracé a Erick. Él también se burló de su hermano. —Chicos, él es Nash—mencioné señalándolo.

Sus mejillas enrojecieron, lo que provocó que de mi boca se escapara una pequeña risa.

—Hola—saludó tímidamente y extendió su mano para que primero Erick y luego Nathan, la tomaran.

Ellos lo saludaron amablemente, en especial Nathan. Me preocupaba que se le escapara alguna frase sarcástica o burla.

—Al fin traes a un chico, ya pensábamos que eras lesbiana—comentó.

Intenté responderle pero en ese momento mi abuela se acercó a nosotros

interrumpiéndonos.

—Es hora de cenar—anunció y se dirigió al comedor.

Estaba tan concentrada en Erick y Nathan que no había notado el especial aroma a espagueti. Mis primos se adelantaron y rápidamente se adentraron al comedor. Yo miré a Nash que aún seguía con sus mejillas rojas y tomé su mano.

—Vamos, no sientas vergüenza—dije intentando tranquilizarlo.

Tras un leve suspiro, él asintió y juntos caminamos hacia el lugar. Cuando nos adentramos ya estaban todos en sus lugares, solo faltábamos nosotros. Mis tíos, Jake y Lisa, padres de Erick y Nathan, ya estaba en la mesa. Comenzamos a disfrutar de una entretenida cena en familia. Podía ver a cada uno de ellos y sentía que se trataba de algo mágico. Mi sentimiento ya en sí era magia, imposible de explicar.

Mi tío siempre había sido un experto en chistes malos, esos chistes en los que solo él se ríe. Mi tía era una médica forense que se la pasaba hablando sobre experiencias en la morgue. Sin embargo, en esta cena, el centro de la conversación éramos Nash y yo.

—¿Cuándo empezarán la Universidad? —preguntó Lisa.

Miré a Nash con una sonrisa y él me respondió con una mirada curiosa.

—El año entrante Nash y yo empezaremos en una universidad de Nueva York.

Nash me miró sorprendido. Él no lo sabía, había sido parte de un pequeño secreto entre mis padres y yo. Aunque la noticia era un once entre un promedio de uno a diez, a Nash pareció no causarle nada. Ni siquiera una sonrisa se había asomado por su boca.

La conversación continuó normal. Solo eran simples preguntas con respuestas cortas de mi parte. Nash por su lado, se mantenía callado.

En un momento, mi primo Nathan sonrió y prosiguió a hablar. Ojalá hubiese sabido lo que iba a decir, porque sin dudas, hubiese hecho hasta lo imposible para callarlo. Aquella pregunta de no más de ocho palabras arruinó la noche de Nash en pocos segundos.

—¿Por qué no nos hablas de tu familia?

Capítulo 37

Sus músculos se tensaron por completo. Sentí como sus ojos se ahogaban en tristeza. Intentó ocultarlo bajando su mirada pero como ya había dicho, ocultar la tristeza era una misión imposible. Mis padres me miraban preocupados. Yo me sentía igual.

Miré como su mano temblaba mientras agarraba su tenedor e intenté interrumpir aquél ambiente pero él se adelantó a hablar.

—Mi familia es hermosa, es muy pequeña, pero no deja de ser hermosa. Siempre puedes contar con su apoyo y comprensión. Sin dudas, no desearía tener otra familia, porque ellos son mi luz, los que iluminan mis momentos de oscuridad—dijo con una voz temblorosa—. Sí, mi familia es hermosa pero está muerta.

Todos en la mesa lo miraron impresionados. El ambiente se tornó incómodo y el silencio reinó. Mi primo se veía tan nervioso que no podía mencionar ni una palabra.

Nash con la cabeza agachada se levantó de su silla y pidió permiso para ir al baño. Mi abuela asintió.

—¿Quieres que...?—pero él solo se fue, no llegó a escucharme.

—Déjalo, ya se le pasará—comentó mi madre.

La alegría de la cena pareció haberse esfumado. Durante los próximos minutos las risas no se escucharon. Cuando terminé de cenar pedí permiso para levantarme y tras un “Sí” de mi abuela, me dirigí hacia el cuarto de invitados donde Nash y yo dormiríamos. Abrí la puerta lentamente y noté que él estaba dentro. Estaba acostado en una de las camas, dándome la espalda y sumido en un profundo sueño.

No quise molestarlo así que caminé hasta en living a mirar televisión y distraerme.

No puedes obligarte a ser fuerte. Al romperte por dentro todos tus sentidos se alteran y es ahí cuando ya no hay vuelta atrás. Debilitarse es inevitable. Nash no supo cómo manejar su mente, como manejar sus recuerdos y fue ahí cuando me di cuenta que todavía no había llegado a la superación. Todavía había una herida que no sanaba.

Me senté en el sillón y prendí en el televisor. Fui cambiando canal tras

canal sin éxito. En ese momento, sentí la presencia de una persona sentarse junto a mí. Era Nathan.

—Yo no lo sabía, me siento horrible—comentó llevándose sus manos a su rostro.

—No te preocupes, no fue tu culpa, no lo sabías—respondí sin correr la vista del televisor.

—¿Pero cómo ocurrió? —preguntó preocupado.

Yo lo miré confundida.

—¿Cómo ocurrió qué? —pregunté.

—La muerte.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo al escuchar aquella palabra. Pero, ¿Qué era lo que nos causaba tanto miedo de ella?

Tal vez no era el miedo a la muerte, sino a lo desconocido. No sabemos lo que hay hasta que nos pasa ¿Y si solo se trata de un mundo mejor pero al no conocerlo pensamos que no hay mundo mejor que éste? Por alguna razón todas las calaveras sonríen, tal vez la muerte no es tan mala y la vida no es tan buena.

—Sus padres y su hermanita murieron en un accidente automovilístico, el único salvado fue un niño de catorce años; Nash.

Nathan me miro sorprendido.

—Eso sí es tener una segunda oportunidad.

Lo de Nash seguía siendo un misterio sin descifrar. Ni mis padres ni yo entendíamos como pudo sobrevivir de un accidente tan fatal. Sin secuelas, sin daños en su cuerpo, fue el único sobreviviente de la tragedia. En un momento nos dejamos de cuestionar y comenzamos a tomarlo como algo normal. Al fin y al cabo, los milagros existían y Nash parecía ser uno de ellos.

Cuando el reloj marcó las doce apagué el televisor y caminé hacia la habitación. Ya todos parecían haberse dormido. La casa estaba en pleno silencio.

Nash seguía de espaldas. Me acerqué a él y me acosté a su lado, esperando a que notara mi presencia. El chico no se percató, su sueño parecía tan profundo como el océano. Apoyé mi cabeza en su espalda y aspiré su rico aroma a fragancia varonil. Aquél olor tenía el poder de dejarme tocar el cielo por unos minutos. Relajé todos mis músculos y cerré mis ojos muy lentamente hasta finalmente quedar sumida en un profundo sueño.

El disparo de una cámara fotográfica me despertó de mi sueño. Al abrir mis

ojos me encontré a Nash frente a mí. Él me miraba sonriente con mi cámara instantánea y una fotografía en sus manos.

—Te ves bella hasta cuando duermes—dijo observando la imagen.

Bostecé y me volví a recostar.

—¿Qué hora es? —pregunté soñolienta.

—Las seis.

—¿Qué haces despierto tan temprano?

Nash se encogió de hombros y se sentó junto a mí.

—No hay tiempo de dormir cuando la vida es tan corta.

—Dormir es disfrutar la vida, Nash. Ya duérmete—agarré mis cobijas y me envolví con ellas.

Pero Nash no se dio por vencido. Tomó un cojín que estaba sobre un pequeño sillón que había en un rincón de la habitación y comenzó a golpearme con él para que me levantara. Nash parecía haberse despertado sorprendentemente activo, sonreía sin motivo alguno. Por un lado me alegraba de eso, no deberían existir los motivos para sonreír. El simple hecho de saber que puedes disfrutar de un día más de vida es suficiente para alegrarte.

Nash y yo caminamos hacia la cocina para desayunar. Como aún era demasiado temprano, toda mi familia seguía durmiendo. Decidimos desayunar solamente un poco de cereal con leche y partir hacia la aventura que nos estaba esperando.

Pasamos el día en el parque de Niven. Junto a la laguna y bajo la sombra de un gran sauce. Nos recostamos sobre el césped y dejamos que el tiempo nos lleve. Yo apoyé mi cabeza sobre su pecho y dejé que él me envolviera en sus brazos. Nash miraba al cielo con una sonrisa. La misma sonrisa que tuvo desde que se levantó. No solo aquella curva en su boca era especial, sino también el brillo que poseía en sus ojos color azul cielo.

—¿Qué opinas de la universidad? —me atreví a preguntar—. No pareció agradarte mucho la idea.

—No creo que sea algo importante ahora.

—¿Por qué no? —Él no respondió, continuó observando el cielo en silencio— ¿No me responderás? —dije impaciente.

Él volvió a mirarme. Era muy estresante ver como evadía el tema. Un tema que para mí era muy importante. Era la continuación de nuestras vidas, nuestro camino al éxito, pero a Nash parecía no importarle.

—Hoy estás aquí, mañana no lo sabes ¿Por qué no enfocarse en el ahora?

Sus ojos se fijaron en el cielo nuevamente. Lo miraba como si fuese la cosa

más extraordinaria del mundo.

No encontré palabras para responderle así que solo me callé. El silencio reinó entre nosotros durante unos minutos. Sin embargo, Nash logró que éste se esfumara y volvimos a sentirnos bien luego de un rato.

Tal vez Nash no se confundía, un día estás y al otro ya no, por eso pensar en el futuro ahora, era algo absurdo. Más cuando en el presente eres tan feliz.

Pasamos el resto del tiempo jugando en la laguna; mojándonos y riéndonos. Disfrutando el día como si fuese el último de nuestras vidas.

Jamás había sido tan feliz. Comencé a cuestionarme si hace muchos años atrás cuando vivía en Jefferson realmente lo era. Tal vez aún no conocía la verdadera felicidad.

Nos habíamos entretenido de tal manera que el tiempo se nos había pasado volando, ni siquiera habíamos ido a almorzar. Tampoco nos importaba, podíamos perdernos en la selva amazónica y nos daría igual porque estaríamos juntos.

Cuando se hicieron las cinco Nash anunció que ya era hora de irnos. Sin dudas, amaba estar con él y cada vez que se terminaba, me deprimía. Sin embargo, me fortalecía saber que como este momento, habría muchos más. Teníamos toda una vida por delante y juntos.

Nash y yo nos dirigimos hacia la casa mi abuela, pero él no se detuvo una vez que llegamos. Continuó caminando como si no hubiese visto la casa. Tomé su brazo deteniéndolo.

—Ya pasamos la casa de mi abuela—anuncié.

Él me sonrió.

—¿Quién dijo que íbamos allí?

Capítulo 38

—Estamos a tan solo media calle del lugar y debo vendarte los ojos— comentó.

Sacó del bolsillo de su jean un pequeño pañuelo de seda blanca y yo miré enarcando una ceja.

— ¿Qué vas a hacer? —pregunté confundida.

Sus labios arrojaron una pequeña risa.

—Nada, solo confía—dijo colocando la venda en mis ojos.

Todo se volvió completamente oscuro. Oscuro y misterioso. Odiaba estar así, no ver me hacía sentir que estaba sola, me hacía recordar cuando vivía en un mundo de oscuridad. Deseé que llegáramos rápido para quitarme la venda de una vez por todas.

Nash tomó mi mano y comenzó a llevarme. No podía recordar que es lo que había a media calle del lugar, tampoco entendía como era que Nash lo sabía. No podía escuchar nada más que el sonido de los pájaros graznar.

En un momento el chico se detuvo. Se podían escuchar murmullos a mi alrededor pero no lograba descifrar lo que decían.

— ¿Estás lista? —susurró Nash a mi oído, lo que me hizo estremecer.

— ¿Lista? —pregunté sin entender.

Él no me respondió. Desató la venda de mis ojos y la luz del día me cegó por completo. Poco a poco mi vista se fue ajustando. Fue allí cuando todos mis sentidos se alteraron. La emoción que recorría mi cuerpo era increíble. Si había algo mejor que este momento, no quería saberlo.

Mil rosas frente a mí. De todos los colores que se puedan imaginar. Sentí mis ojos cristalizarse. Todo había sido tan espontáneo e inevitable, que no me había percatado cuando la primera lágrima ya estaba rodando por mi mejilla. Y no eran las rosas, eran las personas. Las personas que hicieron todo esto por hacerme feliz por un momento.

Toda mi familia también estaba allí, junto a otros vecinos del lugar. Me sentía tan completa que ya no podía pedir más. Todo gracias a ellos, pero en especial a Nash, quien me devolvió lo mejor que puede tener una persona. La capacidad de ver los colores, las cosas y las personas. La capacidad de poder enamorarte del mundo día a día.

Agradecía que esta vez se trataran de lágrimas de felicidad y no de tristeza. No era la única llorando, mi madre y mi abuela también se encontraban igual. Todos se acercaron a saludarme, hasta personas que no conocía.

Me preguntaba a mí misma; ¿Si todo lo que pasó nunca hubiese existido la felicidad sería del mismo modo?

No lo sabía, no sabía si en este momento podría estar preparándome para una fiesta con Amelie, o una cena romántica con Shane u otra persona. No sabía si en este momento estaría buscando universidades o simplemente en algún viaje de vacaciones. No lo sabía y tampoco quería saberlo, lo único perdido fue la vida de Amelie, lo demás todo ha sido como nunca imaginé pero como siempre lo hubiese querido. El aroma a rosas que emanaba el lugar era increíble. Sentía estar en el mismísimo cielo. Tenía todo lo que amaba en un mismo lugar.

Las lágrimas salían como cascadas de mis ojos. Mucho más cuando Nash se acercó a abrazarme. El mundo entero era un simple decorado. Estábamos tan cerca uno del otro que parecía que éramos una única persona. Podía sentir su corazón latir, cada vez más intenso. Primero lo tomé como producto de la emoción que yo también sentía. Luego el latido se volvió más intenso. Fue allí cuando él se paralizó. Su cuerpo quedó inutilizado en ese momento. Logré sostenerlo antes de que cayera al suelo. Solté un grito ahogado que llamó la atención de todos los que estaban allí. Grité su nombre intentando recibir alguna señal, pero nada. Su pulso se desaceleró y el color de su piel iba aclarándose lentamente. La desesperación recorría mi sangre, sentía impotencia al no saber qué hacer. Podía escuchar a mis padres llamar a la ambulancia.

Cuando mis brazos no soportaron más, lentamente lo dejé en el suelo. Las lágrimas emanaban de mis ojos, esta vez no eran de felicidad, la felicidad se había esfumado como por arte de magia. Nash seguía inconsciente así que continué gritando su nombre pero él no me escuchaba.

Se podía escuchar las sirenas de la ambulancia a muy pocas calles. Cuando los paramédicos llegaron, abrieron paso ante las personas y mi madre me agarró de un brazo para alejarme de Nash. Lo subieron a la camilla y rápidamente lo metieron dentro de la ambulancia. Quería ir con él, pero mi madre y mis primos que me sostenían de los brazos, me lo impidieron. En mi lugar, mi padre lo acompañó. Las lágrimas no dejaban de salir de mis ojos, la desesperación que recorría todo mi cuerpo había empezado a alterar mis sentidos. Mi cuerpo temblaba descontroladamente y por un momento pensé que

iba a desmayarme. Mi vista se nubló de repente, pero la fuerza por ver a Nash era mayor e intenté hasta lo imposible para recuperarme. Me senté en el suelo, bebí un poco de agua de una botella que me había alcanzado una niña del vecindario y poco a poco mi vista se fue ajustando.

Con los nervios a flor de piel le rogué a mi madre ir al hospital. No quedaba a más de diez cuadras y el coche se encontraba estacionado a unos metros de allí. Ella no se negó.

Al detenerse el coche frente al hospital, corrí hacia dentro a la velocidad de la luz. Me encontré perdida por un momento y comencé a observar a mi alrededor en busca de mi padre. Una vez que lo localicé me dirigí hacia él.

— ¿Qué le ocurrió? ¿Está bien? —pregunté preocupada.

Mi padre suspiró y me tomó de la mano. Sabía que esa acción no era buena. Por esa razón todos mis sentidos se alteraron.

—Por ahora está estable—anunció.

Suspiré aliviada y me senté junto a mi padre en uno de los asientos de la sala de espera. Su rostro de preocupación no cambiaba. Mi madre rompió en llanto y corrió por el pasillo en dirección al baño.

— ¿Qué le ocurrió a mamá? —pregunté desentendida.

—Nunca supimos cómo decírtelo, desde que Nash nos contó fueron noches de insomnio pensando en la manera de contarte la verdad.

Mi estómago se contrajo, sabía que eso no era algo bueno. Jamás había visto a mi padre soltar ni una lágrima. Me sorprendió observar como sus ojos se cristalizaban.

—Ya, dilo—dije en un hilo de voz.

—Nash no tiene más de un día de vida—confesó entre lágrimas

Capítulo 39

—Hace un mes le detectaron un tumor cerebral muy avanzado y los doctores le dijeron que no le quedaba más de una semana de vida. Por alguna razón que desconocemos, su cuerpo soportó unas semanas más.

Y exploté. Algo en mí se rompió en aquél momento. Sentí mi cuerpo llenarse de rabia y tristeza. Estaba a horas de perder a la persona que me devolvió mis ojos, que logró hacerme feliz con tan poco, con la que compartí los momentos más bellos de mi vida.

Él no podía morir. Después de todo lo que le ocurrió lo menos que podía darle el destino era la posibilidad de vivir. Podía ver mi mundo derrumbarse a pedazos, todo lo construido durante meses se esfumó en tan solo un segundo. Había quedado paralizada en busca de alguna reacción. Fue allí cuando me adentré en la etapa de negación.

—Vamos, deja las bromas— dije soltando una pequeña risa burlesca.

Mi padre solo seguía llorando.

—Ojalá todo esto fuese una broma—contestó en un hilo de voz.

Mi corazón se aceleró y todo mi cuerpo comenzó a temblar.

Tal vez mi cuerpo lo sabía, pero mi mente no quería aceptarlo. Nash se irá de este mundo y me dejará como lo hizo Amelie ¿Cómo podía aceptar que todos los momentos que pasamos no se volverán a repetir? ¿Cómo aceptar que jamás volveré a escuchar su risa? ¿Cómo aceptar que jamás volveré a ver sus ojos color cielo?

— ¿Ustedes lo sabían y no me lo dijeron?—grité entre lágrimas—. Podría haberlo disfrutado más, podría haberlo abrazado más, podría haber hecho tantas cosas con él.

— ¿Hubieses hecho todo eso si te enterabas que él se moriría?

Quedé un momento analizando sus palabras. Tal vez no, tal vez me deprimiría. Tal vez solo me la hubiese pasado llorando en la oscuridad de mi habitación. Todo en mi mente se conectaba, con cada palabra que Nash mencionó los últimos días me estaba preparando para lo peor.

Nash era un héroe para mí y me partía el alma tener que aceptar que él ya no estará aquí para salvarme de otra guerra que la vida me interponga en el camino.

— ¿Cómo es posible? —Cerré mis manos con enojo—. No tenía síntomas...

—Sus cambios de ánimo, sus reacciones, sus alucinaciones y sueños, todos eran productos del tumor.

No podía creerlo ¿Los sueños que él me contaba, el bosque y Emily eran producto de los síntomas de un tumor en su cerebro?

Cuando yo estaba en coma también estuve en aquél bosque con Amelie, pero no morí. No sabía en qué pensar ¿En realidad era un sueño?

Tal vez no, tal vez solo intentaban guiarnos, salvarnos o decirnos algo. Lo había sentido tan real que se me hacía imposible creer que solo era un sueño ¿Podría Amelie haberme salvado?

Tal vez Emily simplemente había ido a buscar a su hermano, pero siempre despertaba porque tenía asuntos pendientes aquí.

— ¿Puedo verlo?—murmuré con mi mirada hacia el suelo.

Mi padre asintió y me hizo una seña para que entrara. Tomé la perilla de la puerta y antes de girarla, suspiré intentando tranquilizarme. No quería que Nash me viera romperme, no quería que él se fuera con una triste imagen de mí. Al adentrarme lo vi, en el lugar donde nunca quise verlo. Pálido cual papel, acostado en una camilla de hospital. Conectado a un suero y a unos cuantos cables, si no fuese por aquél aparato que mostraba sus signos vitales a duras penas parecía que estaba vivo. Sentí una presión en mi pecho al pensar los días de sufrimiento que había pasado.

¿Se imaginan pensar todas las noches que tal vez podrían no despertar al día siguiente? Él lo hacía y aun así vivía el día con una sonrisa.

Sus ojos permanecieron cerrados solo hasta que yo me acerqué a él. Al sentir mi presencia los abrió.

Una débil sonrisa se asomó en su boca ¿Cómo es que después de todo lo que estaba ocurriendo aun así podía sonreír?

Las lágrimas amenazaban con salir pero quería mantenerme fuerte. Tomé la mano de Nash y la acaricié dulcemente.

—Lamento no habértelo dicho, yo no quería arruinar el momento en el que éramos tan felices, muy pocas veces ocurre eso—murmuró. A penas tenía fuerzas para hablar.

—No voy a dejarte—dije en un hilo de voz—. Tenemos una vida entera por recorrer y juntos.

—Tampoco yo, siempre voy a estar cuidándote como Amelie también lo hizo.

Me sentía devastada, ya ni siquiera tenía fuerzas para mostrarme fuerte. Solo quería llorar y gritar. Estaba enojada, enojada con el destino, enojada con la vida. Nuestra historia no podía terminar así.

De mis ojos comenzaron a caer lágrimas, una tras otra y cada vez con más intensidad. Abracé a Nash y dejé que él con las pocas fuerzas que le quedaban me acariciara. Podía retener su cuerpo tanto quisiera, pero era su alma la que partiría. Sentía impotencia al no poder hacer nada, se estaba yendo de mi vida y yo solo tenía que aceptarlo.

—No llores, pequeña—dijo el chico con una sonrisa—. Finalmente estaré con mi familia y espero que en muchos años más, nos encontremos. Ahora tan solo vive, yo te estaré cuidando siempre.

—No...tienes que vivir—dije entre sollozos—. Tenemos que escribir nuestra historia, rellenar nuestra pared de fotos, tenemos que ir a la universidad y vivir el resto de nuestras vidas como lo habíamos planeado.

Lentamente sus ojos se fueron cerrando. Fue allí cuando me di cuenta que ya nunca más se abrirían. El monitor de sus signos vitales comenzó a sonar de manera intensa y una línea recta apareció frente a mis ojos. Fue cuando me demostró que ya se había ido y que no volvería jamás.

Mi cuerpo se paralizó, al igual que las lágrimas. Escuché el sonido de la puerta abrirse pero ni siquiera volteé a ver quién era. Luego de eso, en la habitación reinó el silencio. Miré su piel pálida y sus ojos cerrados, solo era un cuerpo. Sin embargo, podía sentirlo detrás de mí abrazándome y a su vez, conteniéndome.

Había entrado en un trance en el que no podía salir. Mi mente reproducía recuerdos como estrellas fugaces, recuerdos que jamás olvidaré. Nash, al igual que Amelie, había dejado una marca en mí.

Mi madre se acercó a mí y me abrazó sollozando. La miré, sus labios se movían pero yo no podía escuchar lo que decía. Fue allí cuando dejé de sentir la presencia de Nash en el lugar, tal vez ya se había ido a reencontrarse con su familia. Yo de mi parte no tenía reacción alguna. Todos mis planes se habían esfumado al igual que mis sueños. Ya no tenía nada, me sentía vacía.

Todo mi mundo se derrumbó y yo no pude evitarlo. Ya había sentido esta sensación amarga dentro de mí, aquella presión en mi pecho y aquél vacío tan insoportable. Pero no me acostumbraba, ¿Cómo hacerlo? La muerte es algo que nunca vas a saber aceptar por más personas que ya hayas perdido. Todos marcan tu corazón de manera distinta.

Si hubiese sabido que el chico vendría a cumplir su misión y que después se

iría, jamás hubiese aceptado la operación.

Aquel día una parte de mí murió junto a Nash.

Capítulo 40

Ese mismo día trasladaron a Nash a Somerville. Pocas horas después fue velado y sepultado junto a sus padres y su hermanita en el cementerio. No éramos muchos, tan solo mis padres, algunos vecinos y yo. No solo nosotros estábamos tristes, el día también. Una suave llovizna caía sobre nuestros rostros. La lluvia se mezclaba con las lágrimas de algunas de las personas que estaban allí.

Yo no lloraba. Me encontraba en un increíble estado de trance. Miraba la lápida de nombre “Nash Winner” y no podía siquiera creer que debajo de aquella tierra removida y dentro de aquél ataúd, se hallaba su cuerpo.

Había personas llorando, otras consolando. Durante ese día había escuchado tanto la frase “Era tan joven, no llegó a vivir la vida” que decidí retirarme antes por el dolor de cabeza que me había provocado. No señores, él vivió más en dieciocho años de lo que hubiese vivido en setenta. Lloró cuatro muertes, rió por meses enteros, pero lo más importante; cumplió su misión en la vida. Una misión en la cual algunos mueren sin encontrarla.

Ahora solo tenía que despedirme. No me quedaba más que eso ¿Pero cómo podía despedirme de la única persona que me hizo conocer la verdadera felicidad?

¿Cómo soltarte, Nash? ¿Cómo despedirme de un ser tan fantástico?

Te merecías todo en esta vida, Nash Winner. Porque aprendiste a brillar con heridas y con errores, porque siempre estuviste dispuesto a buscar una salida a todos los males, porque diste amor a pesar de que a ti te lo arrebataron.

¿Dónde guardo todas aquellas promesas y planes que teníamos para un futuro? ¿Qué hago con ellos? ¿Los olvido y ya?

Volvamos a coincidir, volvamos a hacernos amigos, volvamos a enamorarnos. Tan solo vuelve, que aquí en la tierra te necesito.

Antes de retirarme del lugar, miré por una última vez la lápida del chico. Me dolía pensar que desde ahora tendré que visitarlo al cementerio y no en la casa de al lado.

Cuando llegué a la puerta de rejas negras capté la presencia de un pequeño papel entre los barrotes. Antes de que el viento lo volara lo agarré entre mis manos. La tinta se había corrido un poco por el agua pero aun así, logré

descifrar lo que decía.

“Por fin estaremos juntos, Emily”

Sentí una presión en mi pecho. Estuve a tan solo un metro de descubrir la verdad, sin embargo no lo hice, no me atreví a tomarlo. Aquél pequeño papel era el que había dejado Nash sobre la tumba de Emily en la noche del cementerio.

Lo apreté con mi mano haciéndolo una pequeña bolita y lo arrojé con enojo en un charco de agua.

Caminé sola a casa, no quería estar con nadie. No había hablado con ninguna persona desde que vi morir a Nash. Tal vez no tenía las fuerzas necesarias para hacerlo. Tal vez simplemente la persona con la que me gustaba hacerlo se había ido y ya no le veía el sentido. Cualquiera era una buena razón.

Me adentré a mi hogar y subí a mi habitación. Como si la vida me hubiese preparado, la ventana estaba cerrada y la oscuridad reinaba en el lugar. No intenté siquiera prender la luz. Quería perderme allí, dormir años seguidos y despertar en un mundo donde Nash esté conmigo. Tal vez parecía exagerada, las personas mueren todo el tiempo ¿No? Pero a Nash nunca lo vi como una persona común y corriente. Para mí era un ángel. Me salvó de la peor de mis batallas. Me quitó la maldición que tenían en mis ojos. Prácticamente me devolvió la vida.

Cuando me lancé en la cama sentí una dureza debajo de mi almohada. Encendí el velador de la mesita de luz y moví la almohada. Debajo de ella había un libro. Pequeño y de tapa dura color turquesa. No tenía título, ni el nombre del autor y todas las páginas estaban en blanco, excepto una. Había una pequeña frase, escrita en letra cursiva que decía: *“Comencemos a escribir nuestra historia, mostrémosle al mundo que por más dura que sea la vida hay que ser felices”*-Nash.

Una pequeña lágrima se resbaló por mi mejilla. Cuando quise cerrar el libro, una fotografía cayó sobre mi regazo. Era Nash con su familia. Tenía una pequeña descripción detrás, escrita por la pequeña Emily de nueve años.

Luego de leerlo detenidamente y soltar unas cuantas lágrimas más, cerré el libro y lo coloqué sobre la cama.

Quedé unos minutos observando la pared de fotografías. Mi historia junto a Nash termina allí, con mil momentos sin vivir y muchas paredes por rellenar.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. Corrí las cortinas y la luz del día me cegó. Me quede un rato observando su jardín de rosas, la cerca y

mi jardín. Recordé como empezó todo. Recordé el sonido de su voz la primera vez que me habló. No cualquier persona salta una cerca por hablar con una chica que recién se muda al vecindario. Cambió mis insultos por rosas y se atrevió a pasar sus días conquistando a una persona ciega. Él estaba loco. Loco por volver a vivir. Era una pena que su felicidad haya durado tan poco, él se merecía el cielo y la tierra. Porque lo que había pasado ese chico era algo de otro mundo.

No cabían palabras para describir la ausencia que sentí las semanas después de la muerte de Nash. Podía soñarlo, podía hablar con él, pero cuando despertaba toda la vida era gris otra vez. Pasaba el tiempo mayormente durmiendo solo para estar junto a él. No comía lo suficiente, no hablaba con mis padres, tan solo movía mi cabeza para expresar un “Sí” o un “No”. El poco tiempo que estaba despierta, me sentaba en el columpio y cerraba mis ojos esperando que aquél momento cuando lo conocí se repitiera. Sentía que algo dentro de mí moría cada vez que me daba cuenta que él ya no volvería. Observaba como las rosas se iban marchitando lentamente, se iban como se había ido Nash. Mis padres se preocuparon tanto que hasta pensaron en llevarme con un psicólogo pero me negué. Sentí a mi cabeza hacer un “Click” y salí de aquella parte de mi mente en la que me había sumergido.

No me sentía bien, me estaba debilitando, me estaba volviendo cada vez más infeliz. Estaba haciendo todo lo que Nash no querría que hiciera. No quería decepcionarlo, solo quería que él encuentre la paz que necesitaba. Entonces me propuse a hacer algo que cambiaría mi vida, que me haría aceptar lo que ocurrió.

Fue allí cuando comencé a escribir nuestra historia. Decidí darle otra oportunidad a la vida, empezar de cero una vez más. Sentía que lo lograría, Nash vivía en mí y era el me daba las fuerzas necesarias.

Me senté en el escritorio con el libro turquesa y un lápiz en mano, y comencé a pensar el inicio de la que sería la mejor etapa de mi vida. Cuando tenía todo listo en mi cabeza, comencé...

“Hoy comienzo a redactar nuestra historia. Y digo “Nuestra” porque no es solo mía, es también de un chico llamado Nash. Una persona que me devolvió la vida, una persona que luchó hasta donde pudo, un simple humano para otros pero un ángel para mí. Nash fue la persona que me enseñó la mejor lección de todas; ‘Vive el hoy, no te frustres por el futuro, no sufras por algo que no vale la pena, ríe todo lo que puedas porque hoy

estás, mañana puede que no''

Fin.

Agradecimientos

Aquí finaliza esta historia, llena de emociones y sentimientos. Mi único objetivo desde que comencé a escribirla fue poder cambiarle la vida a alguien. Demostrarle que la vida puede ser tan cruda como el invierno pero que aun así vale la pena vivirla. Existen cosas, lugares o personas que hacen que el mundo no sea tan malo como se piensa. Aférrate de esas cosas que te hacen bien, de aquellas cosas que te llenan el alma.

No existen palabras suficientes para explicar la alegría que sentí al recibir la noticia de la publicación de este libro. Sentí que finalmente la vida me estaba recompensando. Solo me queda agradecer a todas aquellas personas que ayudaron a que este sueño se haya hecho realidad.

Primero que nada agradezco a la vida por enseñarme el maravilloso arte de escribir. Porque no es solo un pasatiempo, es mi manera de organizar mi locura, mi escape a un mundo que yo misma creo y mi descarga interior.

A mi familia, que siempre me apoyó en este arte y me incentivó a que siga escribiendo. Ellos, quienes estuvieron desde el inicio dándome una mano y ayudándome cada vez que me quedaba sin palabras. Simplemente gracias por todo lo que han hecho por mí desde que nací.

Entre ellos;

Mi madre Claudia, la mujer más fuerte que conozco. La que siempre luchó para darnos una vida mejor a mí y a mi hermano. La que me sostuvo en cada caída de mi vida y siempre me guió hacia el mejor camino.

Mi padre Eduardo, por llenarse de orgullo y comentarle a casi todo el pueblo que tiene una hija escritora. Le agradezco porque a pesar del sacrificio siempre está dispuesto a cumplir mis caprichos.

Mi abuela Mercedes, mi confidente, mi segunda mamá, la que conoce más de mí que yo misma, quien me cuidó y apoyó durante mucho tiempo. Quien siempre me incentivó a progresar en la vida y luchar por mis sueños.

Mi hermano Braiton, quien a pesar de las peleas hace de mi vida una nueva aventura. No importa que tanto nos enojemos, jamás pensaría en una vida sin él.

Mi tío y primo, Leandro y Brandon, quienes me alegran los días con sus

risas y bromas. Quienes se pasan el día molestándome pero de igual manera los quiero, porque sin ellos mis días no serían los mismos.

A mi abuelo Alberto, que a pesar de que no éramos de la misma sangre siempre lo consideré de mi familia. Hoy no está aquí conmigo para compartir mi alegría pero sé que en donde que sea que se encuentre me está cuidando. Gracias infinitas por cada momento que compartimos, en especial por aquellas charlas que llevaré siempre en mi corazón.

A mis amigas, que me inspiraron con cada momento vivido y aportaron mucho a este relato. Las que se alegraron tanto como yo al recibir la noticia y hasta incluso algunas lloraron junto a mí. Gracias por cada risa que me sacaron durante estos años, las amo como hermanas.

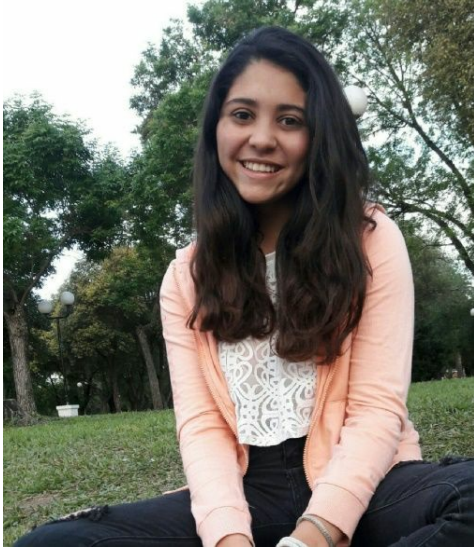
A la persona que más amo, Facundo, que siempre estuvo para apoyarme a pesar de las complicaciones que tuve con la historia. A él, que nunca dejó de insistir que debía cumplir mis sueños y me alentó desde el inicio al fin. Te agradezco, no solo por tu constante compañía durante esta etapa, sino por todo lo que hiciste por mí desde que nos conocimos.

A mis seguidores en las redes sociales que siempre mandan mensajes de ánimo que me ayudan a esforzarme cada vez más y progresar como escritora

A las personas de mi querido pueblo San José de la Esquina, incluyendo a mi institución *E.E.S.O N° 226* por sus palabras de aliento y apoyo constante.

A todos ellos y en especial a ***SWEEK*** por permitirme publicar mis ideas más profundas y a ***GROUP EDITION WORLD*** por darme la oportunidad de demostrar lo que tanto amo hacer y ayudarme a cumplir uno de mis más grandes sueños.

Mil gracias a todos por formar parte de mi vida.



Amante del buen café y escritora por vacación, Ambar Mansilla es una de las autoras más leídas de la plataforma Sweek.

Con millones de lectores en su primera publicación, Ambar es una promesa de la joven literatura.

Novelas cargadas de sentimientos y con una narrativa impecable, Ambar te enamorará con sus letras.